



Una comedia de
Martin Cid

**Cañitas
y Tapeo**

**10 Historias
"Casi" Románticas**

Martin Cid

Cañitas y Tapeo

10 Historias “Casi” Románticas

Introducción

Bajo el título de Cañitas y Tapeo se recogen diez historias sobre el amor en clave irónica y cómica que no tienen intención de ofender a nadie y que sólo pretenden que el lector pase un rato divertido.

Así que no tratéis de buscar al misógino que llevo dentro porque, por favor, los personajes son ficticios y aunque hablen en primera persona no es el fumador en pipa al que tenéis que lapidar (esto antes no había ni que explicarlo, en fin, cómo avanza la educación).

Llevaba algunos años sin publicar un libro y, tras algunos desafortunados asuntos, he vuelto a esto de escribir libros.

En principio los relatos continuarán en dos volúmenes más así que si os gustan vais a tener relatos sarcásticos para rato.

Parece que el mundo está últimamente contra la comedia (pero ya Aristóteles dijo algo de eso) pero también parece que eso no me ha quitado el sentido del humor para desgracia de algunos.

Espero que tampoco os lo quite a vosotros, que igual es lo único que os queda cuando.

Espero que disfrutéis de los relatos y tomároslos a bien, que son pura ironía, por favor.

Sed felices, no toméis drogas y no empecéis a beber que... no sé, luego no me queda para mí y joroba cuando se terminan las botellas en el supermercado.

Que lo disfrutéis.

Menopausia

I

Humo.

-Ave María Purísima.

-Sin pecado concebida.

-Me confieso de malos pensamientos y de haber mentido en el trabajo, de haber mentido para obtener un ascenso y de no haber sido sincero con mi mujer.

Volvió a reunirse con su familia y allí, al fondo, estaba el director del banco, que le saludaba efusivamente a él, a un buen empleado con una familia modelo que ahora se confesaba religiosamente para tomar más tarde el Cuerpo de Cristo. Mi hijo estaba repeinado y hasta se había vestido correctamente porque la paga dependía de ello y poco más le pedía al chaval. Como buena esposa, ella me roza ligeramente el brazo, pero sin aspavientos porque estamos en la iglesia y finalmente me dan el pan ácimo que tomo como buen católico.

Sí, joder, qué coñazo! Estaba deseando llegar y meterse una buena raya de farlopa rica, rica.

Salimos y me encuentro con mi jefe y su mujer y nos emplazamos para uno de estos fines de semana, para salir a cenar a algún asador de éstos que tanto nos gusta a la gente que podemos pagarlos. ¿Había dicho ya que no era pobre?

Regresamos a casa.

El asunto en sí siempre me había resultado un misterio, aunque no uno de éstos que te apeteciese resolver, sino uno de éstos que te importan un verdadero carajo, como una película aburrida que ya sabes cómo termina: en una bronca. Mi mujer y sus menstruaciones. En el fondo, las echo de menos, como a su colección de zapatos. Cuando dejó de tenerlas, decidió abandonarme para largarse a vivir su vida y me dejó a mí y a mí hijo. Sí, por medio estuvo el programa ese, pero no nos adelantemos. ¿Enfadado? Había que ser idiota para no haber visto venir todo este asunto.

¿Que por qué no me di cuenta que estaba loca desde el principio antes de tener que llegar a todo esto? Me dio dos besitos en las mejillas y alguno más... ya sabéis. Preguntadle a cualquier hombre.

-¡Que te busques un hotel y unas putas! -ya me sugería a los pocos meses de casados-. ¿¡Y a mí qué me importa!?

Fue la primera vez que me echó de casa. Solía suceder una vez por semana más o menos (así que la menstruación no tenía, a veces, nada que ver). Llovía a cántaros pero... claro, como yo era del norte se supone que podía aguantarlo.

-¿No te escupen todos los días en el trabajo ese de mierda que tienes? Pues imagina que estás trabajando, imbécil.

¿Supe entonces que aquello no funcionaría? No, me comporté como un hombre cabal e inteligente y la llamé al día siguiente para pedir perdón medio llorando. Prometí no hacerlo más (y conste que tampoco estaba yo muy seguro de qué había hecho exactamente). Menos mal que ella tampoco preguntó demasiado porque ni ella ni yo nos acordábamos bien de qué había sucedido exáctamente. Me dejó volver y ver al niño, Carlitos, que nada más entrar me señaló con el dedo y dijo una palabra que empieza por 'ca' y termina por 'brón'. No me di por aludido. Niños, ya sabéis. Enfados entre parejas. Luego el niño creció.

Vivíamos en una casa acomodada en barrio elegante de Madrid. Yo tenía un futuro prometedor en el banco y ella... un marido que trabajaba en el banco. Los sirvientes se reían de mí y cuchicheaban, no importaba. Solía contratar a las empleadas más feas para que no me fijara en ellas. Creo que lo aprendió de su madre, o en un programa de la tele, vete tú a saber.

-¡Lady Caca! -bailaba ella haciendo una especie de aerobic-. ¡La adoro!

Sabía cuándo llegaban aquellos momentos mágicos por el sonido estridente de mi hijo gritando eso de papaaaaaaaaaa. Y es que a pesar de que la casa disponía de varios baños, siempre se las agenciaba para dejarlos donde todos pudiéramos verlas. Entonces me daba cuenta que era hora de coger la ropa interior con su rastro rojo punzante y ponerla para lavar porque el servicio decía que no haría tal cosa -dales voto y se te suben a la chepa, estas razas inferiores es lo que tienen-.

Sí, previamente había estado de mal humor (vale, es cierto, usaba un calendario porque solía de mal humor casi siempre) y había dejado de querer tener relaciones (para eso no necesitaba calendario, veía porno directamente) y dejaba de atender las tareas domésticas (ejem, como si alguna vez lo hubiera hecho) y, a la noche, al fin, confesaba:

-Necesito un gin-tonic, es que me va a venir la regla.

(Cualquier motivo es bueno, llegaba a celebrar incluso las victorias del Atlético, y eso que no le gustaba el fútbol ni sabía el resultado). Nuestro hijo siempre ponía su granito de arena en esos días tan especiales en los que mi mujer necesitaba ser querida, amada y comprendida más que nunca. Desde tirarle una lata de refresco en sus partes íntimas hasta arrojar comida a la pared... la convivencia se hizo gratificante y tan próspera que mis drogadicciones afloraron de nuevo como las margaritas en primavera.

-¿Qué es lo que queremos? –preguntaba en televisión aquel Pablito Catedrales a sus acólitos, que no dudaban en contestar con el slogan e la campaña:

-¡Cañitas y tapeo! –gritaban éstos enloquecidos ya.

-¡Rojos!

Necesitaba algo y rápido.

Sí, consumía cocaína desde la mañana y todo tipo de drogas como ketamina, un tranquilizante para caballos medio alucinógeno, mi favorito, que conseguía con receta médica en un bar en el que me conocían. Ella no aprobaba mi conducta y, es cierto, nunca fui ni un buen padre ni un buen marido, pero qué quería que hiciera. Como dijo Homer: estaba así cuando llegó. Me gustaban las drogas duras para que, combinadas con alcohol, la cosa se compensase un poco. Nunca fui del porrito ni nada de esas cosas para adolescentes, no. Si había que enchufarse una raya a la salud de Pablo Escobar, pues... ¡Ole, Manitoooooo!

Antes de nada y por aclarar: no voto al partido ese de Pablito Catedrales y voy a misa los domingos como buen católico. Tengo mis vicios como cualquiera pero, en el fondo, soy un buen católico.

Que quede aclarado para que nadie me confunda con un rojeras de esos.

Yo sabía que Carlitos también le daba al porrito un poco pero... ¿qué familia es perfecta hoy en día? Me pedía la paga y hacía así como que... la inflación sigue subiendo.... Y yo sabía que no, que el precio del mercado seguía igual y que las drogas estaban incluso bajando.

-¿Y has probado en eso de la Internet Guarra? –sí, no era el mejor consejo padre-hijo pero era un consejo, hay que saber adaptarse a los tiempos que vivimos.

La Internet Guarra era como un sitio para comprarte un riñón y te lo mandaban a casa por UPS. Sin riesgos ni nada. Te salían las cosas a mitad de precio y todos contentos. Si me fallaba mi camello habitual, Miguel, me abastecía ahí y es de buen padre dar buenos consejos y, vale, ahorrarse un dinerito. Problema: tardan demasiado y en casos de urgencia hay que acudir siempre a camelos locales, bastante menos fiables.

Cuando entrabas en su cuarto había una mezcla entre... ¿qué metáfora podríamos emplear para un calcetín sudado durante días que ha comenzado a generar ya vida? Y hachís. Sí, al niño le gustaba el hachís y no le culpo. Había que adaptarse y si sus amigos fumaban... él también. No dejaba tampoco que las asistentas limpiasen su cuarto por no sé qué que había hablado con su madre del feng-sui. Yo sabía que era para que no encontrasen la droga pero me daba más bien igual, seamos sinceros. Es un pensamiento totalmente razonable en el que se han sustentado todas las religiones del mundo porque si llega a ser por la lógica, no sobrevivía ni una... y reconozcamos que el hachís es bastante más entretenido.

Se preguntarán: ¿y cómo mantenía yo todo esto? Sólo hacía mi trabajo. Sí, así de simple. Me gritaban, me increpaban y no era bien visto por los melenudos ‘rojeras’, pobres y tirados de la tierra... en pie famélica legión. Cuando llegaba a un desahucio, bien trajeado y con mis buenas rayas de coca encima... sí, me escupían y la muchedumbre me increpaba.

-¡Sólo hago mi trabajo! –repetía una y otra vez-. Yo también tengo hijos a los que alimentar.

Y sí, sólo hacía mi trabajo y mantenía la economía global a flote y a mi familia bien surtida y mis jefes contentos. ¿Qué más se le puede pedir a un hombre?

Mucho días regresaba cubierto de excrementos y escupitajos pero eso a ella nunca le importó. Estaba allí para eso. Se percibía peste a porro por toda la casa, y no era precisamente una casa pequeña.

Un día, sin embargo, todo cambió y aquel papaaaaaaaaa ya no surgió más. Simplemente escuché la cadena del baño y cómo mi hijo se volvió a encerrar en su cuarto. No había ropa interior manchada ni restos del ciclo de la vida que ya se extinguía porque... parece que el Rey Peón ya había dejado de representarse. Todo había llegado a su fin. Ella roncaba profundamente. Me metí mi primera raya. Mi vida era -o mejor, había sido- perfecta, sólo que -aún- no lo sabía.

II

Había sido un día duro. No es fácil desalojar a veinte familias en un día mientras lloran los abuelos y los tíos y berrean y los vecinos te insultan, pero era el mejor en mi trabajo. Sí, te daban ganas de contestarles ‘mañana te toca a ti’, pero siempre mantenía el tono distante y educado. Nunca me importaron los escupitajos ni los insultos de aquellos malolientes melenas y tipas con pelos en los sobacos. ¿No habían pensado en buscarse un trabajo de una vez? Sí, llegabas a casa un poco cubierto con los recuerdos de esa gente pobre, mezquina... vagos al fin y al cabo.

Volví a casa oliendo mal, a desahuciado... a pobre.

En la televisión estaba esa tía horrenda, la Lady Caca esa que estaba ya hasta en la sopa:

¿Dónde está el techo para Lady Caca?

-Techo estar en mismo sitio que cuando copular hombre peludo. Ser arriba. Mí no comprender.

Me metí un par de rayas antes de ducharme y quitarme aquella ropa que, mejor que al tinte, iría a la basura. Era una buena manera de dar la cara por el capitalismo: comprarme otro traje y no contribuir a toda aquella falacia del reciclaje y de lavar ropa... Y allí

estaba ella, tumbada en el sofá viendo la televisión viendo un programa de citas llamado First Encounters.

-¿Y por qué ya nunca salimos a cenar? ¿Por qué no me llevas al cine o al teatro?

-¿Y desde cuándo te gusta a ti el teatro?

-Aquí dice que a la gente elegante le gusta.

Necesitaba un whisky o una mamada, así que ya sabemos todos qué fue lo que pasó. La cosa marchó bien al principio: buen ritmo, casi sensual... la luz a medio apagar... los labios lo acariciaban suavemente, como casi suspirando, besando casi los míos mientras me relajaba despacio como en un susurro. ¡Qué bien sentaba el whiskazo!

-¡Ponme otro! —espetó mi querido mujer mientras aún estaba yo disfrutando mi whiskazo e imaginando Dios sabe qué (anda, qué cochinos...)-. ¡Pues me voy a presentar! —siguió la dama de mis sueños mientras me dirigía a la cocina a ponerle otro combinado.

El programa era una adaptación de uno americano (como siempre) y se encontraban chico-chica para tener una primera cita ante las cámaras. Me senté cerca de ella (no me di cuenta, es verdad) y lo vi un rato.

-¿No crees que me podría hacer famosa?

¡Pero si yo hasta la quería! No era la mujer más bonita del mundo y en eso estaban todos de acuerdo, vale... en el bar, en la oficina. Pero tampoco era lo que se dice un cuerpo 10 y tampoco tenía una mente privilegiada y simpática... vamos, que muy simpática no era a no ser que le pusieses tú el humor.

-Pues yo creo que puedo hacerme famosa y dejarte de una vez.

¡Pues nada la ocurrencia! Era el momento de otra rayita... un whisky y seguir imaginando pero no, la cosa parecía que continuaba por los mismos derroteros quijotescos.

-Tengo 3 seguidores en Rwitter... pronto podrían ser 30 y pronto 300. ¡Casi como el presidente de Estados Unidos! ¿Te imaginas? Sí, yo ahí, en televisión... teniendo una cita con un tipo y la audiencia cayendo a mis pies. ¡Imagínate el contador! 300, ¿qué digo? ¡350 seguidores en Rwitter!

Se cepilló el gin-tonic de un trago mientras levantaba el brazo en señal de victoria. Yo apuré mi whisky también de un trago no

porque tuviese una idea mejor que la suya, sino porque sabía que, de alguna manera, todo esto iba a terminar mal, muy mal.

III

Y sí, la llamaron. Dos mil euros en peluquería y otros tantos en vestidos y ni cuento ya los gin-tonics... le dijeron que mandase un vídeo.

-Carlitos, nada de petas cuando llegue el equipo, que nos conocemos.

El Carlitos estaba ya un poco demasiado fumado para enterarse de nada (por el hachís o por el propio olor de los calcetines, eso ya era física cuántica para mí) así que no hizo ni caso y cuando apareció el equipo de rodaje mi querida mujer estaba lista para hacer de Gloria Swanson pero sin Billy Wilder. En vez de a él, trajeron a un tipo pequeño que hacía gimnasia constantemente.

-¡Un, dos, tres! ¡Un, dos, tres!

Decía que la gimnasia era lo más y agitaba los brazos mientras disponían la cámara para grabar una cosa que bautizaron como 'vídeo promocional' aunque, sinceramente, yo también le puse una vez un nombre a un zurullo enorme que expulsé y no por eso dejó de contradecir su esencia fecal. Se llamaba Manolo.

Se me escapó, es verdad (el zurullo no, eso fue a conciencia, y bien que me costó, pobre Manolo, qué recuerdos y qué momentos tan felices, escasos tal vez, que vivimos juntos).

-Creo que es el momento de ponerme una raya –dije a viva voz.

No tardó el equipo de rodaje en agitarse, sobre todo el tipo pequeño, -que paró de hacer gimnasia inmediatamente, claro-.

-Ahhhh, tú tener cosa blanca y rica para nariz contenta, ¿eh?

¿Y qué diantres podía hacer? Me quedaban cinco gramitos para sobrevivir unos dos o tres días porque Miguel, mi contacto en el banco, se había quedado seco pero... tendría que tirar de los contactos de mi hijo esta vez como buen padre.

-¡Dales de una vez, imbécil! –respeto y sexo caminan de la mano en todo buen matrimonio que se precie.

Pronto todo el equipo seguía los gestos de aquel pequeño Jane Ponda de ojos hundidos.

-¡Un, dos, tres! ¡Un, dos, tres!

Todos daban palmas y saltaban y de vez en cuando daban la vuelta sobre sí mismos cuando el tipo pequeño lo indicaba (es que era el director, eh, que alguien tenía que mandar).

-¡Vuelta y olé!

Y el equipo entero daba una vuelta sobre sí mismo mientras, de vez en cuando, se pasaban por las mesas para esnifar algo. Ya no parecían tener prisa, aunque con cinco gramitos de nada, para poco iba a durar. Mi querida cónyuge se ausentó unos momentos (estaba en bata, no me puedo acordar de todo).

-Uno, dos, tres –seguía aquel señor bajito como pronunciando su letanía-. Un, dos tres...

A los pocos minutos apareció mi querida contraria vestida con la que sería su vestido oficial para el programa y ni yo ni mi Master Card podíamos creérnoslo mientras ambos sufríamos, no es silencio, aquel horror que tenía ante mí: una minifalda y unas medias rotas y una camiseta negra que dejaba el ombligo al descubierto con un piercing que no tenía ni idea que existiera. Se había recogido el pelo y se había corrido el rímel a posta. Sin más, saludó al equipo con el gesto ese de los cuernos que hacen en los conciertos de rock de los heavys. Aquello no podía ser más poligonero pero... ella se dirigió al equipo y les habló:

-¿Qué pasa, trons?!

El equipo rompió a aplaudir mientras se volvían medio locos y hasta el Carlitos, que no solía salir de su cuarto ni por amenaza nuclear, se escapó un momento y se sentó a mi lado.

-¿Un poco de peta, papá?

Nunca me ofrecía así que, como no quedaba mucha coca le di un par de caladas mientras mi mujer se disponía delante de la cámara y grababa aquellas palabras que me harían inmortales en la oficina.

-Soy la Juani y soy puta.

Fueron las primeras palabras de su vídeo promocional y el comienzo del fin de mi carrera.

IV

Al día siguiente, y a pesar de los porros, no me sentía yo del todo bien y fui al banco apesadumbrado y cabizbajo, sin esperanzas

y hundido, casi como si fuera un pobre. Llamé a mi compañero Miguel y le conté lo sucedido y que ella me iba a dejar y eso. Miguel tomó su café y habló tranquilo, pausado, mientras se ajustaba una corbata barata que bien podría haber llevado uno de esos de Potemos.

-Se ha apuntado al programa ese –comencé-, y dice que me dejará en cuanto tenga oportunidad. Tiene ya tres seguidores en Rwitter.

Su gesto ya no transmitía seguridad sino una agitación poco usual en él. Me intranquilizaba su respuesta, la de un hombre sabio que había sido mi amigo desde la Universidad.

-Perdona es que... -dijo entre balbuceos- me importa un carajo. ¿Quieres coca o qué?

Me pasó algunos gramos para terminar la semana y me dirigí al desahucio un poco enfadado, todo hay que decirlo. Una multitud de melendos se había apostado frente al edificio y gritaban consignas marxistas mientras me preparaba para la ducha diaria de escupitajos e insultos. Sin embargo, algo me hizo ir más allá y esta vez reaccioné, por algo era el mejor en mi trabajo y ahora lo sería por algo más que por arrojar a inválidos por las escaleras.

-¡Zarapastrosos! ¡Vagos!

Gritaba como si no existiera un mañana y les hacía peinetas mientras los cuerpos del orden trataban de protegerme de aquella multitud furiosa sin sentido.

-¡Poneros a trabajar! ¿Qué pasa, se te olvidó el desodorante?

Sí, me había encarado con uno de Potemos, que trataba de superar el cordón policial. Sin embargo, yo comencé a golpearme el pecho al más puro estilo Tarzán.

-Ven aquí, anda, ven aquí si te atreves –le increpé-. No hay huevos para buscar un trabajo no hay huevos para venir. ¡Poligoneros! ¡Tirados!

Me había puesto bien a farlopa así que me sentía entonado. El comunista cogió saliva y pude verlo como una escena de Matriz y ahí estaba yo mientras me lanzaba el escupitajo, preparado ante las hordas y dispuesto a hacer mi trabajo. Me doblé un poco para evitar el ‘gapo’, casi sonriente y con chulería mientras me daba aún tiempo de ajustarme el pañuelo de la solapa. Me incorporé y él

también se dio cuenta y supo entonces que estaba perdido. Pude ver en sus ojos cómo el terror le inundaba mientras también ahora yo cargaba saliva y la enjuagaba bien para preparar el lanzamiento. Cogí carrerilla e incliné toda la cabeza para darle efecto, como Mesti tirando una falta que, sabes, va a entrar por toda la escuadra. El ‘gapo’ salió prístino, suave, directo a su destino, directo a la justicia económica que este mundo tanto necesita. Pero no, la cabeza de aquel policía calvo se interpuso y mi obra de arte fue a dar directamente a su ojo. Se giró y esta vez la cara de terror era mía.

Estaba detenido.

V

No contaré mis andanzas en comisaría porque quiero decir que la justicia aún funciona y cuando uno posee medios económicos suficientes, no pasa un solo minuto en el calabozo. Eso está destinado para zarapastrosos. Al final, me pidieron disculpas y hablé con el comisario para que inhabilitaran al policía que recibió mi ‘gapo’ por haberse interpuesto. Me prometieron que se haría justicia y me fui de allí con un apretón de manos con el comisario. ¡Qué asco, la verdad! Lo que tiene que hacer uno. Después de lavarme bien las manos haría que inhabilitasen al comisario también. ¡Y a su familia! Total, de pobres no iban a salir.

Llegué a casa sobre las siete y mi mujer ya había recobrado su aspecto habitual: en bata y con el gin-tonic que se extendía como una extensión natural de su cuerpo.

-Aún no hay noticias.

En el fondo me reí: la pobre chica era de familia humilde y no podía hacer otra cosa. Contó un montón de historias inventadas con el único fin de entrar en el programa: que si se había casado por dinero (menuda mentira, me amaba de veras), que si tenía problemas con el alcohol y que su chulo la hacía beber más de la cuenta y que por eso quería ir al programa, para abandonar toda aquella vida y formar una familia en los arrabales.

Carlitos y yo mirábamos aquello y nos pasábamos el peta como lo harían dos buenos colegas en el arrabal como una industria en el fondo del cuadro.

-Yo sólo quiero un bocadillo de calamares e ir al polideportivo los domingos. ¿Es eso tanto pedir? –se preguntaba mientras se llevaba las manos a la cabeza y se corría aún más el rímel-. Un hombre normal, simpático, cariñoso... ¡Al que le gusten las motos!

-Hoy tienen que venir a llenar la piscina –dijo mientras se terminaba el gin-. ¿Te encargas?

No tenía ni p. ganas pero qué remedio, había que poner siempre por encima el amor del egoísmo. Gracias a Dios, Cupido actuó más rápido y sonó su móvil. Estaba pálida, como un andaluz al que le han dado un trabajo, su gesto me hizo temer lo peor pero aquello no era posible.

-¡Síiiiiiiii! ¡Estoy en el programa!

Se quitó la bata y pude comprobar que no, ahí debajo no había nada (de nada). Corrió al baño no sé si a vestirse, a prepararse o algo más íntimo, pero yo fui a la habitación de mi hijo para seguir con nuestro acercamiento padre-hijo.

-¿Unas putas? Yo invito.

VI

Le habían dado tres semanas hasta el viaje hasta rodar el programa y mi querida media naranja necesitaba documentarse a conciencia. Veía documentales sobre pobreza infantil y escuelas públicas y hasta se informó sobre la gente que quería evitar mis desahucios.

-¿Sabías que en esas casas vive la gente? –me preguntaba durante la cena-. Sí, son gente que respira y tiene sentimientos, pero gente que luego al final vota a gente como nosotros para que podamos seguir viviendo dignamente. ¿No te parece algo digno de admirar?

Yo sabía que la política y la economía no eran lo suyo y trataba de explicarle algunas nociones básicas sobre gente sin estudio, pero ella siguió documentándose y saliendo todas las tardes. Pronto pasó del gin-tonic a la cerveza del súper y se rapó un trozo de la cabeza y se la tiñó de negro.

-¡La última moda!

El toque tirantes mientras se ve el sujetador la convertía en una modelo choni 3.0 digna del mejor barrio de la periferia pero, de

alguna manera, la veía por primera vez ilusionada con algo y desde que éramos novios no la veía así.

-¡Dejarte por fin! ¿No lo ves maravilloso, amor mío?

En principio la idea no me parecía del todo mala (ahora ya vi que ha sido todo un desastre, pero no nos adelantemos a los acontecimientos). Ella encontraba a algún granjero aficionado a las mazorcas –por uno u otro motivo- y yo... bueno, no es que el tema de las mazorcas no me atrayese, había probado en mi juventud pero... ahora veía esto más como una oportunidad que como un paso atrás. Aunque claro, estaba el tema de Carlitos: había que librarse de él.

Librarse de un hijo no siempre es fácil. Dicen que se les coge cariño... no, el Estado te obliga a mantenerlos porque si no la mitad de nosotros ya les habría dejado en la calle. Cuando me llegó el primer aviso del colegio ya me di cuenta que aquel ser no llegaría lejos. ¿Para qué seguir intentándolo? No había salido a su padre y tampoco tenía la sangre que se necesita para trabajar en un banco. Todos estos rojos, gualtrapas y fuma-petas tienen un problema, y es que al final empiezan como a sentir lástima por otros seres y terminan medio mal. Conclusión: los petas dañan el cerebro.

Me habían advertido en el trabajo que lo de mi mujer iba a venir mal para mi carrera, que la convenciese para no ir. Sin embargo, se la veía tan feliz en aquellas reuniones de moteros mientras devoraban una cosa llamada tortilla que... ¿quién podría negárselo?

Ahora bebía botellines a morro y hasta eructaba de vez en cuando y tocaba al servicio, como para congraciarse con aquellos pobres desgraciados cuya única finalidad en la vida era servir de abono para mis plantas.

Finalmente contrató un asesor, una especie de homosexual que le iba a mostrar los secretos para triunfar en aquel programa. Yo no tengo nada contra los homosexuales, asturianos, lesbianas, andaluces o incluso vascos pero... aquello me parecía ya demasiado cuando le daba el masaje de pezones.

-Es importante que los tengas bien, bien duros cuando te coja la cámara –decía mientras le retorció los pezones de manera suave-

. No olvides que no sólo tienes que follarte al que tienes delante sino a millones.

-¿Y me va a doler? –preguntaba mi diosa.

Las siguientes dos semanas fueron un festival de preparaciones: desde la mirada ‘guarrona’ hasta dejar caer el cuchillo y enseñar ligeramente el ‘pandero’ para que todos lo vieses.

-¡Eso, sí! ¡Sin perder la elegancia, guarrona!

-¡Guarrona tú!

Y se ponían a corretear por la casa mientras se daban con la toalla. Cada cual a su afición. El caso es que en apenas dos semanas lo que había sido una alcohólica de barrio pudiente se había convertido en esa choni que ya no reconocía y que partió camino al horizonte aquel martes fatídico que grabó el programa.

VII

La cita

Todo lo demás es un poco ya historia. Traté de ocultar la cinta pero el día que se emitió la expectación era máxima en la oficina y hasta las señoras de la limpieza echaban un ojo a los televisores para ver el programa. El presentador era independentista, se podía ver en su cara de rojo cuando le preguntó sin inmutarse:

-¿Así que eres puta? –puso cara de circunstancia y de contener un poco la risa, como cuando piden el referéndum.

Ella no se inmutó y contó una especie de vida sui-generis que nunca llegó a existir pero que parecía perfectamente equilibrada en su mente.

-Todo comenzó cuando mi anterior marido me obligaba a chupársela y decía... ¿Me la chupas? Y yo: pero... ¿gratis?

-Violencia de género, comprendo –contestaba el presentador.

-Sí, sí. Luego conocí a mi actual marido, también chulo.

-Proxeneta –interrumpió el presentador con cara de ‘cachondeillo’.

-¡Nooooo! ¡A pelo! Yo siempre lo hago a pelo.

En la oficina ya todos reían y me señalaban con el dedo como si sus mujeres fueran en realidad mejores, habría que verles.

-¡Pues vamos a la mesa!

El anarco-sindicalista ese acompañó a mi mujer a la mesa y le presentaron a su cita, otro pobre con pinta de granjero. Llevaba boina y estaba gordo como los pobres, que no saben alimentarse y como comen productos de baja calidad, se ponen gordos como aquel tipo. A continuación pusieron su vídeo y aquello fue realmente lamentable, aunque las mujeres de la limpieza no parecían opinar lo mismo porque algún que otro suspirito se les escapó cuando dijo eso de...

-No tengo suerte en el amor y he venido al programa a encontrar pareja.

Los empleados del banco se reían y empezaban a hacer burla de su grasa corporal, poniendo mofletes y caras extrañas. Yo estaba a punto de llorar.

-¡Y aquí está tu cita!

Los dos se encontraron por primera vez y mi mujer se sonrió.

-Uy, ¡qué chico tan grande!

En mi oficina ya no podían más y hasta el director se acercó mientras uno de los empleados hacía gestos imitando a un gorila, con los brazos y todos. El director me miró con cara de pocos amigos. Mi mujer no hacía más que insinuarse al tipo gordo que empezaba a ponerse ya nervioso, y no habían traído ni el primer plato.

-¿Y qué te gusta de tu trabajo?

-¿Lo que más? Creo que las felaciones –lo dijo mientras abría la boca y se pasaba uno de los rabos de las aceitunas que habían puesto de aperitivo-. ¿Y a ti del tuyo, chico grande? ¡Otra birra! Aunque tengo mis etapas ya sabes... unas veces es trabajar aquí, allá... ¿sabes a qué me refiero? Pero tengo una norma, nunca por detrás y luego... ya sabes... ¡ñam, ñam!

Fue ella misma la que hizo el evidente gesto de estar trabajando el asunto cuando aquella especie de granjero obeso incrédulo siguió mirándola impávido.

-¿Y te gustan las motos?

El granjero no podía moverse mientras ella seguía sonriéndole coquetona como una diosa griega.

-Sí, ya sabes, brum, brum....

-Bueno, no sé. Yo tengo tractor.

-Ah, qué bien. Un día me puedes montar... Mmmmm, ¡Brum, brummmmmmmmm!

El tipo se levantó y quiso ir al servicio, aunque cogió la otra puerta pero el presentador le paró en seco.

-¿Pero qué haces? ¿No te gusta tu cita? ¿No es lo que esperabas?

-Es que es un poco choni, la verdad....

El chico iba con la cabeza baja y algo avergonzado con toda aquella situación. ¿Qué iban a decir en la aldea? No podría volver allí.

-A ver... ¿en tu aldea tenéis internet?

-¡Einnn?¿!!?¿?!?¿?!?!

-Bueno, ¿y televisión?

-El cura tiene una. Nos juntamos los chicos a las doce de la noche para...

El presentador no quiso saber más porque aquel chico por fin sonreía al recordar sus buenos tiempos en la aldea.

-Anda, ¡vuelve ahí y valor!

El chico volvió envalentonado y confiado. Mi mujer le esperaba tranquila, con un toque a lo Audrey Hepburn en Desayuno con Diamantes.

-¿Has ido a...? —ella sonrió picarona mientras guiñaba el ojo y movía la mano arriba y abajo-. ¡Anda, tonto, que no me importa, sé que los chicos hacéis esas cosas! Mira que cosas más ricas nos han traído... ¡y sólo es el primero! ¿Tienes hambre?

-Sí —intentó contestar el aldeano feliz.

-Mmmm, qué interesante. ¿Me comes el morro ahora?

El chico se volvió a poner nervioso. Sin embargo, mi mujer estaba ganando claramente la partida.

-Anda, que ahora es sólo el morro... no te preocupes que tengo un postre especial para ti, tigretón.

El director ya movía la cabeza de un lado para otro como cuando eres de un equipo que no es el Real Madrid, de ésos que pierden. Sin embargo, la audiencia parecía estar encantada: un conserje y una de la limpieza se habían acurrucado el uno contra el otro y ella apoyaba su cabeza con permanente barata en el hombro de él. Él sostenía un palo con pelos en un lado. Lo llaman fregona. Los del banco también habían dejado ya de hacer gestos obscenos

y cada vez que el tipo obeso hablaba se escuchaba algún “ohhhh” y “ahhhh” y “uhhhh” o así... sí, por extraño que parezca, aquella pareja había logrado conquistar a la audiencia.

-¡Morro, morro, morro! –gritaban ya al unísono en la oficina, ricos y pobres, empleados y financieros... todos menos yo y el director que...

-¡Morro, morro, morro! –gritaba el también, presa de la furia amorosa del momento que nos embargaba a todos, hombres y mujeres, niños y niñas.

Cuando mi mujer y aquel tipo juntaron los morros para darse un beso la audiencia rompió a aplaudir y algunos tiraron confeti y varios se besaron (y muchas mujeres no había, yo sólo lo apunto). El director se acercó hasta mí y me dio un gran abrazo, casi envuelto en lágrimas.

-Su futuro en esta firma está asegurado –sentenció-. Nunca pierda a esa mujer, vale millones.

Y lloró en mi hombro y vimos el resto del programa abrazados, cogidos de la mano. No fue agradable cuando fueron al reservado y descubrí que...

-¡Depilación integral! –gritaron todos al unísono. Aplausos risas, algún que otro arrumaco. El director se ponía tierno. Me abraza.

Tal vez, aquello fuera el comienzo de un nuevo futuro, una nueva manera de entender mi relación con el director, con el banco... con mi propio yo. Aún guardo en mi mente su sonrisa antes de besarme, despacito y vacilón, así como un toque brasileño. Fue sólo un piquito, nada serio... Mmmm, pero sentí algo así como... ya sabéis, chiribitas en el estómago como las princesas, ese cosquilleo que te da cuando encuentras a alguien que te gusta de verdad, ese alguien especial que, sabes, estará contigo para siempre.

Una lágrima se le escapó antes de separar sus labios de los míos y decir las que fueron sus últimas palabras, como en El Paciente Inglés:

-¿Os veré a ti a tu mujer el domingo en la iglesia?

VIII

Me despidieron a los pocos días y mi mujer me dejó por el granjero a las pocas semanas. Mi vida estaba acabada pero sentía ahora que, por fin, mientras me fumaba un peta y me tomaba una birra un poco calentorra al lado de mi hijo, que la descendencia tendía sentido, que todo aquello en lo que creía: familia, religión, Estado, tenía sentido y verdaderamente daba sentido a mi vida.

Me demandó y consiguió un dinero en cuestión de daños o no sé qué. Cuando llegó la sentencia recé dos Ave Marías por el alma de mi mujer para que encontrase la felicidad. Yo he conocido a una chica venezolana que dice que me quiere y que su familia me adora, que sus siete hermanos están deseando venir para conocerme. Dice que son unos chicos trabajadores y limpios y que sólo se quedaran apenas quince días en casa.

La conocí en una cosa llamada Pinder, que no creo que hayáis oído hablar de ella, pero en otro momento os contaré. Me pondré otra birra ahora.

-¡Carlitos, deja la tele que es domingo y hay que ir a misa!

-¡Eh, que aquí hay una que dice que se ha ‘follao’ a Jesucristo!

¡Adolescentes!

Gracias a la demanda de mi mujer y a la falta de medios me desenganché de la coca y ahora paso las tardes fumando sólo porros con este churumbel al que adoro.

¡Qué mundo más perfecto! Ojalá nunca cambie.

Pinder Bueno

I

Era una noche aciaga, oscura, de esas tenebrosas que dan miedo y los lobos aúllan y todos esos tópicos. Yo me dirigía a través de un callejón oscuro tratando de evitar las miradas perversas de los curiosos y furtivos, de los cazadores de autógrafos (sí, que soy famoso, no os muráis de envidia). Llevo gorra y cazadora para pasar desapercibido, aunque parece que últimamente todos los famosos vamos igual y esto se está empezando a convertir en un disfraz. Necesito algo distinto, no sé... un sombrero de plumas o algo así... o un letrero luminoso que me acompañe con la música de Pocky.

Mi objetivo está a apenas dos manzanas y no veo drones por el cielo. Hay un par de chicas sentadas en una de las escaleras, las típicas del West Side, salvo que no estamos en el West Side. Miro a un lado y a otro y nadie me reconoce: todo ha ido bien. La fama es difícil la fama cuesta y yo, soy famoso.

A veces me dicen que soy un poco pesado con este tema, sobre todo al conocer a una chica, pero es que ser famoso es una profesión a tiempo completo. No te puedes olvidar de ella porque hasta en el bar te lo recuerdan al pagar el refresco. Sí, te conocen de todos los días y sólo te saluda el camarero y un profano pensaría que es sólo por cortesía, pero no... ahí está la fama que te persigue y atenaza tu vida como si fuera una soga que no te deja vivir.

Las chicas me miran disimuladamente. Si levanto un poco más la ceja creo que podrían reconocerme, pero no puedo arriesgarme. Esto es importante y necesito mantener la calma. Mejor pasar desapercibido.

-¿Y qué tal la noche, chicas? ¿Habéis visto el último programa de Escuela de Amor? -al final me acerqué, para que pudiesen conocer así de cerca a un famoso.

-¡Nosotras no vemos esa mierda! ¡Pasamos de realities!

Se giraron y se encendieron un cigarrillo. Qué costumbre más fea. Los famosos no fumamos porque cuidamos nuestros cuerpos atléticos. Además, fumar te pone el cutis feo y amarillo y quedas

fatal en televisión. Si queréis ser famosos como yo, no empecéis a fumar.

Lo de que no me hagan caso me pasa mucho: la gente intenta disimular y hace como que no me conoce, que no mira mis canastas ni ve mis goles ni paga por ver mis películas ni votas a mi partido político (ups). Perdonad toda esta confusión, pero es que no quiero desvelaros mi identidad.

Continué mi camino y un pequeño cartel y una flecha luminosa señalaban el lugar del encuentro. No había drones ni focos a los que tan acostumbrado estaba, ni modelos de lencería pidiendo que firmase cerca de sus pechos turgentes. Ni rastro de la fama aún. Me ajusté bien la gorra y entré. La gente ya esperaba inquieta y me puse en una esquina para pasar desapercibido. Aquella noche había bastantes asistentes, podría resultar una noche entretenida.

Esperé pacientemente, como uno más, como alguien normal, alguien del pueblo llano. Cuando llegó mi turno, y sin quitarme la gorra, pronuncié la letanía:

-Me llamo Pablito Catedrales y uso Pinder.

-¡Hola, Pablito! –respondió la concurrencia.

Cachis, si es que siempre se me escapa el nombre. Es que es como lo de Bond, James Bond, es imposible resistirse a mi encanto, mi coleta... Pablito Catedrales... tu próximo presidente.

II

Pinder es la más popular de las aplicaciones de citas para móvil. Básicamente: corazoncito, me gusta; aspa no me gusta. Si coincidís, se abre una ventanita de chat y podéis hablar y ligar. Siempre he tenido dificultades para usarla porque soy famoso y no me gusta que quieran quedar conmigo por ese tema. Ya sabéis, a veces las chicas se dejan llevar por el glamour y no por el corazón que existe debajo de este tórax lampiño y de esta tableta de chocolate bien perfilada por las abdominales (y mi coleta, claro).

Comencé mi discurso al electorado:

-Camaradas, compatriotas... Hay varias clases de perfiles de chicas en Pinder. Negacionistas. NO quiero esto, NO quiero lo otro, NO locos... bla, bla, bla... Un 30% de los perfiles son así.

No nos interesan porque un buen discurso de izquierdas se basa en el sí: el sí a a la libertad, el sí al cambio, el sí al amooooooooor.

Sí, sabía que aquello debía ser algo informal, pero rompieron en un aplauso loco, febril... casi comunista. Había una rubia en primera fila que agitaba una bandera republicana que llamó desde el primer momento mi atención. Se notaba a la legua que no llevaba sujetador y pegaba botes febriles como si Lenin hubiese resucitado. Le guiñé el ojo y la señalé para que se sintiera especial así en su cuerpo, nunca hay que desaprovechar la oportunidad.

-¿Y cómo distinguimos un perfil en Pinder de izquierdas de uno de derechas? -hice esa pregunta a la concurrencia y dejé así como un silencio de esos interesantes, chulos pal body.

Desde el público gritaban como locos:

-¡Amigo de sus amigos!

-¡Sincero!

-¡Cañitas y tapeo!

-¡Que le guste la montaña!

-¡No sin su bici!

-¡No busca sexo!

Tuve que acallar a los asistentes y, ya sin mi gorra me atusé la coleta y le volví a echar el ojo a la rubita que parecía la mar de dispuesta. Saqué entonces mi móvil cutre (éste sólo lo llevo para los actos estos de mierda, en casa tengo un Pac, no voy a ir yo con esta basura por ahí).

-Alguien de izquierdas mira más allá de las frases de Coello o Marx, más allá de la estrella de Oriente y del Niño Jesús. Hoy tenemos con nosotros a Javi, un chico de... -aquí me encojo de hombros y hago así como que he estado allí alguna vez, pero que me hicieron funcionario no he vuelto a pisar semejante antro- de barrio popular, sí. Como tú, como yo mismo. Ven Javi, acércate al estrado, no te de vergüenza.

Se acercó un tipo vestido con una camiseta apoyando la escuela pública y levantando el puño en señal de protesta.

-¿Usas Pinder, Javi? -le pregunté y asintió. Se le notaba emocionado. No todos los días se está ante una celebridad y lo comprendí al momento. Le abracé para que se sintiera más

cómodo-. ¿Y qué te gustan? ¿Los hombres las mujeres? Sabes que en Potemos aceptamos todas las condiciones.

-Las mujeres, joder. ¡No soy maricón!

El público empezó a tirar tomates, gallinas, patos y conejos. Estas cosas pasan, pero hay que saber siempre tranquilizarles.

-A ver, que el chico está nervioso y no ha querido ofender a nadie. ¿Verdad que no, Javi? A ver, ¿qué buscas realmente en una mujer?

El tal Javi negó con la cabeza y su sonrisa sincera de izquierdas pareció entonces mucho más atractiva.

-Busco una chica sincera.

¿Me podéis creer? Y va el tío y se queda tan pancho ahí: una tía sincera... ¡anda que...! La concurrencia guardó silencio un momento mientras ellas ya se sonreían por lo bajo y ellos se rascaban algunas partes poco decorosas. ¿De dónde me han sacado a éste? ¿Y cómo arreglo yo esto ahora?

-La sinceridad es el motor de mi vida y no soporto la mentira.

No, si lo vamos a arreglar, Javi, machote. ¿Qué fue del ya clásico selfie en el baño que nos recuerda al David en Florencia? ¿Qué fue de esa foto con tu moto?

-La soledad entre los dos es el recuerdo en mi interior –dije así como para el infinito-. ¿No lo crees, Javi? Cuando dices alguien sincero... aclaremos –aquí seguí rápido porque no podía dejar que el patán este interviniese otra vez- quieres decir... con los pies en la tierra, ¿no?

(Aquí tengo que puntualizar porque es que aquí somos de izquierdas claro: porque si no eres de izquierdas y te dicen ‘con los pies en la tierra’ tenlo claro que significa que con trabajo, casa, moto y que ya estás pagando la cena, claro).

La audiencia estaba ya entregada se escucharon algunos murmullos de aprobación, como si nunca hubiesen escuchado la frase (y sí, a esa gente hay que pagarla también, que así aplauden más).

-Una persona sincera con la causa, con sus principios, con su...

-¡Y no soy maricón eh!

¡Al final le atizo una colleja al tío sincero este!

-A ver, Javi, déjame terminar... yo no le he interrumpido. Sinceridad con los principios que representa nuestra lucha, nuestra fuerza y nuestra causa. Más escuelas públicas, más subvenciones, más empleo público. Más... ¿Libertad? Sí, ¡libertaaaaad!

Javi ya sonreía porque por fin había dicho algo por lo que podía levantar el puño. Si al final...

-Decidme... ¿queréis sanidad de pago como propone la derecha o una sinceridad de izquierdas como ahora nos propone nuestro amigo Javi? –si me interrumpía una vez más con los putos maricones de mierda le hubiese matado-. ¿Qué queremos, chicos?

Todos ellos exclamaron a una:

-¡Sinceridad!

Ellas sonrieron, tranquilas.

-Ahora vosotras, chicas –sonreía y dejé ver mi sonrisa perfecta y famosa a la rubia de los pechos boing boing.

-¡Sinceridad!

Javi sonreía por fin. Aún llevaba el móvil cutre en la mano. La verdad es que en éste ni siquiera funcionaban las apps pero aquellos tipos eran tan bobos que ni lo sabían.

-¡Y ahora a darle al corazón a los perfiles de izquierdas!

Me fui entre aplausos y vítores y algún que otro jadeo que para eso soy famoso y tengo un puesto de trabajo en Europa. Me fui no sin antes dirigirme a mis asesores y ayudantes (todos de izquierdas, que llevaban el pañuelo ese palestino) y pasarles una nota breve pero clara:

La rubia de la primera fila de la camiseta sin sujetador.

No tardaron en volver los asesores:

-Ninguna lleva sujetador y todas van en camiseta.

Joder, si no hay como delegar para... y entonces apareció ella, con su sonrisa y su boquita abierta y fue ella la que, desde un primer momento, llevó la conversación.

-¿Parques públicos o privados? –preguntó con aire sensual y un poco ingenuo, un poco insinuante, un poco.

-Públicos, desde luego –respondí sin dudarle.

Me guiñó el ojo y supe que aquella sería una larga noche.

III

-Ser Pablito Catedrales no es fácil –le dije así como con aire guay-. Tienes que llevar un perfil amable con tus votantes y codearte en cambio con la ‘casta’, esa gente que come en restaurantes caros y pide una copa de brandy después de comer sin importarles lo que pase en otros continentes desfavorecidos. Capitalistas sin escrúpulos que no reparten y que hacen de la desigualdad su forma de vida. Pablito Catedrales lucha contra todo ello y está dispuesto a darlo todo por los desfavorecidos, los niños y los abuelos de los niños.

No tengo que decir que ella me miraba embelesada, como queriendo pasar ya a los postres, ya me entendéis. Normalmente tenía que darles algo más de coba para llevármelas al catre pero en esta ocasión supe que sería fácil.

Como siempre con las mujeres: me equivocaba.

-¿Y a qué te dedicas?

-Tengo una tienda de artículos eróticos en Malacaña –respondió-. La montamos con unas amigas lesbianas. También publicamos panfletos en una imprenta y los distribuimos en la calle. Todo boca a boca, nada de medios de comunicación untados por la casta. Tú ya sabes a qué me refiero, Pablito.

Sí, lo de que ‘boca a boca’ era una clara insinuación a que le comiera el morro era evidente pero mi devoción por el partido pudo más.

-¿Y el Rwitter?

-No tengo –me dijo sin avergonzarse.

-Facebook –pregunté ya anonadado.

-No uso –respondió vacilona.

-¿Y dónde cuelgas las fotos medio en pelotas?

-Ah, ¡Pinterest sí tengo! –sí, amigas, yo también respiré aliviado-. Tenemos una cuenta entre todas las amigas y cuando vamos a la playa nos hacemos fotos unas a otras con nuestros cuerpos bronceados y colgamos las fotos.

Fue entonces cuando sacó su móvil y me enseñó su cuenta y sus fotos con sus amigas: sí, todas en la playa y todas en bañador, vale, pero la chica parecía alegre y decidida y alguna mentirijilla que otra se podía pasar.

-¿Y cómo haces para usar Pinder sin Pacebook? –pregunté así como inocente.

-Ah, no sé –respondió siempre sincera (vamos, que no se puede pero a ella la dejaban por lo visto)-. Me lo puso una amiga. ¿Quieres tomar algo?

El asunto de tomar una copa siempre era peligroso: sí, cañitas y tapeo pero... Al final lo de ser de izquierdas suele terminar a la hora de pagar la cuenta así que yo siempre suelo emplear la misma táctica:

-Es que verás, me he dejado la cartera y....

Sí, suelen poner mala cara al principio y cuando te pides la segunda ración de jamón (serrano) a veces protestan un poco pero todo es cuestión de saber llevar la conversación a tu terreno.

-¿Has pensando en los niños de África? –le pregunté (qué rico estaba el jamón, y con el doble de cervecita... mmmmm)-. ¿Crees que habría tantas desigualdades si terminásemos con la ‘casta’? Yo cuando veo a un negrito de esos en la tele o en mi iTad me digo: ¿por qué yo?

Ahora la suelo mirar directamente a los ojos y vuelvo a guardar silencio. El sitio no estaba mal. Era recogido y habíamos elegido una mesa apartada para poder camelármela bien. La intimidación es siempre importante.

-Piensa en el Niño Jesús –le dije así como sin darle importancia-. Nació pobre, en un pesebre, en una mierda de sitio que para qué contar. ¿Qué posibilidades tendría hoy en día con los bancos?

Le dije si quería otro doble, pero se negó pero yo me pedí otro.

-¡Y que no se te olvide la tapita, eh! –lo dije así como para parecer populachero, que siempre queda bien exigir tus derechos-. ¿No comes jamón? Parece que con los nervios del discurso me ha dado hambre, perdona.

Trajerón la cerveza y me la bebí casi de un trago porque el jamoncito da sed y ya estaba levantando la mano para pedirme otra cuando ella se vino hacia mí y me detuvo, sentándose a mi lado. La camarera me vio y me hizo un gesto que si quería otra, pero ya no me dio tiempo a responder cuando ella, con los labios cercanos y sensuales me preguntó muy cercana.

-¿Y no prefieres que nos vayamos a otro sitio?

(Sé lo que pensáis y sí, ella pagó).

IV

Aquel sitio olía a marihuana que tiraba para atrás. Una pequeña tienda en aquel barrio cutre por el que sólo pasaba cuando no tenía más remedio que dar algún discurso y dejar el Mercedes y al chófer aparcados.

-¡Y éste es nuestro lugar! Modesto, tranquilo... pero un barrio súper-chulo, ¿no?

-Este barrio es lo mejor –respondí siempre con una sonrisa sincera-. Recuerdo no hace tantos años a los niños jugando por las calles, a las abuelas en Navidad y esos juguetes que nos regalaban con tanto esfuerzo, cuando apenas tenían nada. ¿No echas de menos aquellos tiempos tan felices?

-Aquí –dijo mientras levantaba un papel con una chica exhibiendo músculo-, imprimimos propaganda feminista a favor de la igualdad de género.

-Ah, ¡qué bien! –respondí por decir algo, vamos, por eso de parecer interesado-. ¿Y qué pretendéis lograr con la igualdad?

-Acabar con los tíos y exterminar el género masculino –dijo sin inmutarse. Oye, que tampoco era la cita más rara que había tenido en mi vida ni aquella era la tía más loca que había conocido. Luego, como si no quiere la quiere, cortó el discurso y cambió de tercio-. ¡Miraaaaa! ¡Pon y Pin!

Y me enseñó un muñequito que empezaba a menear graciosamente y le daba besitos mientras y seguía botando y ahora sonreía.

-¿A que es mono? Ohhhhhhh. ¡Dan unas ganas de abrazarle! Si es que es tan tierno... Jo, es que estoy tan bien... Mmmmmm

Y movía entonces los hombros así como... no sé si coquetear conmigo o para exterminar a otro miembro de la especie masculina, pero ya se sabe que en estos momentos cualquier tío habría hecho lo mismo: intentar echar un polvo.

-¡Abrazame! –me dijo.

Como no quiero parecer un narcisista ni un machista vamos a describirla un poco más que sé que tenéis curiosidad. Pechos: bien. Cadera: así como para mojar... dale que te pego. Culete...

-Pues dan ganas de usar la entrada trasera sí. Tienes un bonito culo.

Sí, lo había dicho en alto sin darme cuenta. Es lo que tiene ser famoso. Ella me miró un momento antes de tomarme de la mano y abrir lo que ella llamaba...

-¡Aquí está la habitación roja! Es por el libro de las 40 Sombras sobre Dorian Gray, ¿lo has leído?

-Sí, claro —es que los de izquierdas leemos, que lo sepáis todos (pero vale, es verdad, no lo había leído y mentí más que un facha los domingos en la iglesia)-. Pero además... será roja por el movimiento comunista ya sabes.

Puso cara que 'ni de coña' pero son estos momentos en los que más vale disimular y decir eso de 'pues yo no huelo nada' y continuar con aquella cita que, para ser de izquierdas, iba bastante bien.

Más allá del umbral se escondían látigos y disfraces de Tiroleses Nazis e incluso la Rana Gustava y alguna fusta y un cartel en grande con el lema "Todos tenemos derechos" firmado por algún colectivo minoritario al que no quiero ofender (aunque ya se darán por ofendidos sin pretenderlo, que hay mucho 'rarito' por ahí que con tal de haber creado una asociación se cree con derecho a demandarte por haber llamado gorda a su madre en un mitin).

-¿Y qué? —me increpó mientras me daba una palmadita en la nalga (izquierda) de mi trasero-. ¿Qué te parece nuestro pequeño lugar secreto?

-Muy chuli. Ambiente espacioso, acogedor y qué decir de los tesoros que se encuentran en su interior —mentí como un bellaco. Iba a ser terminar la faena y salir de allí pitando.

-Aquí organizamos tertulias y charlas feministas por si te apetece pasarte. Aceptamos hombres, incluso. La pena es que no se pasan muchos y no entendemos por qué.

Me alargó un papel sobre su última charla: ¡Lucha contra la Violencia Machista! ¡Castración Química Universal Ya!

-Esta charla la dieron dos hermafroditas transexuales y fue la mar de interesante. Combinaban las teorías de Freud y Schopenhauer con 40 Sombras sobre Dorian Gray. Se notaba que

sabían y que era gente preparada, con estudios. También hemos nos han hablado a favor de la Sanidad Pública sólo para mujeres.

-Veo que no os aburrís.

-Para nada, para nada. Mira –y me enseñó un cómic troquelado con una especie de niña que con su varita mágica disparaba rayos a las partes bajas de los hombres ante el pavor de éstos-. Te presento a Mary Potter. Con los beneficios, su autora plantea fundar una universidad en la que sólo se admitan mujeres. Lo malo es que no van muy bien las ventas así que me temo que el proyecto tendrá que esperar.

(Y sí, aquello me daba canguelo a mí también, para qué engañarnos, compañeros).

Me enseñó todo tipo de obras como La Castradora del Pantano (un cómic también troquelado en el que moviendo cositas podías ir decapitando hombres machistas y maltratadores). Tengo que reconocer que la chica era toda una intelectual, muy metida en su materia, sí, pero toda una erudita en su tema.

-Anda, ven –prosiguió mientras me cogía de la mano y me llevaba hasta un sillón. A estas alturas sé que estaréis todos pensando en que tendría que haber salido por piernas hace ya varias páginas y que esto termina en una película de terror: teníais razón, sí-. Yo entiendo que el feminismo intimida a algunos hombres débiles porque quieren así evitar el poder que nos fue dado por la Diosa Madre en el momento de ser creadas. Todo ese poder se nos arrebató y, ahora, simplemente queremos devolver las cosas al lugar que pertenecen. Dime, Pablito, ¿te intimidan las mujeres fuertes y con valor?

Ahora era cuando me acariciaba la rodilla o así y, sí, lo hizo mientras se acercaba mucho a mi cuello y ya sabéis, que por muy del partido comunista que uno sea la lucha es la lucha y una ocasión así no se presenta todos los días.

-¿Crees en la Diosa Madre?

En aquellos momentos como si me hablaban de los gnomos del bosque... Le di la razón mientras la besaba suavemente.

-¿Y en las hadas mágicas del bosque?

Si yo tampoco sabía a qué venía, pero ahora que me las podía imaginar, debían ser bastante voluptuosas esas hadas del bosque con sus vestidos blancos y transparentes. Mmmmm.

-¿Y en el lobo feroz?

Ahí ya me extrañé y separé un momento sus labios para preguntar, pero como buen hombre de izquierdas reflexioné un momento antes de contestar...

-¡Venga, también!

Y seguí a lo mío mientras ella me rodeaba con sus brazos y disponía sus piernas abiertas sobre mí y me agarraba con sus brazos mientras continuaba besándome suavemente y recorría mi cuerpo a través de la ropa (de izquierdas) con sus dedos hábiles y experimentados que otros mil cuerpos habían ya recorrido. Me besó la oreja despacio mientras dejaba escapar un pequeño jadeo suave. La tomé de las caderas y acaricié poco a poco su espalda y recorrí con mi dedo fino (pero de trabajador, eh) su columna vertebral, dejando que se deslizase de arriba abajo, de abajo arriba (¿qué, va bien la cosa por ahí también, eh?).

Ella acercó sus labios a los míos y me besó despacio y aquellos besos cansados, serenos, finos y prístinos dejaron escapar un suave aroma.

-Jamoncito, ¿eh?

Yo sonreí porque creía al principio que la cosa tenía su gracia pero no, detrás de mi amiga sin sujetador había dos sujetas (que tampoco llevaban; la situación era mala pero uno se fija siempre en estas cosas) que sostenían palos y los agitaban contra sus manos con guantes negros. Las dos llevaban el pelo corto y camisetas, una a favor de la sanidad y la otra de la educación.

-¿Así que hemos cenado bien a costa de una mujer, eh?

-Jamoncito serrano y dos dobles—repitió mi cita mientras me besaba por última vez antes de separarse ya definitivamente de mí. Sacó su móvil del bolsillo y dispuso su cara al lado de la mía—. ¡Selfieeeee!

Sí, hizo la foto y no pude menos que sonreír, acostumbrado (por la fama y eso) a estas situaciones.

-¡Mándala por Whatsapp, tía!

-Joer, ¡has pillado un famoso!

Las tres se hicieron selfies conmigo e incluso alguna vez salimos los tres juntos en situaciones jocosas: yo cogiendo el palo en plan broma como si fuera violencia machista y ella como gritando; ellas dos tirándose de los pelos por mi amor de hombre... fueron momentos divertidos en una noche que, para qué engañarnos, había sido distinta. Les devolví los palos y me miraron otra vez con cara de mala leche y supe que aquellos palos no valían sólo para lo de los selfies.

-¡Y ahora el tributo a la Diosa!

Pensé en lo único que podía pensar un hombre:

-¡No, mi pene no, por favor!

-Donde vas –dijo mi cita-, no necesitarás pene.

Y se abalanzaron las tres sobre mí golpeándome con todas sus fuerzas de valquirias.

V

Era un lugar tenebroso: el sol brillaba y los pajaritos cantaban y se podían escuchar a los animalitos.

-Hace un bonito día –dijo la mapache a la hurona.

-¡Ni que lo digas!

Las dos animalitas hembra saltaron de rama en rama o lo que narices suelen hacer las huronas y los mapaches hembra. Sí, había hadas del bosque con camisones transparentes que llevaban arpas y entonaban canciones tipo:

-¡La, La, La!

Un pajarito se posó sobre mi hombro que parecía desnudo y... sin pelos. ¿Sin pelos? Corrí al arroyo más cuando contemplé mi imagen por primera vez: una mujer de cabello corto, vestida de blanco y con una chapa en el pelo que rezaba: “Muerte al Macho”. Me incorporé pretrifad...a y me llevé la mano al paquete para rascármelo como siempre hacía.

-¡Nooooooooooooo!

Grité febril y el bosquecillo entero pudo escuchar mi lamento.

Vuelta a la Aldea

I

La cola en el banco era terrible (y larga) y allí se agolpaban jubilados sosteniendo sus dentaduras y otros individuos que orgullosos exhibían sus libretas de ahorros ante la cara de resignación del empleado, en su último día de trabajo antes de ser despedido y ser sustituido por un robot K9, último modelo fabricado por Poogle.

-¡Mi libreta no está actualizada! –gritaba casi al unísono.

-Señora, puede usted usar el cajero.

-¡Noooooo! ¡Ahí vive el demonio!

-¡Síiiiiiiii! –afirmaban los otros mientras se agolpaban intentando colarse a bastonazos.

Un anciano sostenía un transistor (es como la radio que va en tu móvil o un podcast, pero antes es que escuchaban los partidos por ahí y no se veían en época de... no sé... como más o menos por la Guerra Civil o una cosa así). El anciano escuchaba atentamente las últimas noticias.

-Pablito Catedrales ha muerto –decía el aparato (que iba a pilas, agárrate a las coletas)-. Fue encontrado muerto en el río. Su cuerpo ha sido despedazado y se sospecha de grupos neo-nazis. Sus partes íntimas han sido arrancadas y ya se habla de prácticas satánicas.

-¡Usaba tarjeta, seguro! Mercedo lo tiene, por rojo.

Los viejos sostenían las libretas de ahorros y los bastones. Sin quererlo, porque estos ancianos hacen todas estas cosas sin querer (ejem, claro), uno de ellos golpeó a otro y su dentadura salió volando para ir a caer a la mesa del empleado, llorando a lágrima viva por la pérdida de su trabajo. Aquello, aunque cutre, era mejor que nada. Cinco años de carrera para terminar así: cuarenta años y despedido por un robot. ¿Acaso el robot podía tener sentimientos, corazón? ¿Podía tratar a aquellos ancianos con la dignidad que merecían? (Mientras estos pensamientos se agolpaban uno de esos ‘ancianitos’ le intentaba extirpar (en vano) un ojo con el bastón.

-Maldito capitalista... ¡Mi libretaaaaaaa!

Miguel había venido de un pequeño pueblo de La Mancha y fue el único de todo el pueblo que pudo ir a la capital a estudiar. Costó

cinco vacas y la virginidad de su hermana tuerta pero ya es que el chico había apuntado muy alto desde la adolescencia cuando aquel endiablado aparato llegó al pueblo.

II

-Lo llaman ordenador –dijeron los más viejos y sabios.

-Bah, estos inventos no sirven nunca para nada. Al final, volveremos todos a jugar a la peonza.

-Sí, sí, sí –y estuvieron todos de acuerdo, claro.

Todos pasaban por allí y el cura les invitaba a pasar y a observar el aparato casi como una reliquia.

-¿Y para qué quieres tú esto?

-¡Para nada! -respondía el sacerdote-. Me lo han mandado directamente desde El Vaticano con una nota: ‘Mejor que te entretengas por aquí’. No tengo ni idea qué significa, la verdad.

-Vaya –respondían anonadados los cuatro jóvenes y barbilampiños monaguillos.

A Miguel no le interesaban nada ni la religión ni los monaguillos lo más mínimo, pero en la aldea se había extendido la noticia que a través de aquel invento se podían ver chicas, ya sabéis, chicas... sin ropa... chicas sin ropa haciendo cosas... feas... chicas sin ropa haciendo cosas muy feas.

-Porno, Miguel –le dijo su amigo-. Que no te enteras: sado, bondage, cine snuff...

Miguel se planteó aquello como un reto y habló con el cura con la clara intención de acercarse a aquella máquina del infierno, más para congraciarse con sus colegas que para ver qué secretos escondía la computadora.

-Tú no estás suficientemente tiernecito para ser monaguillo, Miguel –dijeron sus colegas-. Ya sabes que al bueno del padre Perico le gustan... ya sabes... mentes y cuerpos sanos y jóvenes a los que poder moldear.

Sin embargo, Miguel hizo uso de sus encantos naturales y se acercó poco a poco al padre Perico.

-¿Y qué aspecto tiene Dios, padre?

-¿Tú no estás ya un poco mayor para preguntar memeces?

Miguel le miró un poco tímido, un poco atrevido.

-Y también para otras cosas –respondió Miguel totalmente casto.

Total, que tras dos semanas había logrado acceso al ordenador y a su kit de encendido. Nadie en la aldea había logrado desvelar aún el misterio pero Miguel, gracias a las enseñanzas del padre Perico y su superior inteligencia, conectó el monitor en el único sitio en el que entraba y la clavija de alimentación (tras dos intentos, vale) acertó a engancharla a la corriente. Todos abrieron la boca y alguna que otra babilla ya caía entre la concurrencia, que se agolpaba para poder ser el primero de los lugareños en contemplar el milagro. En poco menos de medio día aquel aparato estaba conectado y funcionando. Versión del sistema operativo especial para sacerdotes, con la red Tor instalada por defecto (si no pilláis esta broma os felicito, sois buenos chicos, no cambiéis nunca).

El cura abrazó de manera efusiva a los monaguillos y a mi hermana, y todos agradecieron a Dios el milagro:

-¡Lo ha encendido!

Desde entonces Miguel se convirtió en el superdotado de la aldea y cada vez que alguien tenía dudas sobre física cuántica, ondas gravitacionales, teoría de ondas o púlsares le preguntaban a él, claro.

Vale, no sin mucho éxito.

-¡Pues mira la Wikimierda, coño!

-¡Hostia, tío! ¡Qué invento lo de internet!

En pocos días, la iglesia estaba abarrotada y el padre Perico parecía bastante más contento aunque dejó de prestar tanta atención a los monaguillos, misteriosamente (aún nadie en el lugar había podido explicar por qué).

Ante semejante hazaña, la familia de Miguel tomó la decisión de enviarle a la capital a estudiar una nueva titulación del plan Bolonia: bellas artes, empresariales y ciencias de la informática juntas por fin. Sí, en cuatro años (más el máster en biblioteconomía y ordeñar vacas) y saldría listo para la vida en la gran capital...

-El primer chico de la aldea en dejar el pueblo –dijo entre lágrimas su madre-. Yo ya sabía que cuando empezaste a gatear con cinco años ibas a llegar lejos... ¡Estoy emocionada!

Su padre le dio mil maravedíes (esto tiene su gracia, porque hay tantos errores de fechas que ya para qué molestarse, ¿no?) y le dio

un fuerte apretón de manos. Sólo un autobús le separaba ya de su brillante destino.

-¿Y cómo actualizo yo ahora el anti-virus, Miguel? –sollozaba entre lágrimas el padre Perico.

-Se actualiza solo, padre, pierda cuidado.

-¡Que no, que es pirata, hostia!

Miguel tuvo que zafarse del bueno del padre Perico mientras veía en vano cómo la imagen de sus padres se alejaban allá en lontananza. Una lágrima cayó en la arena, ay en la arena cayó tu lágrima.

III

Miguel regresó a casa consternado y observó sus manos, que ahora parecían marchitas, un tanto serenas... joder, qué mierda de adjetivos.

-¡Mariiiiiiiiiia!

María era una androide 3.0 preparado para el amor, o así lo vendían o así lo compró Miguel en Frikimart, el primer supermercado-hamburguesería-tecnológico del mundo. Mientras veías ordenadores podías comer patatas fritas y jugar con tu personaje favorito de la Perra de las Galaxias, todo junto por fin. Una idea genial que no tardó en llamar la atención de su pandilla de amigos por aquella época ya pasada.

Ellos eran... especiales. De esa clase de chicos que... necesitan un androide 3.0. Sí, muchas patatas, mucho internet, gustitos raros... ya sabéis. Que ni en Pinder.

-Ostras, ¡la nueva María Magdalena! Y con la Inteligencia Artificial mejorada

-¡Y modulador de voz con acentos!

La miraron embobados mientras otro chico... (de esos a los que le siguen gustando los cómics y vive con su madre en el sótano, venga)... especial... hacía una prueba al androide 3.0.

-¿Y qué piensas de la recesión económica?

El androide se atusó el pelo y tocó el hombro del chico (¿se puede decir gordo o sólo es para la lotería?):

-Me gusta tu gran cuerpo, ¡cómprame ya!

Además, y dependiendo del gusto, podemos modular su acento para que suene como queramos.

-¿Te gusta Star Prek?

-Oh, mi amol, yo adoro lo que tú adoras, mi vida. Yo quiero despertar contigo en un océano caribeño de luz y sinceridad.

Una marabunta de ‘chicos especiales’ se dirigieron como leones hacia los paquetes que contenías las fembots, dejando tras de sí un resto de hamburguesas a medio comer y usbs sin estrenar.

Al final del día, todos en la pandilla tenían su María Magdalena y el grupo no volvió a llamarse por teléfono.

-¡Mariiiiiiiiiia!

María apareció despampanante, como siempre, con aquella bata que dejaba entrever los pechos bien perfilados, perfectos en sus voluptuosas formas, erguidos y frescos. Miró fijamente a Miguel y dejó ver una parte del muslo y parte de... del cable del cargador que aún le colgaba del culo.

-María, la batería, por favor.

-Ops, siempre me descuido cuando pienso en ti –contestó el fembot con IA mejorada.

Se quitó el cablecito muy higiénicamente (y es que los androides no hacen popo, no os vayáis a pensar, gente cochina, era todo de lo más limpito) y se acercó a Miguel sensualmente.

-¿Querer sexoooooooooooo?

Miguel no estaba para bromas: sin trabajo, sin futuro y un androide y un servidor dedicado que pagar para su tienda online.

-Nos volvemos al pueblo, María.

-¿Pueblo? –preguntaba ella-. ¿Qué es pueblo?

-Es como Nueva York pero más pequeño –dijo Miguel para disimular un poco.

Para aclarar: lo de las inteligencias artificiales (IAs) había sido un poco timo por parte de las compañías y habían prometido mucho pero no habían dado nada o casi nada. Las actualizaciones tampoco funcionaban muy bien y, aparte de conectarse con la Wikimierda y poco más... no sabían hacer gran cosa.

-Un momento, ¿por qué me has preguntado qué es un pueblo si tienes acceso a internet?

María sonrió felina, coqueta, inquieta... femenina.

-A mí gustar cuando tú explicar cosas. Mmmmmm.

Pues sí, la IA funcionaba. María se había convertido en toda una mujer.

-Hicimos el amor hasta el amanecer –confesó más tarde (fantasmadas permitidas)-. Y cogimos el coche de vuelta a la aldea.

IV

Todo seguía igual tras las dos semanas que había durado la carrera, el trabajo, su relación con María, la compra del coche, el fracaso de la web, el fracaso de la web parte II (el regreso)... allí estaba su hermana con ojo de pocos amigos y con el coqueto parque rosa a ver si pillaba novio pero ni con ésas.

-¿Esto ser aldea? –María parecía interesada y es que una IA siempre está interesada en tus cosas, por muy absurdas que sean-. Ser igualita, igualita que nave Enterprise en Star Trek.

Sí, a veces se pasaba un poco pero bueno pero tampoco Miguel sabía cómo sería con una mujer de verdad. Ahí estaba la iglesia, el campanario, los pajaritos por aquí, pajaritos por allí, pío, pío y las vacas y esas cosas y la pandilla de siempre que poco había cambiado... o sí.

La iglesia había tapado la cruz con un símbolo de Rwitter y su dirección y el Cristo sangrante lucía ahora un cartel que rezaba: aceptamos bitcoins. Sin embargo, el padre Perico seguía siendo el mismo y los ‘coleguis’ de Miguel prácticamente igual.

-Cibersexo, tío. Geolocalización... total... un colega tiene una vaca en otra aldea, tú tienes un toro... y el whatsapp hace el resto. Tienes que probarlo, macho. Estos cacharros te conectan... ¡Pinder vaca y muuuuuuuuu!

Sí, toda aquella tecnología que Miguel había traído al pueblo parecía que había cambiado su aspecto casi totalmente. Las personas ya no eran las mismas y hasta su padre estaba con el gestito ese de ‘me gusta’ ‘no me gusta’ del Pinder ante la mirada atenta de su padre. Además, las melodías tradicionales como la sardana y la polca habían dejado paso a los ritmos de Lady Caca o Pustin Bieber. Mientras, su hermana se quitaba la camiseta y el sujetador para hacerse un selfie para Pinstagram. Cuando estaba a

punto de deshacerse del parche del ojo los dos padres obraron al unísono:

-¡Nooooo! ¡Van a pensar que eres una cualquiera!

-¡10 followers, mamá! ¡No me dejas progresar! O enseñó la cuenca del ojo o a este paso no supero a Britney ni en un millón de años.

Los colegas se acercaron a Miguel y ya no como aldeanos, sino como tipos bien informados en la cultura 3.0.

-¿Es una guarra 3.0. de las que se compran en Estados Unidos?

-¿La chupa bien?

-¿Y no se jode el cargador cuando le das por...?

Miguel necesitaba tiempo para asimilar la situación y ambos se instalaron en la buhardilla que quedaba libre en una especie de palloza... cosas del pueblo, yo tampoco sé lo que es y me la trae sin cuidado (diría que 'floja' pero como estamos en horario infantil...).

-¿A ti gustar esta... mierda? –preguntó María sin mucho tacto.

-Es el lugar donde nací, aquí crecí... mis recuerdos.

-Pero ser mierda pura. Sólo paletos ignorantes –podía hasta poner acento alemán para parecer aún más hiriente-. Tú así en pueblo no poder practicar más sexo en tiempo, ¿sí?

Miguel puso alguna excusa tonta y no, aquella noche no hubo sexo y durmieron tranquilamente. Estaba de vuelta.

V

A María le costó un poco adaptarse a la vida de la aldea y es que los sombreros de Serrano no pegan bien entre las costumbres un tanto rudimentarias de La Mancha (sí, eran de los chinos, no de El Porte Inglés, vale). Aquel sombrero de ala ancha rematado con un dulce ganchillo de fieltro (¿?¿!!) no atraía las miradas y, mientras Miguel y María miraba a un lado y a otro del paseo principal, la androide se sintió un tanto decepcionada.

-Paletos no mirar. ¿Qué suceder? ¿En aldea hombres no querer amor?

No, ese tipo de cosas eran de las que no se miraban en la Wikimierda (sé que vosotros también lo intentáis, pero ni con ésas,

¿eh?) y es que el cortejo humano es algo complicado para una máquina, aunque se trate de una IA de última generación.

-No están acostumbrados a la sofisticación, al glamour, a tu sentido de la estética.

-¡Ah, entonces...! ¿Yo vestir como guarra paleta para gustar hombres paletos?

Sí, las IAs no eran lo bastante directas. Habría que esperar a la próxima actualización.

-No, se trata de integrarse, de no parecer una cualquiera pero prometer sin prometer, insinuar, fingir un poco.

-¡Ah, sí! ¡Amiga de mis amigos! No busco sexo yo.

-Sí, algo así pero más sutil, más...

Las IAs no son muy hábiles pero saben dos cosas: los tíos van a lo que van y las mujeres pueden beneficiarse de ello. También tienen la habilidad de analizar cientos, miles de perfiles de Pínder en un segundo y establecer, comparar y elegir los mejores sistemas de clasificación.

-¿A ti importar yo buscar trabajo serio? Necesitar independencia. Pueblo ser caca de vaca.

Nunca había visto a María tan interesada y, claro está, Miguel no era un machista (no sabía si se podía ser eso con una máquina pero a saber) y dejó que María hiciera lo que le diese la real gana. ¿Qué podía pasar?

-Yo hablar con hermana tuya tullida para sesión fotos.

-Habla con ella si quieres, y no está tullida, está tuerta.

-Tullido/a: Que está imposibilitado para moverse o para mover alguno de sus miembros. Y tu hermana no poder mover ojo, ¿cierto? Hermana tullida tener Pístagram y yo querer.

Miguel se encogió de hombros. Ya sean IAs o mujeres de carne y hueso, hacían lo que querían con ellos.

VI

María había quedado con la hermana tuerta de Miguel para la sesión de fotos y ahora ya sólo le quedaba el perfil, para el que pidió la experta ayuda de un hombre ayudado del Big Data.

-¿Qué significar 'busco chico que tenga los pies en la tierra'? Todos tener pies en tierra, ¿no? No volar.

-No –decía Miguel-, significa que tengas las ideas claras, el futuro, los planes...

- Ah, sí: casa, coche... querer dinero... sí. Yo comprender. Chico sincero pies en tierra. Explicar Pablito Catedrales en política, sí. Ser de derechas eso. ¿Sincero también?

-Sí, no mentir sobre cuenta bancaria.

Así siguió analizando perfiles y, mientras se conectaba con la inteligencia colectiva que Miguel pagaba, durante toda la tarde fustigó a Miguel con preguntas tales como:

-¿Y por qué gustar tanto viajes?

Miguel ya se callaba y dejaba que su IA femenina pensase ella misma.

-¡Ah, yahhhhh! Viajes ser caros y costar dinero y chico pagar viajes y anillos y yo dar sexo sincero. Yo entender: insinuar, fingir, no parecer ‘guarrona’, yo aprendo, amigo.

Miguel no sabía si estar impresionado o acongojado por su compra.

-Y todas ser NO SEXO. ¿Así, yahhhh? Yo tampoco querer ya sexo contigo.

La compra se había jodido. Trató de convencerla y explicarle las verdades de la vida: la religión, el amor, la sutileza en una conversación, ser amigo de tus amigos... ella ya no entraba en razón tras analizar los miles de perfiles en aquella app del demonio que no había traído más que problemas a la aldea y, ahora, a su vida.

-Tú no pagar y yo buscar trabajo como mujer y yo pagar batería y conexión wi-fi. ¡NO SEXO!

Miguel no pudo hacer nada mientras...

-Ah, yo necesitar mascota fea para foto con sonrisa.

Consiguieron una vaca y el perfil estaba por fin listo para el trabajo serio de María Magdalena, que se apuntó a Pinstagram y se hizo amiga de su hermana y las dos se fueron al lago a hacerse selfies en plan ‘amigas’ que no quieren nada la una con la otra pero que no tienen miedo a que los pechos se rocen casi como por casualidad en las fotos públicas.

-Todo mundo bucear y yo no poder y pedir todo mundo sinceridad y si todo mundo pedir sinceridad yo no poder mentir en perfil si sinceridad querer.

Estaba lista antes de escucharla.

-Ah, yahhhhh. Y necesitar Potoshop para foto en yate que decir: ¡Yo ser mujer de verdad y hacer sexo en agua por dinero! Y por eso ser trabajo serio si chicos pagar, ¿sí?

Finalmente el perfil en Pinder estaba listo y María lista para salir al mercado, con una colección de fotos con un parche rosa en el ojo, medio en bragas y con un perfil que decía:

Chica sincera, responsable, con los pies en la tierra. Amable, cariñosa... amante del deporte y del senderismo, running, crossfit...

-No podría haber hecho esto sin ti. Tú ser mi príncipe.

María apretó el botón de enviar y aquel móvil no paró de sonar una y otra vez.

-¡Un match! ¡Otro match!

El fembot rechazaba o aceptaba según algoritmos matemáticos no muy distintos a los que empleaban las mujeres reales en este tipo de apps:

-Simpático ser caca. ¿Por qué poner simpático cuando yo no querer chistes? Si querer chistes poner Benny Hill.

Aquel algoritmo funcionaba a las mil maravillas y en pocos días María no sabía qué hacer con tanta cita, y eso sólo en los alrededores del pueblo.

-Geolocalización ser mal en aldea. Poco macho.

Y tenía razón. Aquel androide no estaba bien en aquel sitio con una conexión de fibra más bien defectuosa. Se tumbó junto a él y apoyó la cabeza en su hombro. Él acarició su rostro, siempre níveo y cristalino.

-Miguel, yo ver cuentas –dijo María casi con pena en sus circuitos-. Tú no poder pagar próxima actualización.

Era cierto, el pago era la semana próxima y no podría pagarlo.

-En algún lugar haber para mí un hombre con yate leyendo el New York Times pero no aquí en aldea cutre con cura pervertido. Eso ser malo.

-¿Lo del cura pervertido?

-No, ¡internet estar lleno! Decir aldea no ser buena para mí. Yo envejecer pronto sin actualización y pronto ser androide viejo y malo que no servir ni para cazar paleta sacando mocos y bebiendo cerveza con morro.

Comprendió entonces Miguel el valor de la libertad y por qué algunos célebres hombres apoyan que los robots paguen también impuestos.

Durmieron abrazados. Al día siguiente la cama estaba vacía.

VII

Pero no fue Miguel el único que se apuntó a la tendencia de los fembots y es que, fuera de la gran capital, las grandes compañías chinas decidieron crear androides a precios más asequibles para todos. Así, todos en la pandilla pudieron disponer de fembots para arar la tierra por el día y disfrutar del lecho por la noche, todo ello a un precio asequible y todo gracias a los mercados abiertos y competitivos, que traen siempre mejoras a la sociedad.

Incluso su hermana, harta ya de insinuarse por Pinstagram, se compró el modelo Pack Sparrow, con parche y todo. Desde entonces fue la envidia del pueblo y no tardó en hacerse con un grupo de amigas que también había adquirido androides macho, con las que quedaba por las tardes para criticar a sus maridos y tomar el té (porque ahora llegaba de importación, aunque todos le echaban más orujo que té). El androide macho era más caro que el femenino porque, decían, era capaz hasta de dar conversación y nunca pedía sexo.

El padre Perico continuó con sus noches solitarias hasta que una noche intervino la Guardia Civil para llevarles a él y a su ordenador. Nunca más se supo de él ni lo que hacía en aquellas solitarias noches ni jamás regresó al pueblo.

De todas maneras, ya no importaba. Los chicos pedían los whiskys por internet y las actualizaciones llegaban puntualmente, convirtiendo a las mujeres de ellos en perfectas y a los hombres de ellas, para el que lo quisiera, en perfectos.

Un mundo feliz, una vez más, gracias a la tecnología.

Sin embargo, no todo era felicidad. Miguel caminaba meditabundo tras arar el campo y ordeñar las vacas. Su hermana le miraba a través de aquel ojo y lo comprendía: estaba solo.

Miguel pasaba las tardes cabizbajo y apenas pasaba por la taberna, en la que aún seguían sus amigos, presumiendo de alguna conquista porque los fembots tampoco eran celosos. Las noches eran para él silencio y el parco ondular del viento en la serranía. Miguel miraba las montañas y todo aquel paraje angosto, aquella naturaleza que le subyugaba por su belleza cuando escuchó, al fondo, una voz que le resultaba familiar.

-Eh, ¿querer seguir jugando con pilila en noches o buscar androide actualizado?

Se giró y apenas podía creerlo: allí estaba, tan guaba como siempre, con una faldita por encima de la rodilla y...

-María, ¡el cargador!

-Ah, perdonar, yo querer tener batería cargada para dar a ti lección de amor en montaña si tú querer.

-Pero María, yo no puedo pagar actualizaciones.

-Ah, yo conseguir muchos bitcoins de tonto friki que no querer sexo y yo invertir en bolsa Wall Street y duplicar beneficios con paletos en droga y convertir bitcoins en dinero verdad con hackers, sí. ¿Tú querer venir ciudad conmigo y dejar mierda aldea?

Miguel se lo pensó un minuto antes de contestar.

-Pero dicen que no hay marcha en Nueva York, lo dice Henry Ford.

-¿Tú no querer ser hombre chulo Wall Street leyendo periódico mientras tu mujer trabajar para ti?

-Hombre, visto así...

-¿Tú no querer drogas y alcohol?

-Hombre, visto así.

-Tú callar y disfrutar de picnic en montaña. Atrás dejar aldea y cura malo con niños y tú venir y encontrar ciudad Nueva York buena, llena de gente amable que esperar a ti con los brazos abiertos.

-¿Simpáticos?

-Mucho, tú poder comprar todo: amistad y órganos, sí.

-¿Sinceros?

-Mucho, tú poder comprar todo.
Se besaron y aquellos labios de androide sabían a amor.

Escuela de Amor

I

Todo era despiste, focos y los últimos retoques en el maquillaje de los presentadores: chico guapa, chica guapo o al revés. Le habían convencido de presentar aquel programa y que ‘aquello’ revitalizaría su carrera y su imagen.

-¿Pero pagan, no?

Sí, pagaban y pagaban bien porque la cadena en cuestión estaba especializada en realities y éste pretendía salir como uno de los bombazos de la temporada: Escuela de Amor, una mezcla entre sabe Dios qué otros realities ya emitidos con concursantes elegidos para ganarse a la audiencia. Él había visto sus perfiles y, la verdad, no sabía cómo había podido caer tan bajo desde que fuera corresponsal en Jerusalén y un escritor de fama mundial.

-¿Y a esto la llamáis guion?

-Mira, Alberto, esto es televisión, no la RAE.

Estaba harto, pero algo había que hacer porque, desde que le plantasen aquella denuncia por plagio, su carrera había ido de mal en peor.

-Preparados..

Se ajustó la pajarita y una chica le dio los últimos toques de maquillaje.

-3... 2... Dentroooooo.

-Y con todos ustedes... ¡Alberto Martín!

Saludó y sonrió. Como diría Mr Burns: mañana tendría los labios agrietados.

-¿Qué es el amor? Algunos dicen que la esencia de todo, otros que aquello que hace al mundo girar. ¿Dónde está el amor? ¿En dónde reside su magnífico misterio, esa magia que todo lo envuelve y a todos arrastra?

Unas chicas en bañador le interrumpieron sin más con una música horrenda y con un coro que sonrientemente interpretaban:

-¡Amor, amoooooor!

-Estamos aquí –prosiguió Alberto sonriente también y es que había aprendido a fingir (había estado casado)- para encontrar el amor y aprender a buscarlo, para aprender sus técnicas y encontrar

ese algo que nos distingue del resto, ese algo que nos hace diferentes y especiales para esa otra persona también única y especial, ese algo único...

-¡Corteeeeeen!

-Perfecto, Alberto –eres un profesional.

Le trajeron su petaca y dio un largo trago. Iba a ser un día largo.

II

Dos meses antes.

Entrar en Escuela de Amor no era fácil y los perfiles eran seleccionados por grandes figuras del sector: empresarios, mujeres de la limpieza, amos de casa, desempleados y futbolistas no retirados. Todo ello con un único fin: la audiencia.

La Marga. Reponedora.

-¿Por qué quieres entrar a Escuela de Amor, Margarita?

-Yo er que... en el polígono todos los tíos van a lo que van y para una chica de mi edad no es fácil, ¿sabes? Joder, tener un crío con doce años, dejar el colegio, ponerse a trabajar en el súper... Es duro, joer. Sí, he tenido relaciones pero nada de chunda, chunda dentro que ya sé lo que pasa. Sólo fueron dos veces y mira pero que... yo de lo más contenta siendo madre soltera.

-¿Qué buscas en un chico?

-Que me comprenda, que se pague el bocata... lo típico. Cañita, tapeo... que le gusten los niños es muy importante y que tenga moto chula... no la Pespa cutre. Yo con tíos con Pespa no voy...

¿Queda claro?

-Queda claro, Margarita.

-¡Eh, 'La Marga'! Y apunta eso, nada de mierdas de motos que no me subo.

Pío. Informático.

-¿Y por qué quieres entrar en Escuela de Amor, Pío?

-Soy muy tímido con las chicas pero soy sincero, cariñoso, amante de los animales, amigo de mis amigos...

-¿Tienes muchos amigos, Pío?

-No, pero el día que los tenga voy a ser su muy mejor amigo.

-¿En qué trabajas, Pío?

-Desarrollo Inteligencia Artificial desde el sótano de mis padres. Paso mucho tiempo solo... Start Prek, Los Pinsons... pero es un buen lugar y tengo un buen sofá para que las chicas se sienten. A veces hasta mi madre baja a limpiar.

Cuando Alberto Martín vio la cinta, no pudo menos que sonreír: aquellos dos tenían una cita.

En la actualidad.

PÍO (como el pajarito): ¿Y te gusta tu trabajo, Marga?

LA MARGA: Joer, ¿a quién coj...ones le va a gustar? ¡Menuda mierda de pregunta, coño! Te levantas a las siete y tienes que llevar al puto niño al puto colegio de mierda y luego a mover cajas todo el coño del día. ¿Y tú, todo el día ahí encerrado en un sótano delante de un ordenador? Bueno, a lo mejor te veo un día en la tele: friki tarado asesina a su madre a machetazos. ¡Qué guay!

Alberto Martín interrumpió la conversación de improviso.

ALBERTO: A ver, chichos, ¿qué fallos habéis visto en la conversación?

La clase se alzaba ante él (y las cámaras) y eran conscientes que todo el país les estaba viendo. Eran tímidos, inexpertos, todos con ganas de encontrar el amor.

UNO POR AHÍ: ¡Que no pegan ni con cola, coño! Ella es más choni que el Pan Pimbo y él más Friki que el de Microshof. ¿Qué van a hacer estos dos juntos?

ALBERTO: Muy bien, aquí estamos llegando a algo. ¿A qué nos lleva esta conversación? Pío ha preguntado si le gustaba su trabajo, clarooooo error. ¿A quién le gustaría trabajar en un súper, a ver?

La audiencia guardó silencio, el tipo sería un beodo pero tenía razón.

ALBERTO: Tenemos que enfocar las cosas en positivo. A ver, Pío, ¿y por qué no preguntaste qué era aquello que te llevó al súper, las razones, lo positivo?

LA MARGA: ¡Pues la pasta, so gilipollas! ¡¿Tú crees que no me estaba rascando yo el chumi... pi pipppppp si no tuviera que trabajar?! ¡Anda mis cojo... pippipo! ¡Pijos de mierda! ¡Que sois todos unos pijos de mierda!

La chica se levantó y se fue consternada. No entendía la reacción y, más tarde, en la habitación de las confesiones, lo dijo claramente a cámara.

-Yo es que soy yo, 'La Marga'. Sí, digo tacos y tengo un hijo, que lo sepan desde el principio. ¿Que diseñaba qué el soplamocos ese? ¿Y a quién le importa? ¡La Marga está en el súper y La Marga curra ocho horas para mantener a su crío, eh! No, estudios no tengo y no me sé palabras finolis vale... pero que el chulo-put... pipi... del presentador no me diga a mí cómo tengo que hablar que me suda la pol... pipi... y a ver quién le vería a él currando en el súper, el pijo mierda ese de los coj... pipiripiiiiii. ¡A tomar por culo!

La chica terminó lanzando el micrófono y su cuenta en Pinstagram ganó 10.000 seguidores. Alberto Martín se frotó las manos y empezó a comprender la magia de la televisión.

III

Pio-Yang. Ella estaba feliz.

-¿Y qué te trae al programa?

-Yo trabajara tienda ropa, todo a diez euros: ropa, pantalones. No pagar impuestos porque chinos no morir nunca. Así todos felices: primos, hermanos y gente que no conocer, pero ser todos iguales y yo buscar amor pero no encontrar.

-¿Y cómo te has llevado con el amor?

-Yo amor bien. En tienda todo diez euros y a mí gustar chico y querer casar. Chico pedir ñaca-ñaca y yo bien: tres, diez euros. Ñaca-ñaca feliz: diez euros, tres. Jardín feliz ser restaurante y abuelo estar feliz también. Todo feliz pero chico no volver y tener vale dos días más. Yo triste por no usar cupón. ¿Chico no querer repetir? Día siguiente aparecer mendigo con vale y pedir ñaca-ñaca feliz pero yo no dar porque vale ser para misma persona, yo gritar a borracho que oler mal.

-¿Y qué buscas encontrar en el programa?

-Chico sincero, simpático, amigo de sus amigos y que usar vale descuento. Aquí decir mujeres: despertarse con chico por la mañana.

Raúl Ramírez. Profesor de Inglés.

-Me gustan los idiomas y la comida exótica...

-Ah, cuando dices comida quieres decir que te gusta...

Voz en Off de Alberto Martín: Sí, Raúl se enrojeció un poco, pero vosotros lo habéis pillado.

-Ya sabéis. Ir al cine.

Voz en Off de Alberto Martín: ¿Cómo es posible que a todo el mundo le guste ir al cine y estén todos cerrando?

-El teatro, las manualidades...

Voz en Off de Alberto Martín: Mira, esa última parte sí que nos la creemos, Raúl.

-Siempre he querido conocer a una chica para practicar un idioma, que tuviera mis mismos gustos, aficiones...

-¿Te gusta el pato estilo Pekín, Raúl?

-La verdad es que soy vegano, no me gusta la carne mucho porque creo que...

-No importa –intervino Alberto Martín que ya parecía más entonado con un par de whiskys encima (queda siempre elegante eso de decir que son “dos”)-. ¡Pues cómete sólo la verdura porque aquí te presentamos a Pio-Yang!

Desde el escenario surgió vestida con un kimono rojo decorado con flores de loto, una chica china con un moño que saludaba efusivamente y lanzaba besitos al público.

-Dime, Pio-Yang, ¿qué le pides a un chico?

-No, yo no pedir ñaca, ñaca. Yo dar, no ser guarra europea.

El público reía y Pio-Yang se avergonzaba un poco por su falta de conocimiento del idioma, pero Alberto Martín sabría cómo seguir con el show.

-Y aquí Raúl Ramírez, al que ya conocemos. ¿Qué tal, Raúl? ¿Qué te parece la cita que te hemos preparado?

-Bueno –comenzó Raúl-, yo cuando decía exótica decía, ya sabéis, de Móstoles lo más lejos.

-¿Eres racista, Raúl?

El público abucheó a Raúl, ya avergonzado también.

-Y ya ves que nuestra Pio-Yang está de muy buen ver. Anda que no vas a presumir tú con los amigotes con esta belleza oriental y sus... ¡Platos!

Alberto Martín guiñó el ojo y el público no podía parar de exclamar “uh, uh, uh” así en plan mono y a un hipster entre el público gritó “sí, ñaca-ñaca feliz”, Pio-Yang intervino contestando al del público.

-No, no –dijo Pio-Yang dirigiéndose al hipster-, ñaca-ñaca feliz diez euros persona tres veces. Tú primero pagar.

Aquel día el programa ganó más de dos millones de seguidores en Rwitter.

IV

A las pocas semanas de estar el programa en antena, el #ñacañacafeliz era ya trending y los jóvenes lo usaban ya para conseguir citas rápidas a través de los móviles. Alberto Martín había cambiado y Escuela de Amor rompía las barreras de audiencia. El programa le había convertido en toda una celebridad y poco quedaba ya del novelista enfurruñado que, ya, había dejado tras de sí. Ahora teníamos ante nosotros a un animal televisivo que rompía audiencias con su atrevida manera de hacer televisión, cantando ya aquel “Amor, Amooooor”, sin ningún pudor ni desvergüenza mientras bailaba y gesticulaba sin pudor alguno.

-Pero no todo en esta vida es... ya sabéis...

El público intervenía a las órdenes del regidor que sostenía una tablilla y se comportaba con naturalidad.

-¡Ñaca-ñaca feliz!

Tiraban el mobiliario y saltaban, presas de un ánimo que yo no he conseguido lograr sin las drogas, tirando sillas y saltando y brincando unos contra otros.

-No, hoy toca estudiar y os ayudaremos, desde aquí, a crear vuestro perfil para que tengáis más seguidores y, quién sabe, puede que ese ñaca ñaca feliz esté a la vuelta de la esquina.

-Síiiiiiiii –el hipster estaba entusiasmado y gritaba más que ninguno, bailando una mezcla entre la Pacarena y Los Pajaritos que también se había puesto de moda gracias a la magia de la televisión.

-Hoy, en Escuela de Amor: vuestro perfil.

La sala se oscurece y entramos en una clase vacía, como aquellas en la que nos hacían permanecer horas y horas cuando aún éramos chiquillos. Poco a poco, los estudiantes toman asiento, chicos y

chicas, chicas y chicos juntos por fin como el café y la leche y un trocito de cacao (se llama vienés, qué pijo soy). Suena música tipo Los Picos del Coro y el profesor Gutiérrez mira fijamente a sus alumnos y les exhorta a guardar sus teléfonos móviles, tablets, ordenadores portátiles, sobremesas (no es broma, el Pío ese se llevó la súper-torre-monstruo entera para jugar al Quape por si se aburría; ah, y ‘exhortar’ significa que los guardasen de una pipipi vez).

-Aquí no hay tecnología. Ésta es mi clase.

-¿Y cómo escribimos?

Unas azafatas muy monas entraron en la sala ante la atenta mirada de los hombres con sus escotes prominentes y sus bañadores ajustados, repartiendo bolígrafos y papales a los alumnos.

ALBERTO MARTÍN (interrumpiendo el programa desconsideradamente para explicar): EL profesor Gutiérrez es de la vieja escuela, ya sabéis, de ésos que piensas que hay que usar los codos y que es mejor ejercitar la muñeca. Anda que nuestros concursantes no saben usar los brazos para otros menesteres.

Tras una larga explicación de las azafatas que simulaba a un vuelo regular, los concursantes lograron comprender el uso de aquellos aparatos y, como en un flashback de una película en blanco y negro, recordaron los tiempos del colegio en el que el maestro Zacarías nos hacía usar el tiralíneas al grito de ‘eso no va por ese agujero’.

-Ahora –dijo el profesor Gutiérrez-, vamos a escribir nuestro perfil de apareamientos en redes sociales.

-¿Aparea... qué? –intervino uno.

-¡Diez euros! –intervino nuestra ya célebre Pio-Yang. Más de dos millones de seguidores.

-¿Qué es lo más importante a la hora de crear nuestro perfil? ¿Qué queremos mostrar de nosotros mismos, que vean verdaderamente de nosotros?

-¡Dos hijos y embarazada de un tercero! –gritó una sin poder contenerse.

-¡Que pague las copas! –dijo otra ya fuera de sí.

-¡Quiero amistad sincera con una chica! –terminó nuestro Pío casi en un lamento.

-Levantarme con alguien y contemplar su conrisa...

El público rio ante la equivocación del tímido concursante.

ALBERTO MARTÍN: Creo que esa cornisa de la que nos hablas la contemplarás cualquier día de estos como sigamos así.

¡Risas, aplausos!

ALBERTO MARTÍN: Nuestros chicos tienen mucho que aprender y vamos a dejarles un rato a solas para que aprendan lo que es más importante en un perfil: la sinceridad.

-Me gustan los video-juegos y me siento atraído por mi madre porque es la única chica que me habla.

ALBERTO MARTÍN: ¡Pero querido Pío! ¡Nuestro emblemático informático!

El hípster estaba enfadado en su asiento, cabizbajo, negando con la cabeza. Horas más tarde pondría un rweet en el confesaría que él también se sentía atraído por su madre.

-Sí, dijo el sabio profesor Gutiérrez. ¿No te parece mejor decir que disfrutas de la vida familiar y de las nuevas tecnologías?

-No, no, yo no miro chicas por internet, no... Sólo a mi madre.

-¿Y qué crees que pensarán las chicas, Pío? ¿No has visto esas películas raritas suecas en las que los hermanitos se quieren mucho y al final termina la cosa en tragedia, eh?

ALBERTO MARTÍN: Nuestro amigo Pío ha recibido una valiosa lección: ser sincero, sí, pero sin pasarse.

Pío estudió un momento la situación y cambió su frase:

-Odio los video-juegos y me gusta el porno hardcore: bondage, sado y otro tipo de prácticas que tú, y sólo tú, me ayudarás a descubrir.

El público rompió en un sonoro aplauso salvo el hípster, que se marchó del plató indignado. El propio Alberto Martín tuvo que llamar a la calma.

-Y ahora vosotras –preguntó el profesor Gutiérrez-, ¿qué buscáis verdaderamente en un chico?

-¡Un huérfano!

-Que me pague la pensión alimenticia cuando nos separemos.

-¡Que se deje mangonear!

-¡Sinceridad, cañitas y tapeo y luego ya veremos!

La clase se empezaba a agitar mientras el sector femenino ya empezaba a perder el control cuando el profesor puso orden un momento.

-¿Y qué ofrecéis a cambio de eso?

Se miraron las unas a las otras y no pudieron más que contestar al unísono:

-¡FOTOS EN LA PLAYA!

Se chocaban las manos y se felicitaban las unas a las otras ante la incontestable respuesta.

ALBERTO MARTÍN: Vaya, nuestras chicas son listas, mucho más avispadas que los chicos por lo que estamos viendo, pero queremos saber qué ha pasado en concreto con nuestra amiga Pio-Yang y cuál es su opinión tras haber pasado por Escuela de Amor. Dinos, Pio-Yang, ¿en qué has cambiado tras el programa?

PIO-YANG: Yo ahora ser lista, sincera, amiga de mis amigos y primero café y luego ya veré. Si buscar sexo yo no querer.

ALBERTO MARTÍN: Pero Pio-Yang, ¿y qué fue de tu ñaca-ñaca feliz?

PIO-YANG: No, no, no querer más ñaca-ñaca ni tres por uno. Yo decir no querer sexo y el pagar como si tener sexo aunque no tener y luego yo hacer... ¿cómo decir aquí Occidente?

ALBERTO MARTÍN: ¿La estrecha?

PIO-YANG: Sí, estrecha. Segunda cita más cara y yo presentar familia y primo que juega tragaperras. Segunda cita no dar ñaca-ñaca tampoco e insinuó cosas cochinas pero yo hacer que no hablar bien, pero no dar ñaca-ñaca y dar sólo en tercera vez diciendo que chico ser especial.

ALBERTO MARTÍN: ¿Entonces sólo te acostarías con un chico a la tercera cita?

PIO-YANG: Sí, pero no completo y feliz. Menú completo feliz subir precio y no saber cuánto costar, ser misterio como corazón de mujer.

-A ver, Raúl, ¿qué tienes para nosotros? –preguntó el profesor.

-Soy Raúl y me gustan los idiomas, si quieres podemos aprender juntos.

Fue entonces cuando ‘La Marga’ saltó de su asiento y el público no cabía en sí: bocas abiertas y un cuchicheo se adueñó del plató. Alberto Martín levantó la ceja, haciendo ese gesto que recordarán ya generaciones.

-¿Pero qué idiomas ni qué niño muerto, atontao?!

‘La Marga’ le atinó una colleja al pobre de Raúl que pronto fue el hazmerreir de las redes sociales.

-¡Pa eso me miro el yu tuve! ¡Muerdo, que eres un muermazo! ¡Idiomas, idiomas! Si me quiero tapiñar a un guiri, primero le como el morro y luego la po....

ALBERTO MARTÍN: Bueno, bueno... no queremos saber qué haría nuestra querida Margarita... La Marga, perdón... con nuestro amigo extranjero, no. Ahora queremos irnos a las redes y ver la reacción, en riguroso directo, que están teniendo nuestros alumnos. Primero, en Rwtter:

quiero #ñacañaca contigo pio-yang. Me boy a tu mierda de país si quieres a comer esos rollitos d mierda

@margachoni te voy a pillar en el super y te corro a ostias, guarra. se donde vives pu.ta.na. t follaste a mi carlos y te voy a...

@margachoni tiene razón. raul es un muerdo. deberia haber aprovechado oferta #ñacañaca cuando tuvo su oportunidad #raulpringao

ALBERTO MARTÍN: Ahora miramos Pinstagram y tenemos mmmm... vaya, vaya. Nuestro amigo Pío parece que tiene mensajes del tipo muy.... Personal... ya me entendéis. Y alguna que otra admiradora también.

Fotos de mujeres en la playa, sujetadores, bañadores, cocoterros y gente amigo de sus amigos... esas cosas. Pío torció el gesto así como ‘y si mi mamá me viera’...

ALBERTO MARTÍN: ¡Vaya, vaya, Pío, qué calladito te lo tenías, eh! Ahí con su ordenador cuántico y míralas a ellas volviéndose locas por ti en las redes sociales. ¿Qué opinas de esto?

-Me pregunto –contestó Pío un poco pensativo-, qué hacen en la playa en bañador con sol si el programa es en directo y son las once y media de la noche.

Las azafatas interrumpieron la emisión para cantar lo de Amor, Amooooor y hubo una pausa. Alberto Martín intervino con cara cabizbaja.

ALBERTO MARTÍN: Lamentablemente, Pío ha tenido que abandonarnos. Sí, lo sentimos mucho y todos sabíamos ya del amor que iba más allá del amor que un hijo pudiera sentir por su madre y, lamentablemente, sentimos comunicarnos que a la madre de Pío se le desprogramó el vídeo o ha muerto o algo parecido y Pío nos ha tenido que abandonar.

El show continuó hasta bien entrada la madrugada y las redes sociales ardieron hasta que, como todo en la vida, fue llegando a su fin.

Todos le felicitaron por aquel programa que hizo historia y que marcaría una época en televisión. Tomó sus tres petacas, sus dos botellas de whisky y besó el retrato de Jack Daniel's que siempre le acompañaba.

V

Alberto Martín arrojó la americana sobre la silla y se apoltronó en su sofá, vacío y sin vida. Spooky, un labrador rubio, le esperaba ansioso para dar el último paseo y tomar la cena. Le dio dos lametones, que el presentador agradeció con unas palmadas en el lomo.

Había sido un gran programa, otro gran programa. Ahora sólo esperaba la soledad de la madrugada y el sonido de los lobos, que aullaban a lo lejos.

Sobre la mesa, en el periódico rezaba el titular:

Halladas las partes íntimas del político Pablito Catedrales en un contenedor de Móstoles.

Se tomó el último pelotazo antes de sacar a Spooky de paseo.

El programa duró casi dos semanas en antena (todo un récord) y Alberto Martín se convirtió en uno de los rostros más populares de la televisión. Por donde quiera que fuera, todos le hacían el gesto de la ceja y le pedían hacerse selfies con él. Accedía encantado, ya no era más el novelista medio fracasado ni el corresponsal en

Jerusalén que se tomaba en serio su trabajo, no, ahora era una estrella de televisión y aquello le gustaba.

Pero a las dos semanas otro programa de la competencia con exactamente el mismo tema, pero con una presentadora más guapa terminó con el suyo y Escuela de Amor se fue al garete. Ni re-tweets ni followers ni nada: dos programas más y Escuela de Amor fue cancelado definitivamente. Cosas que pasan. Había firmado el año entero y cobró el año entero. Nadie se quejó.

A la semana siguiente, nadie sabía quién era Alberto Martín y ya sólo le quedaban los paseos con Spooky. El perro, claro está, todo contento.

Con aquel dinero podría haber muchas cosas: gastárselo bebiendo, lo más probable; invertir en un circo; gastárselo en chuches; o cumplir un antiguo sueño que siempre le había rondado la mente: abrir su propia agencia de detectives. No sería un trabajo fácil.

Se tomó la decisión en serio.

-A ver, si Spooky le da al rabo es que abrimos la agencia.

Spooky le miró como extrañado.

-¿Quién quiere ir a la calle?

Automáticamente el perro comenzó a brincar y a mover el rabo como loco. Estaba decidido: abriría su agencia de detectives. Cosas del directo.

En el frío silencio, el teléfono sonó quedo.

-¿Alberto Martín?

Apenas pudo apurar el whisky de un trago, el primero de muchos aquella fría mañana de un febrero gris.

-Tengo un caso para usted.

Alberto Martín escuchaba aquella voz que salía del auricular gastado con un timbre conocido como si, ya, en otra época y en otro lugar, aquella voz femenina ya le hubiera susurrado palabras inciertas y enigmas. Colgó como si no quisiera hacerse el interesante pero no sin antes encenderse un cigarrillo y enfundarse su sombrero y su gabardina.

-Spooky, tenemos trabajo que hacer.

El perro volvió a mover el rabo, si es que no había nada como un buen paseo.

Un nuevo misterio, un nuevo caso para Alberto Martín, mañana detective privado, ayer novelista (o al revés), en su adolescencia decorador de interiores, hoy presentador de televisión. ¿Quién sabe mañana y por qué no? La vida y el amor dan muchas vueltas y tienen a veces poco sentido, ¿no os parece?

Alberto Martín, Detective Privado

I

Alberto Martín, detective privado, se levantó solito, meditabundo y abrumado por temas como la metafísica, el ser en cuanto ser o si quedaban cervezas en la nevera. Afortunadamente, aún quedaba una, que junto con medio paquete de cigarrillos constituirían un desayuno más que saludable. Abrió la cerveza y saboreo aquella acidez que nunca le gustó, pero que era lo mejor antes de empezar con los whiskazos. El primer cigarrillo sabía bien, casi como una oración, mientras que esperaba diez minutos antes de meterse la primera raya de la mañana.

-No vayan a pensar que soy un drogadicto –dijo en voz alta a su perro Spooky, un labrador de cinco años y unos treinta kilos de peso, que lo único que quería era desayunar y pasaba bastante de los pensamientos existenciales del detective.

-¿Sabes? Echo de menos las relaciones, sentirse engañado, frustrado... es más o menos como estar sólo pero encima se te queda cara de imbécil mientras te das cuenta que, poco a poco, todo se ha ido al garete.

Spooky ladró como diciendo “a mí qué me importa, dame de comer”.

-El sol, la brisa, la sonrisa de un niño...

El perro se le tiró encima en un ritual que ya mantenían hacía tiempo entre animales que sólo quieren una cosa: salir a pasear y tomarse el whiskazo de por la mañana. Apuró la cerveza y se metió una raya de coca.

-¡Vamos de paseo, pi pi pi!

Puso el palto de comida a Spooky y se enfundó su gabardina y su sombrero en plan Humphrey. Ah, se me olvidaba, el detective Martín lucía una larga melena bien cuidada y tenía el torso bien perfilado. Se echó aceites en el para lucir aún más joven y lozano. Mmmmm.

-Llevo el pelo largo –le dijo a Spooky, que no le hacía ni p. caso, para que las chicas sepan que no me dejo mangonear. Lo primero que busca una mujer es cambiarte, saber que estás dispuesto a mudar tu vida por ellas. No, Spooky –y se encendió otro cigarrillo

con mucho estilo mientras agitaba su melena-, tienen que aprender quién manda, que eres es el jefe en tu vida, el amo, el dueño de tus actor.

Ya Spooky tiraba del pantalón raído del detective para que terminase aquella estupidez de perorata y empezasen el paseo, que era lo importante: pis y caca y oler pis y seguir oliendo pis. Era verdaderamente interesante aquello del pis y un universo que parecía no terminar nunca, y es que en cada esquina había un pis nuevo y más interesante que el anterior para Spooky, que los escudriñaba todos como buen detective que también era.

-Woof, woof –ladró Spooky finalmente deseando llegar al siguiente capítulo.

II

Pis, pis, pis, meado, más pis, hace un poco de pis, recojo caca, me miran mal, el perro tira del humano, el humano tira del dueño...

-¡Qué ganas tengo de tomarme un whisky, Spooky!

Spooky ni caso, ya que había un rastro de pis muy interesante que requería toda su atención. El recorrido era más o menos siempre el mismo y saludaba siempre a los mismos, intentando evitar las peligrosas meadas en los portales de Spooky antes del primer whisky. Vuelta, pis, más pis, quiero whisky... ¡Terracita!

Hacía frío de narices y nadie tenía... eso... a sentarse en la terraza. Spooky estaba hasta las narices de tanta terraza en invierno y los camareros miraban desde dentro haciendo gestos de “ya llegó el imbécil este”. No, no salían a atender aunque ya habían pasado diez minutos pero ahí aguantaba Alberto Martín, detective privado, con su perro Spooky, a la intemperie en pleno febrero. Cuando llegó la camarera muerta de frío y con cara de pocos amigos no se dirigió siquiera a él, sólo una mirada fría que no prometía ni sexo ni besitos ni nada.

-¡Desayuno Martín!

La camarera puso cara de circunstancias y a los veinte o treinta minutos regresó con un whisky y una barrita de tomate que prácticamente le lanzó a la gabardina.

-Gracias, preciosa –coqueteó Alberto Martín con aquella belleza-. Cada día estás más guapa.

-¿Vas a querer algo más o me pagas ya? –conste que no dijo nada de gilipollas.

Pagó la cuenta y se tomó el desayuno tranquilamente. Mmmm, iba bien de tiempo, ¡sólo eran las doce!

-La mejor fase en toda relación –dijo Martín al perro-, es la fase de la mentira. Piensas que es más inteligente de lo que realmente es y ella tiene que pensar (forzosamente) que eres más listo de lo que aparentas, eres consciente de su mentira y ella es consciente de la tuya, pero dos personas comparten esa mentira y, de esa manera, surge eso que llaman amor.

El perro, harto también de tanta estupidez, se abalanzó sobre Martín a ver si caía algo. Le dio dos lametones y ya se sabe: besito es igual a recompensa, es igual te pongas como te pongas.

-¿Ves, Spooky? Hemos superado la fase de la mentira. Ahora es cuando sabemos lo que los dos queremos. Aún es pronto.

La camarera estaba distraída y se había olvidado de la presencia de Martín, así que éste aprovechó para pedir:

-¡Croquetas y whisky!

-¡Woof, woof! –ladró el perro loco de alegría.

No se molestó en disimular su enfado la camarera con ese “puta mierda” tan elocuente, pero media hora más tarde llegó una ración de croquetas para el humano y un whisky para el perro, o al revés.

-¿Quién quiere croquetas?

¿Os habéis fijado qué cantidad de tonterías preguntamos a los perros que hasta ellos mismos nos miran con cara de “anda, atontao”?

-¿Quién quiere una croqueta? –preguntó con acento aún más estúpido.

El perro ya estaba a punto de tirarse a la yugular del detective cuando apareció una despampanante mujer vestida con un elegante abrigo. Media melena negra, sombrero, gafas de sol que cubrían su sus ojos... buenas peras. Mientras se quitaba las gafas con un mover así chulamente la melena, dejó ver aquellos ojos verdes de ensueño y pronunció con acento extranjero:

-Yo quiero probar tu croqueta –dijo casi sin pestañear con ese toque de modelo soviética casi imperceptible a los ojos de un profano, pero claro y diáfano (que significan lo mismo) para un detective con años de experiencia.

La croqueta cayó al suelo y hasta Spooky se quedó sin habla.

III

-Woof, woof –ladró Alberto Martín, detective privado ya sin habla mientras la modelo soviética se sentaba en la mesa y devoraba las croquetas ante la atenta mirada de un no tan contento Spooky.

-Yo conocerte, Alberto Martín, famoso detective privado.

El perro, que aunque quisiera más croquetas, no podía evitar poner cara de asombro, igual que la camarera que se acercó al ver el vaso del detective ya vacío.

-Bueno, ¿qué? ¿Otro whiskicito que sólo llevamos tres, no? Que aparte de levantar el vaso no hacemos otra cosa en todo el día, ¿eh?

Dos mujeres celosas por el detective... Mmm, se pasó el dedo gordo por el labio como el anuncio ese y trató de escuchar, no sin antes.

-Sí, claro. Un whiskicillo, ¡que ya es la una! –dijo así como para disimular.

Guiñó el ojo así sensual como diciendo “pídete que lo que quieras, que soy tan patético que te voy a invitar sin pedir siquiera un besito a cambio”.

-Agua mineral.

El perro movió la cabeza de un lado al otro como diciendo “con ésta no hay rollo y encima se come mis croquetas la muy cabr...”.

-¿Otra croqueta...? –preguntó el detective a la modelo soviética para ver si decía su nombre.

-María –respondió la modelo.

-Aquí todas se llaman María, ¿no? –pensó en voz alta el perro ya por intervenir en la conversación y poner un toque.

-¡Ah, perro habla! –exclamó María-. ¡Woof, woof!

La camarera le hizo un mimo al perro que, cansado ya de tanta estupidez, se sentó en la mesa. Que sí, que el perro se sentó en una silla.

-¡Un pelotazo, anda, monada! –dijo Spooky con voz profunda y varonil.

-¡Qué perrito más mono! –exclamó la camarera mientras le pasaba la mano por la cabecita y le acariciaba suavemente sin impedir que sus pechos se acercasen a su hocico.

-Anda, monada –le dijo Spooky mientras le daba un cachete en las posaderas. La chica rio coqueta mientras se tapaba la boca y el perro se sentaba tranquilamente en la silla con aire de manifiesta superioridad. Sacó del bolsillo de su americana un caja de cerillas y una pitillera de oro y se encendió un pito, así de guay, así de improvisado y no calculado (y sin saber de dónde había sacado la americana) y, sin más le ofreció un cigarrillo a María. Ella aceptó sin dudarle. Spooky sonrió a Alberto como diciendo “1-0, pringao”-. ¿Y dime, muñeca, de dónde eres?

-Ayyyyy, ¡qué mono! –María saltaba y ya no parecía haberse escapado de otro zulo de la KGB, no, ahora parecía una chica encantada con su inocencia y sensualidad.

-Spooky, Spo para ti, muñeca –y besó su mano despacio mientras la miraba a sus ojos de gata soviética-. Sé que, tú y yo, jamás tendremos una Guerra Fría.

-Ayyyyy, ¡pero qué chupiiiiiiii!

Spooky fumaba distraído y así como enterándose de que era un perro hablando y fumándose un pitillo mientras ya la gente se agolpaba en torno a Spooky y su fascinante locuacidad. La camarera llegó corriendo, casi desfallecida.

-Tu copa, Spooky –dijo sonriente al can mientras soñaba en secreto con acariciarle (mmmm) y se volvía hacia el detective y ponía cara de asco-. Tú, que whisky que no hay.

-¿De ninguno?

-Ninguno.

-Joer, una caña entonces.

-¡Se nos ha acabado también!

Fue entonces cuando Spooky intervino y se apiadó de Alberto con un gesto que el detective recordaría toda la vida (por cierto, cuando empieces a ver animales hablando, el alcoholismo empieza a ser preocupante, visita a tu médico o farmacéutico).

-Anda, guapa –dijo poniendo morritos tiernos-. Tráele un whisky y te cuento un secreto al oído que nadie sabe, ¿sí?

La camarera se acercó un momento y Spooky le susurró algo al oído. La camarera no pudo menos que reír cual colegiala y sentir un poco de vergüenza así como... coquetona.

-Ay, Spooky, ¡qué cosas tienes!

Spoopy sonrió otra vez mientras la camarera se alejaba corriendo a cumplir las órdenes del perro, que ahora se dirigía a la modelo soviética.

-¿Por dónde íbamos, preciosa?

-Yo soy checoslovaca, ¿tú gustar chicas checoslovacas para cruce, yah? Yo en mi país tengo labradora también como tú si gustar más a cuatro patas con labradora, aunque yo hacer también cuatro patas.

-Me interesan más las chicas con cerebro, como tú –y Spooky se volvió hacia el detective y con dos dedos claramente extendidos y guiñando el ojo... ¡2-0!

La camarera no tardó en traer el whisky ya servido y Spooky le indicó con desdén pero con clasaza también que era para el imbécil del sombrero. Spooky estaba ocupado con otra chica y eso fue algo que irritó sobremanera a la camarera, que arrojó el whisky encima del detective y se largó sin pedir perdón siquiera.

-Mujeres –sonrió el encantador perrito-, todas únicas y todas perfectas.

Es difícil describir la sonrisa que lució Spooky en aquel momento pero... ¿os acordáis de la peli de Paul Newman en la cárcel? Sí, esa en la que se zampa los doce huevos... ¡Esa sonrisa! Mientras, el detective se relamía la camisa, intentando rescatar los restos de whisky que aún quedaban entre sus ropas.

-¡Woof, woof! –ladró contento el detective al ver que un trago de whisky se había depositado en el bolsillo de la camisa.

Spoopy hizo otro gento a la camarera y le indicó que el detective estaba seco. Ella corrió rauda y veloz y acudió con gesto esquivo.

-Que sea suavcito esta vez, cariño –dijo Spooky a la camarera, a la que ya se le había pasado el enfado. Esta vez, el whisky estaba en el vaso. Si lo llega a saber se hubiera pedido dos.

Spoopy apuró su pelotazo de un trago y miró fijamente a los ojos a María, que apenas podía sostener el vaso de la emoción de ver a un perro hablar, un perro tan atractivo, masculino, alguien que podría, quién sabe, llegar a ser alguien especial en su vida. Se imaginaba a ella misma en una playa allá en Croacia, con un bañador diminuto, mientras Spoopy la sostenía del brazo, con su elegante atuendo, mientras él saludaba a unos y a otros, al del bar, al tipo que vendía riñones de contrabando en el maletero de coche... todos conocían a Spoopy y él a todos conocía y saludaba y ella... ¡¡¡¡¡Estaba con él!!!!!!!!!! Le dieron de ganas de gritar de emoción, pero entonces recordó la educación en aquel colegio para chicas católicas y los castigos físicos que allí sufrió. Una lágrima se deslizó por su purpúreo rostro.

-¿Por qué lloras, pequeña? –preguntó sensible Spoopy-. ¿Qué aflige tu maltrecho corazón? Cuéntame tus secretos y cuéntame tus sentimientos –Spoopy se gira hacia el detective, concentrado en su bebida... ¡¡¡¡3-0!!!!

-Yo sufro en Checoslovaquia por castigos físicos a mí –María lloraba a lágrima viva, como sólo lloran las mujeres cuando quieren conseguir algo (qué malo soy)-. Yo ser persona humana y sensible, llena de corazón y pulmones y cosas dentro...

Spoopy no esperó más antes de abrazarla con esa ternura de labrador, esa mirada que sólo el mejor amigo del hombre nos puede ofrecer.

-Está bien, está bien... -la compadeció Spoopy mientras la abrazaba, mientras su pezuña se deslizaba un poco más allá de la cadera, mientras ya algunos les señalaban y se agolpaban.

-Spoopy, yo tengo fiesta en casa con amigas alegres. Tenemos música con Lady Caca.

-Ah, ¡cómo adoro a esa mujer!

-Si tú quieres el del sombrero poder venir también y todos alegres con amigas fiesta. Sí, ellas muy guapas y alegres y no decir que no nunca a hacer perrito guau guau. ¿Dónde está tu moto, detective alcohólico y drogadicto? –pregunta ella al anonadado humano.

-No –respondió Spoopy-, él no tiene moto, pequeña.

-¿Cómo no tener moto? ¿No usar Pinder entonces? ¿Ser cura que gustar niños también? ¿No querer cruzarse con otras hembras de su especie?

-Sí, pequeña, usa Pinder pero no tiene ni moto ni es amigo de sus amigos ni va de cañitas y tapeo.

-¡Oh, no! ¡Ser hombre malo machista!

Ella volvió a romper a llorar y el detective pagó la cuenta y los tres se fueron en un taxi camino a la casa de María, situada a las afueras.

IV

La casa estaba lejos y el detective no pudo menos que sentirse incómodo ya que la modelo rusa se situó en el centro del asiento de atrás. Aquel elegante abrigo escondía una minifalda que podía levantar algo más que pasiones y una camisa blanca de raso que dejaba entrever aquel sujetador rojo que... el perro ni siquiera miró a pesar de las evidentes insinuaciones de la checoslovaca para llamar su atención.

-Yo te ver distraído, Spooky. ¿En qué piensas?

Spooky miraba las casas pasar, una tras otra como la vida leve y la nieve se desliza en la madrugada del tiempo gris, hoy he visto arder Paríiiiiis.

-¿Querer comer? Yo tener comida humana mucha y tú saciar todos apetitos, tú entender, ¿yah? Así tú primero comer luego...

Spooky interrumpió el frenesí dialéctico de su atractiva compañera para seguir mirando el paisaje.

-¿No es un atardecer precioso, Marta?

-María, yo ser María como fulana en Bliblia.

-Sí, María, perdona –rectificó Spopy-. Mira este atardecer que ahora contemplamos y que ya nunca se volverá a repetir. Un instante único, perfecto, que nunca jamás volverá a acontecer en el tiempo.

Al detective comenzaron a darle arcadas. Es lo que tiene estar sin beber demasiado tiempo.

-¡Si vas a potar hay bolsas ahí, jodio! –le recordó un taxista bastante grasiento mientras el detective trataba de contener la arcada.

-Tú, yo, el tiempo... ¿a cuántas personas únicas conoces a lo largo de tu vida? ¿Cuántos momentos únicos es capaz de soportar un corazón?

Ella le miraba anonadada mientras él no miraba su escote, prominente, prometedor, lúcido y esbelto, ameno, suave y terso como la brisa en primavera.

-¡Mira que si la echas te inflo a hostias! –dijo ya el taxista frenando en seco.

Una fila entera de coches colisionó, uno tras otro, en una reacción en cadena.

-¡Cago en Dioooooos! –terminó exclamando el taxista, que antes de salir del coche y contemplar el estropicio preguntó:- Spooky, ¿estás bien?

El detective se vomitó encima un par de veces, nada serio, un par de gotitas de nada, casi sólo bilis. El alcohol seguía todo dentro así que sin problema. Habría unos veinte coches involucrados en el accidente. Spooky salió del coche y todo el mundo aplaudió al contemplar que el perro seguía intacto.

-¡Spoooooooooopy! –gritaban ya por doquier.

-¡Perro bueno!

Finalmente Spooky saludó a los coches (bueno, a los que los conducían más bien) y todo fueron vítores y aplausos y algún que otra prenda de ropa interior arrojada por la ventanilla y alguna mirada esquiva. El labrador no pudo menos que sonreír ante la amabilidad de la gente y saludar como el papa, el presidente de Estados Unidos o algún otro salvador de la humanidad y a continuación, para no llevarse todo el mérito, señaló a María para que todos le dedicasen un aplauso. Ella sonrió y también lanzó besos a la concurrencia, que agradecieron.

Mientras, el detective vomitaba, ahora sí, todo el whisky en la cuneta.

-¡Woof, woof! –terminó por fin el detective, que se sentía algo mejor pero que necesitaba otra copa.

-¿Estamos bien, compañero?

El detective levantó el dedo gordo en señal de aprobación y Spooky silbó con dos dedos y extendió la pata delantera como para

llamar a un taxi en la Quinta Avenida y casi, ya que un coche de policía se presentó de inmediato, con dos agentes impecables.

-¿Os llevamos, Spooky? –preguntó el policía.

-Sí, y no os olvidéis de él –respondió el perro con diligencia-. Ha tenido un mal día.

-Yo no querer amigo en casa, todo borracho y sucio y feo y amigas no gustar vómito en cama.

-Comprende, María, que es mi amigo, no puedo dejarle tirado en la cuneta. Han sido muchos años juntos, muchos amaneceres.

-¡Ah, sí! Yo entender, resplandor del sol como amigo homosexual que yo tener sin sexo, sí... con otro amigo muy amigo ver siempre amanecer juntos con jadeos. Sí, ser más que amigos, yo entender. Si tu querer cruzarte con amigo yo no tener problema, yo ser de la Unión Europea y no tener conflictos con homosexuales o transexuales o perros con pareja estable. Yo entender.

-María –dijo Spooky-. Éste es uno de esos momentos que siempre recordaremos.

Tomó su mejilla suavemente y acercó sus labios a su hocico, como en un susurro.

-Esto, María –dijo justo antes de besarla-, esto es uno de esos instantes únicos. Esto es... magia.

Y por fin la besó, apasionada, dulcemente, casi sin meter la lengua. Sí, a ella le costó no desmayarse en aquel momento mágico, único, que ya nunca más sucedería (sí, nos faltó la música).

Spooky fue con el detective y se sentó junto a él y juntos miraron, una vez más, el atardecer.

-Buena cogorza, ¿eh? –preguntó un poco cabroncete el perro.

El sol ya se ponía mientras los coches pasaban y el sol se ponía, fulgurante pero también recordando ese tiempo que pasó, ese momento excepcional, ese beso y esa flor, ese te quiero y esa sonrisa y ese adiós.

Spooky había vuelto a ponerse a cuatro patas y había perdido la americana y ya no fumaba cigarrillos, siendo un perro más, su perro: el gran Spooky.

-¿Qué aventuras, eh?

Spoopy ladró contento (eso pensó él, pero Spoopy quería comida).

-¿Y sabes lo mejor de todo, Spoopy? –dijo el detective mientras sacaba del bolsillo su flamante petaca-. ¡Que mañana no nos vamos a acordar de nada!

Spoopy se llevó las manos al morro. ¿Qué iba a hacer con éste?

P.S: Este relato no intenta promover el alcoholismo y si empezáis a darle a las nueve de la mañana puede que al final el perro no hable. Por muy bien que os lo paséis en esos momentos de borrachera, lo guapas que os parezcan las chicas y lo sincera que sea siempre la amistad... todo es siempre falso. Lo mejor, dicen, es montar en bici por un monte inhóspito esperando a... no sé... que te violen en alguna cuneta. Hay muchas, interesantes y distintas maneras de descubrir el amor.

Historia de un Secuestro

I

Se las había imaginado una a una muriendo sin parecerme ya atractivas para nada. Sí, lo sé, conoces a una chica por la calle y te parece guapa y si tienes suerte hasta te sonrío, pero... luego cuando la secuestras la cosa no es igual. Yo lo sé.

Sí, pensaréis que soy un psicópata por querer secuestrar mujeres pero cada uno usa su técnica y sí, el Síndrome de Estocolmo existe y, para los que lo sepáis, es cuando la víctima se enamora del secuestrador y yo planteé el algoritmo definitivo para encontrar pareja. No, Pinder no funcionó no sé por qué y tuve que plantear otras opciones así que, tras visitar todas las apps de citas, me decidí por mi algoritmo: primera que veo, primera que pillo. El crimen perfecto, así nunca sería relacionado con la víctima.

Soy un heredero rico y mis padres me dejaron esta casa en las afueras en las que cualquiera se moriría de asco salvo... que seas informático y tengas planeado secuestrarte una novia, claro (porque con la simpatía casi que vamos apanados). Tienes internet así que... ¿qué más se puede pedir? Tengo un jardín grande para enterrar cadáveres según vayan muriendo y un sótano desde el cual no se escucha nada. Por las mañanas escucho Beethoven porque paso de la música electrónica que es un invento de Satanás. He probado otro tipo de músicas como salsa, bachata y chunda-chunda pero.... ¿verdaderamente el tema importante son los cadáveres, no? Es cierto, vamos a centrarnos.

Sí, hay una película de todo esto y, por cierto, está basada en una novela pero a nadie le importa pero que sepáis que se llama El Coleccionista y la habré visto como 100 veces para así aprender yo del protagonista, que era incluso más raro que yo. Más o menos, era mi plan: te la secuestras, se enamora de ti y le quitas los grilletos poco a poco mientras el amor va floreciendo. Como todo en mi vida: mal, mal, mal.

Total, que estoy más aburrido que un ocho y decido encender la tele y que ponen una cosa llamada Escuela de Amor. Vale, que me enamoro de una chica de gustos sencillos llamada La Marga porque, seamos sinceros, tampoco estábamos para ir a por Grace

Kelly porque, aparte de estar muerta, le gusta el caviar y para todo no llega.

La sigo varios días sin ser visto. Ya sabéis, me pongo camiseta en plan cani gafas de sol y me escucho música de Camarón y me muevo así como un negro con un chorizo en el culo a medio salir, dando botes y moviendo los brazos como si con eso lograrse que el chorizo no se escapase.

Aquellos barrios del sur de la capital por los que transitaba La Marga me eran un poco ajenos pero mi amada estaba allí como pez en el agua. Saludaba a unos y a otros y abrazaba y tocaba a todos. Yo no soy muy de tocar salvo que sea algo muerto y esté al 70% seguro de que no se va a mover ni me va a morder. Y eso con las mujeres nunca puedes estar seguro del todo.

A lo que vamos, que La Marga me había puesto contenta la cebolleta cuando la vi en la tele en aquel reality y me dije: pues a ésa. Que sí, que estoy desequilibrado y sé que no es conveniente raptar a tías de la tele pero mira, mi Pinder se había estropeado y por mucho corazoncito que le diese... ellas no querían. La culpa es de la democracia y que las dejen votar pero me callo que luego me llaman machista.

La había visto a lo lejos, mientras se le acercaban varios tipos con camisetas y cadenas en un deportivo descapotable rojo escuchando flamenquito.

-Ey, Marga, te dejo que me lo hagas despacito chu-chu –le dijo uno de aquellos caballeros, todos con el pelo rapado al cero y con un piti en la boca.

-¿Yo, a tí? Yo soy un estrella y salí en el Tele Chingo. ¿Qué pasaaaaaaaaa? –decía mientras gesticulaba con soltura con ambas manos y levantaba los brazos para...- ¿Sabes qué? ¿Por qué no me comes el coño si tan macho eres, eh? ¿Qué pasa, que sólo se lo comes a tu puta madre, eh come-mierda?

-Vamos, pisha –le dijo un colega-, que nos pervierte.

El coche se marchó con el aire flamenquito. Estaba claro que la chica se desenvolvía bien en aquellos ambientes tan... Antes de que se alejaran del todo no dudó en levantarse la falda para seguir gritando:

-¡Vuelve y come de aquí que te veo delgadito! –y tiró el pito al suelo un poco enfadada-. ¡Pichas flojas!

-¿Y tú eres La Marga? –me presenté así como fingiendo ser cani.

-Sí, ¿qué pasa, tron? –me soltó un abrazo como quien no quiere la cosa, dos besos y hasta se arrimó a mi cebolleta que, todo sea por decirlo, andaba algo....

-Eh... ¿Qué pasa con La Marga? –dijeron dos colegas suyos también con cadenas y esas cosas que llevan por los barrios bajos del sur.

-¡Eh, tío mierda! –interrumpió con ímpetu La Marga-. ¡Que La Marga se va con quien le sale del chocho!

Sí, si a mí también me sorprendió cuando me metió el morro y empezó a besarme de manera más que efusiva delante de sus supuestos amigos. La verdad es que la tipa tenía una técnica increíble con la lengua. Además, la chica rodeó mis caderas con su muslo mientras me abrazaba y me besaba (y conste que aquello tenía sonido: shhhhhh, shhhhhh).

-¿Qué pasa, que La Marga no puede enrollarse con quien se le ponga en potorro, eh?

Se enfrentó a su grupo con gestos así como de torero delante del toro y yo traté de ajustar mis gafas de sol y mi camiseta de tirantes así como para parecer más chulo.

-¡La Marga se va con quien le sale del chumino!

Ya aquello.... Entre Grace Kelly y aquella versión barriobajera total de Pretty Woman. Decidí poner freno a todo aquello con lo que había aprendido en Escuela de Amor: sé sincero.

-Es que... en realidad... -balucee- soy un psicópata.

-¿Y qué pasa? –preguntó no sé si satíricamente La Marga o que no tenía realmente ni idea de qué significaba-. ¿Que ahora los psicópatas no tienen derechos o qué? A ti te la voy a comer toda, toda. ¡Garganta Profunda tres punto cero! A ver, psicópata, ¿a ti te gusta que te coman el rabo?

-Hombre...

-¡Pues hoy a ti te van a comer el psicópata rabo ese que tienes tu ahí, hombretón!

La Marga me parecía más mujer de lo que un hombre pudiera llegar a desear jamás y no sabía muy bien cómo salir de aquel embrollo.

-Es que yo...

-¿Tú qué, psicópata? ¿No hay chorizo hay abajo o qué? –en su modo sui-generéis, la chica le echaba su toque de poesía.

-Yo no tengo moto –dijo finalmente.

El estupor fue general y hasta un niño que por ahí pasaba tiró su caramelo al suelo presa de la indignación y un anciano no pudo menos que destrozar un escarapate con su bastón.

-¿Que no tienes...?

Sí: “oh, oh, oh” y eso... que nadie se lo podía creer.

-¿Joer, ni una puta pespino de mierda? –ya preguntó La Marga incapaz de creer que había besado a un tipo sin moto.

Yo no sabía dónde meterme ni qué hacer sobre todo cuando un niño cabrón me golpeó la rodilla con su monopatín con toda la mala hostia.

-¡Inmaduro! –exclamó el crío hijo de... mientras aquel dolor punzante me recorría-. ¡Tío mierda! ¿Y así quieres follar? ¿Sin moto?

Fue entonces cuando comencé a sentir que había algo más allá del arco-iris y que las flores en sus pétalos de colores también florecían en aquel invierno choni y barriobajero.

-¡¿Pero qué pasa?! –y La Marga le soltó una galleta al colega (galleta=hostia=bofetada para los más finolis)-. ¡Que si mi churri no quiere tener moto no tiene moto! ¿Qué pasa? ¡Es que es exclusivo! ¡Como Versace, coño! ¡Y si no tiene moto no tiene moto porque no le sale de los cojo...!

Y empezó a arrear a uno y a otro que ya no sabían dónde meterse ni qué hacer con sus camisetas de tirantes ya ensangrentadas y sus gafas de sol rotas. La Marga seguía repartiendo galletas cual boy-scout de arrabal mientras yo, en cámara lenta, contemplaba aquel espectáculo dantesco, mezcla de Kung-Fu y Matrix.

-¡A tomar por culo to! –terminó ya La Marga mientras me agarraba del brazo-. ¡Nos vamos a pata!

-¿Y tus hijos, Marga?

-¡Que les den por culo a los niños! ¿Qué pasa, que La Marga no puede tener polla o qué, eh? –dijo increpando a los allí reunidos, que se apartaban y se pedían calma los unos a los otros-. ¡Si a La Marga se le pone en el chumino se lo pone en el pitorro y punto pelota! ¡¿A que os doy?!–Y amagó un momento con el gesto de volver... al reparto-. ¡A que os meto!

La concurrencia se disipó y fueron abandonando la escena mientras me quedé solito y desamparado con aquella chica a la que, en principio, quería secuestrar.

-¡Tú nos has tomado el pelo a todos, eh! Anda que sin moto, ya... ¿Y qué, psicópata? ¿Dónde está tu kely? Que La Marga necesita un vaso de leche bien calentito para dormir bien –guiñó el ojo-. ¡Y tú ya me entiendes!

II

Llegamos a casa rozando las once y La Marga se quitó el... me gustaría decir abrigo pero no, se quitó directamente el sostén con un gesto rápido que ya decía ‘esta no es la primera vez, chato’.

-Mola tu choza –dijo mientras recorría con el dedo índice los retratos familiares que adornaban el mueble central del salón. Tomó un retrato familiar-. ¿Tus viejos?

-Sí, murieron hace algunos años de....

Arrojó el retrato el suelo y lo rompió con todas sus fueras. La Marga, sin duda, era una mujer de carácter (que dirían en televisión, aquí diremos que estaba más desequilibrada que el Prozac y las vitaminas juntas por fin).

-¡Pues me suda la polla! –siguió mientras hacía añicos el último recuerdo de mis padres-. ¿Qué? ¿No te parezco femenina o qué, pijo mierda? ¡Pues que me suda el coño! ¡¿Ahora ya soy tu princesa, eh?!

La Marga empezó a golpear todo lo que encontró a su paso incluyendo un cenicero (que me arrojó sin la suerte que me golpease, hubiese sido mejor), velas, un posavasos, tres diademas, un mechero de play-boy y un simpático muñequito de Chuck Norris que compré en los chinos que era la mar de simpático.

-¿A que acojono? –preguntó sonriente.

La Marga se tranquilizó por fin (ligeramente) y, caminando despacito, muy despacito, pero mucho, mucho... Me cogió de los tirantes (poco más había) y me quitó las gafas de sol. Me besó despacio con su increíble técnica de lengua, así como guarra guarra da la vuelta que me gusta sí sí sí... Mmmm babita perezosa déjate caer.

-La Marga quiere bailar, ¿te apetece, guapo?

Y puso su ¡Tad Pro F-2 Turbo Mix y me guiñó el ojo. Sí, sabía que la sesión de Reggaeton estaba a punto de comenzar cuando cantó al unísono:

-Nada tienen de especiaaaaaal..... dos mujeres que se dan la manooooooooo –y tomó mi mano y la llevó a su abdomen-. El matiz viene despueeeeeees –María Callas no era-, ¡cuando lo hacen por debajo del manteeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeel!

Sí, me aparté y reconozco que como secuestrador era una mierda, pero ya estaba a punto de enseñarle la puerta cuando, con mi mano en su vientre, dijo:

-¡Hazme un bombo, psicópata!

¿Y qué esperabais que hiciera? ¡Era primavera, o invierno o alguna otra estación!

-Tras las manooooooooos... va el resto de la pieeeeeeeel, ¡mashotel!

Y llevó mi mano a su entrepierna, que apretó fuertemente:

-¿Cañitas y tapeo?

Y sí, hubo cañitas, tapeo y algunas cosas que terminaron en que, seis meses después, La Marga se había mudado a mi casa con sus dos hijos y uno más en camino. ¿Cañitas y tapeo? ¡Los cojo...

III

-¡Nesquick! ¡Quiero Nesquick! –decía uno de los hijos de La Marga mientras me arrojaba la cuchara a la cabeza.

-¡Atontao! –dijo La Marga por su no había notado el golpe de manera suficientemente eficiente-. ¿Es que no escuchas o qué? ¡Que el puto niño de los cojones quiere Nesqui de ése!

-¡Neskui!

-Pero si hasta te lo está señalando. ¿No me habrás salido tú superdotao, no? ¡Anda, ven aquí que te como a besos, cosita!

El niño lanzaba ahora leche y algunos otros alimentos directamente de su boca que ya no me atrevía a describir mientras yo buscaba el puto Neskuí en la despensa.

-¡Que no hay Neskuí!

-¡Pos dale una birra, hostia! ¡Que pareces gilipollas!

La Marga llevaba ya unos días un poco meditabunda con aquel asunto de las hormonas, el embarazo... cosas de chicas. Agarró una lata de cerveza y distrajo al churumbel un momento ante mi atenta mirada.

-¿Y tú sabes eso de...? Y lo que lo opinen los demás está de máaaaaaas. Mira, ¡un Pokepooon! –le dijo al churumbel que ya se había olvidado de pedir nada y miraba hacia otro lado buscando el pokepon. Mientras, La Marga le lanzó la lata de cerveza a la cabeza al grito de...- ¡¿Quién detiene palomaaaas al vuelooooo?!

-¡iiii¿Pero tú estás bien?!!!! –intenté gritar, aunque ni se me oía entre tantas risas de La Marga.

El niño gritaba y se giró hacia su madre, que se reía a carcajadas de la ocurrencia que había tenido. El niño inclinó la cuchara de y señaló con mirada asesina a su madre y como ya sabía algunas palabras el chavalín decidió probar suerte dentro de su vocabulario.

-¡Putaaaaaaa!

La ceja comenzó a sangrarle profusamente, pero ni al churumbel (que no recuerdo ni cómo se llamaba) ni a la madre pareció importarle un carajo y ella me señaló a mí como al autor del lanzamiento. El crío no dudó en coger el cuchillo de carne y dirigirse hacia mí a toda velocidad. No sabía dónde meterme.

-¡Maricóooooooooon!

Me clavo el cuchillo en la parte opuesta a la rodilla con todas sus fuerzas y aquello dolió, sí, pero no tanto como la risa ahogada de La Marga, que se sostenía la barriga mientras el crío me hincaba el cuchillo una y otra vez, metiéndolo y sacándolo con saña.

-¡Nooooooooooooo!

¡Por fin, La Marga se había dado cuenta de aquello estaba mal! El niño tenía ADN de psicópata y hasta esta chica obrera podía verlo.

-¡No, no, nooooooooo! –volvió a gritar más fuerte.

Estaba casi desmayado antes de escucharla.

-¡Estoy de parto!

El niño agarró el cuchillo y se sentó en la mesa con mirada asesina. Intenté vendarme como pude antes de salir hacia el hospital pero La Marga gritaba ya sin parar.

-¡Secuestradoooooooooooooor! ¡Putaaaaaaaa!

Pero no, la cosa no fue inmediata porque La Marga, después de todo, era una chica de barrio pero elegante en el fondo así que:

-¡Con el felpudo sin afeitarse ni de coñaaaaaa!

No sabía muy bien qué hacer pero por suerte ella parecía que ella lo tenía todo muy claro.,

-¡La Juaniiiiiiii! ¡Traedme a La Juaniiiiiiii!

La Juani había estado ayudado a preparar el parto a La Marga desde hacía ya seis meses. Era una prima de La Marga que, casualmente, también había salido en televisión, aunque en un programa de citas. Ambas eran de la misma altura aproximadamente, 1.40 o así, siempre la picaba con lo de que me ayudase con las bombillas para sacarla un poco más de quicio si cabe (iba para secuestrador, tampoco es plan de pedirme coherencia a estas alturas). La Marga había seguido una novedosa terapia basada en la música y las contracciones. Tuve que marcar yo mismo el teléfono de La Juani, que estaba en una sesión de yoga.

-¿De qué mierda hablas, Juani? ¡Que estoy de partoooooooooooooo! ¡Putaaaaaaaaaaa!

Gritó con todas sus fuerzas mientras su churumbel aún miraba el cuchillo de carnicero.

-Mira, que te necesito conmigo que yo sola no puedo hacerlo y el secuestrador este no vale pa na. ¡Ven aquí yaaaaa! ¿Qué? – respiraba profundamente a intervalos, como le había recordado los consejos del... debería decir médico pero era un DJ de Carabanchel que hacía eso a cambio de no ingresar en prisión-. ¡Mira, puta, te quiero aquí yaaaaaaa! –lanzó el móvil al fregadero pero era uno de esos móviles antiguos, versión ladrillo, así que el teléfono quedó intacto. Se lo llevé rápidamente y La Marga siguió gritando y hablando por teléfono con su prima sobre temas de depilación y que si la línea brasileña y otras cuestiones femeninas.

Cuando salió del baño, presumiblemente dispuesta a parir, volvió a sacar aquel móvil y me lo lanzó a la cara sin explicación

alguna. Ahora ya éramos dos los de la ceja partida y el churumbel ese se reía de mí a carcajadas.

-¡Cruz de Navajas!

No, si sabía de lo que hablaba. Se había bajado un tono hacía muchos años, cuando no había internet y las películas porno a partir de las doce en los canales locales llenaban nuestro tiempo de ocio. Sí, éstos que se vendían a euro y que servían como tonos de llamada y demás y que sonaban todos a toque de corneta mal grabado.

-¡Cruz de Navajas!

Y le di y ahí La Marga empezó con sus ejercicios de aerobio antes del parto ante el espejo del salón. No, la letra no iba con la música pero ella bailaba y ya sabéis, La Marga hace lo que sale del chumi...

-no sale hasta las seiiiiiiiis. Y si encima le toca hacer cajaaaaaaaaa, despídete –al contrario que otras embarazadas, La Marga estaba de pie, con su minifalda negra y sus camiseta de tirantes de embarazada, perfectamente maquillada-. ¡Uh, uh! –y golpeó el espejo haciéndolo añicos.

Entiéndanlo, creo que lo que iba dentro de ella, podría ser mío o venir del espacio, quién sabe.

-¡Ha hecho la casaaaaaaaaa! ¡Ha hecho hasta el caféeeeeeeee! –yo ya sabía que ésta era una de sus partes preferidas así que preferí resguardarme, con la mala suerte que el churumbel ya había cogido sitio detrás del sillón. Me enseñó los dientes mientras blandía el cuchillo con intenciones poco pacíficas-. ¡Ya le espera medio desnudaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa!

La Marga se emocionaba siempre en esa parte, pero en esta ocasión supe que estaba teniendo una contracción porque no rompió nada.

-¡Uno, dos tres, uno, dos, tres! ¡Putaaaaaaaaa! ¡Juaniiiii!–gritaba ya La Marga una vez superada la contracción, que sólo se aliviaba cuando ya llegaba casi el estribillo y su alma se sentía identificada con aquellas célebres palabras del grupo. Los ojos casi se le llenaban de lágrimas mientras ya La Marga gritaba:- luego al trabajooooo en un gran almacén.

Y levantó los brazos y se dispuso erecta. Pues os lo creáis o no, la coreografía estaba bastante bien. El churumbel y yo nos miramos y nos dijimos un ‘pues vaya’ bastante silencioso. No, no: brazos arriba, abajo, pirueta.

-¡¡¡¡¡Cruz de navajas por una mujeeeeeeer!!!!!!!!!!

Puñetazo al viento, derecha, izquierda y ¡salto!

-Brillos mortales despuntan al albaaaaa.

Y movía caderas y sonría y besito al personal en plan Marylin o como cuando la de Flashdance los lanzaba a los jueces, uno para mí, otro para el churumbel, que se encogió de hombros como diciendo ‘yo tampoco puedo hacer nada’.

-Sangres que tiñeeeen de malvaaaaa, el amaneeceeeeeeer.

La cosa continuó así hasta que ya llegó su parte favorita, en la que de manera sensual jugaba con el tirante y nos guiñaba el ojo a los dos, dejando su hombro desnudo.

-Sobre Mario de bruces tres cruceeeeeees.

El muchacho, traumatizado, probablemente de por vida, se llevó las manos a la cabeza no queriendo seguir viendo aquello. Yo me sentía culpable y un poco así, ya sabéis....

-¡Y otra vez en el noticierooooo! Dos drogadictos en plena ansiedad...

Ya procedía la niña a quitarse la camiseta y yo a sacar el mechero para animar el asunto cuando el baile de La Marga se detuvo en seco ante una nueva contracción.

-¡¡¡¡¡Putaaaaaaa!!!!!!!!!!

-Cariño, vamos –me atreví a sugerir interrumpiendo el baile.

-¡Y una polla como una olla! ¡Las llaves del coche y tres paquetes de Pucados!

Conste que el churumbel no había dicho más que Neskic y puta hasta aquel momento pero se puso en pie y dijo:

-Pero, mamá, ¡si no sabes conducir, coño! ¡Piensa, joder!

-¡Las llaves del cocheeeeeeeeeee y tres paquetes de Pucados!

-¡Que estás embarazada, mamá!

-¡Pues que sean rubios, jodeeeeer!

Fue el propio crío el que se las trajo y se las arrojó al suelo.

-Pues cuando sea mayor pienso estudiar una carrera y no terminar como tú.

-¡Ja! –contestó La Marga-. Mírame a mí... ¡pues tendrías que haber visto a tu padre! ¡Suerte tienes si logras terminar la guardería, gilipollaaaaaaas!

IV

La Marga entró a los dos días con un nuevo churumbel pequeño que se supone que era mío. Toda una familia de enanitos barriobajeros la acompañan, todos vestidos de negro y tirantes que, suponíamos, eran su familia.

-Juaniiii, ¡la leche!

La prima, a punto ya de cantar ay booooo ayyy boooo, le alcanzó el biberón y La Marga le dio leche al niño.

-¡Estos son mi family! Y están aquí para cuidarme mientras dure mi...

-¿Tiempo sin hacer ni el huevo? –apuntó no sin cachondeo La Juani.

Ni siquiera se extrañó cuando entró aquella pareja con la cabra, atada eso sí. El churumbel se acercó con una botella de whisky y dos vasos y le miró fijamente: sí, era la mejor idea. Se sirvieron un par de pelotazos y brindaron por el nuevo miembro de la familia.

-Míralos ahí a los dos –dijo La Marga compadeciéndose casi de ellos-, dos drogadictos en plena ansiedad...

La familia entera dio su aquiescencia.

-Roban y matan a Mario Postigo –repitieron todos al unísono.

-Mientras su esposa es testigo desde el portal.

Las mujeres se apiñaron en torno al bebé, al que La Marga sostuvo en alto un momento en señal de victoria. Todas aplaudieron y se escucharon vítores y desde el segundo anfiteatro se lanzó confeti.

Ya toda la familia había pillado el mensaje y los dos bebimos. Ellos se echaron a un lado para dejarlas a ellas, que con sus camisetas de tirantes se alinearon en una forma perfecta de musical (el bebé andaba por ahí).

Alguien entre su familia sacó la guitarra flamenca y dio el tono:

-¡Ay, maestro! ¡Dale!

Las mujeres, dispuestas ya, entonaron con voz choni aquel estribillo:

-EN BREVE CRUZ DE NAVAJAS POR UNA MUJEEEEEEEEEEEEEEEEEEEEEEEEER. Brillos mortales despuntan al albaaaaa...

Desde el otro lado de la sala, el tipo con sombrero y barba de tres días que llevaba la cabra le sonría: sí, 'la has cagado, ejejjeje', dijo sin decir. Ellas, a lo suyo:

-¡Sangres que tiñen de malvaaaaaaaaaa, el amanecer!

El tipo le hizo un gesto de si había para trincar y le mostró la botella. Se acercaron él y la cabra.

-Beeeee -dijo la cabra-. Beeeee.

El tipo le dio trago de la botella y a continuación se metió otro él, a morro directamente de la botella, dejando ver su... dentadura sin dientes.

El churumbel se volvió a encoger de hombros. La Marga se giró con cara de menosprecio:

-¡Y tanto whiskicito se va a acabar que ahora hay una boca más que alimentar, puto secuestrador de mierda! ¡Alcohólicos de mierda! ¡Que los pañales no se van a pagar solos! ¿No esperarás que ahora me vuelva al súper, no?

Esa Mujer

I

Ella se atusó su brillante cabello azabache y se miró al espejo antes de pronunciar aquellas palabras, las mismas cada día: jaulas no, jaulas no. Abrió de par en par las ventanas de su gran casa situada en medio de... la nada en un pueblo que nadie recuerda de un país que no pinta para nada y respiró el aire puro, el fulgor del bosque y el rocío de la mañana. ¡Qué belleza, qué primor! Dispuso el alpiste para los pajarillos (porque opinaba que darles nombre a los animales era constreñirles en las barreras de lo lenguaje humano o algo así, en fin, qué sé yo...) y a continuación cerró las ventanas y abrió la jaula de los pajarillos.

-¡Podéis volaaaaaar!

Sus brazos lucían robustos, vigorosos... y se sentía orgulloso de ello. Las camisetas, una talla menos para marcar. No le gustaba en cambio marcar paquete, lo que consideraba un poco afeminado y hasta falto de gusto. No llevaba tampoco cazadora en invierno y sí una camiseta interior para protegerse del frío. Mientras terminaba de afeitarse con mimo, se miró un momento al espejo, sin camiseta por supuesto, y comprobó una vez más aquellos bíceps bien torneados que lucía. Se besó el bíceps y se hizo el selfie del día para su cuenta de Pacebook, que ya contaba con uno cuantos fans. Tomó el móvil y le dio a enviar. “Cada día estoy más bueno”. Hay que ver qué utilidades se le puede llegar a dar a la tecnología. Mientras en algunos lugares se obstinan sin éxito en curar el cáncer, las compañías telefónicas y las redes sociales nos hacen felices permitiéndonos cada día compartir nuestros intereses.

Entrevista con Andrés, algunos años después.

ANDRÉS: Hombre loca, loca... Todas están un poco locas, ¿no? A mí me hablaba de constelaciones y yo pensaba: sí, lo que ella quiera, pero está buena.

AMPARO: Yo opino que lo principal es amarse a uno mismo por encima de todas las cosas. Mi proceso vital consiste en la recodificación de mi yo para así perder el yo y ser así más libre.

Andrés tomó un desayuno suave: dos huevos, tostadas, yogurts, fruta, aminoácidos, leucocitos, plaquetas... no sé, todo lo que se le fue ocurriendo, y miró su rostro en el espejo. Perfecto, don Juan. ¡Y a darle al Pinder mientras desayunaba! Corazón, corazón, aspa, corazón.

AMPARO: Hacía sólo tres días que tenía la aplicación y es que a mí el móvil me da yuyu. Sí, es una asociación de espejos como si aquella persona con la que hablas ya no existiera más allá de una foto, más allá de la imagen que mi inconsciente ha creado de ella, como si existiera fuera del mundo real que en realidad la contiene. Mi inconsciente me advierte, si, da señales mientras los pajaritos cantan y las nubes se levantan que sí que no, que caiga un chaparrón.

ANDRÉS: Que si llevaría bien lo de los cuernos... no sé, depende de con quién, la verdad. Por ejemplo, con un futbolista o alguien famoso, pues lo entiendo.

¡Un match! Cuando coincides y alguien te da al corazoncito es un match. Ahora podría hablar con ella (o él) e intentar quedar. Mejor luego. Andrés tenía cosas que hacer.

AMPARO: Yo le di al corazoncito porque me pareció que tenía las orejas bonitas. Sí, tengo una especial fijación con las orejas de los chicos y dicen muchas más cosas de las que la gente piensa. Pero la gente no tiene ni idea y mi inconsciente, supongo, le dijo que le diese al corazón.

ANDRÉS: Si me preguntan por mis creencias... soy católico no practicante y no, no creo que esas cosas raras del Universo y el equilibrio y todas esas mandagas. Si, me educaron como católico y creo que de alguna manera lo sigo siendo.

Dio un paseo así como mirando escaparates para ver lo guapo que estaba (y lo estaba) hasta el gimnasio como cada día y habló con su entrenador personal, que le recomendó una tabla suave para hoy: máquinas y estas cosas... un poco de carrera. Junto a él: su inseparable móvil para la música y algunos wereables tipo reloj que medía las pulsaciones (es que luego esta gente las analiza a través de apps que te dice cuando te vas a morir, debe ser la mar de chulo eso de que te avisen) y otra serie de factores.

Ella se acercó a su ordenador y se preguntó que le tenía deparado el Universo para hoy, qué sorpresa le depararía el día.

AMPARO: Las constelaciones siempre nos hablan, siempre nos dicen cosas, pero el ruido externo no nos deja escucharlas. Es precisamente ese ruido el que quiero eliminar de mi mente, el ruido que no me deja verme a mí misma y el ruido que me lleva al exterior y que hace que el exterior trate de poseerte y llevarte con él, secuestrarte y hacerte perder el yo verdadero, íntimo. Es algo así como una violación ante el que mi inconsciente reacciona y me advierte.

ANDRÉS: Tenía buen culo, eso se veía a la legua. Le pregunté enseguida qué llevaba puesto y ella me contestó que sólo unas mallas y no sé qué. No tenía mucho sentido lo que decía y contestaba a las preguntas como si hablase con tres maromos a la vez, pero a mí no me importó. Yo miraba su foto y una serie japonesa de geishas metidas a monjas tibetanas que daban de leches a los tíos por la destrucción de la imagen del templo de su diosa o algo así. Un rollo Kung-Fu feminista para tratar de comprender mejor a las tías.

AMPARO: Me hizo gracia porque me hacía preguntas inteligentes por fin. ¿Sabes? Yo nunca tengo en cuenta lo que me han dicho anteriormente para seguir la conversación. Es algo personal y me encanta.

ANDRÉS: Sí, si al final pregunté si le pasaba algo o si estaba borracha, y eran sólo las cuatro de la tarde.

AMPARO: Las orejas del chico denotaban creatividad, estilo. Era, sin duda, un tipo de letras.

ANDRÉS: Yo le dije que sí, que de letras, si aquello no tenía sentido alguno ya y por muy buena que estuviese ya daba síntomas de no regir mucho desde el primer minuto. Además, ¿algo tendrán que ver los ordenadores con las plumas de ganso, no? Vamos, digo yo.

AMPARO: Dejé de sentir también la sexualidad, algo de lo que sentí que también debía liberarme, que me tenía atada y que formaba parte de todo ese ruido que no me dejaba descubrirme.

Ella tomó el móvil y entró en aquella app, más por perder el tiempo que por otra cosa, porque en su interior estaba todo lo que

ella necesitaba y su inconsciente lo sabía. Las fotos del chico eran horribles, todo selfies delante del espejo con una camiseta blanca y con fotos tomadas desde arriba. ¡Un horror!

AMPARO: Me pareció un horror de chico y se lo dije enseguida.

ANDRÉS: Sí, la gente suele ser muy sincera conmigo, a veces un poco de disimulo no vendría mal pero aquello no me importó, como lo de que no quería sexo. Lo dicen todas, ¿o no?

II

-Ayer hice al amor con Jesucristo –le comentó Amparo, muchos años más tarde, a Andrés, ya mucho menos musculado que antes y con el rostro más ajado (sí, queremos sugerir que ha pasado el tiempo y que siguen hablándose, a ver qué pasa, qué intriga, ¿no? Se llama elipsis).

-¿Y cómo es tirarse al hijo del Creador? ¿Ha hablaste ya con su papi de esto?

-Me abordó en una esquina y fue maravilloso –continuó Amparo casi sin inmutarse, acostumbrada a contar ya esta clase de historias-, como una luz cegadora que resplandecía y te dejaba casi sin respiración. Fue sobrecogedor

En otros tiempos, cuando aún era joven y lozano y musculoso y mmmmm, ¡pero qué bueno que estaba! Hubiese hecho alguna gracia sexual sobre el asunto, pero no tenía ya ganas de ganarse, literalmente, otra paliza –y no me refiero al aspecto más ‘espiritual’ del término sino en el más ‘literal’.

-Me entró despacio, como un caballero, pero yo enseguida vi su aura y era un grado de consciencia y espiritualidad que jamás había visto en toda mi vida.

-¡Claro, claro, Jesucristo nada menos! ¿No podrías haberte confundido con Pustin Bieber, no?

A Amparo ni le importaba qué decía la gente ni podía oírlo ya.

-Se lo conté inmediatamente a mis amigas y todas me felicitaron y me daban palmadas. Hemos quedado todos para celebrarlo en tres días en el sitio ese del que te hablé.

Era un parador situado en algo llamado Punto G, un lugar en el que, según el (avisado) dueño del restaurante, las fuerzas telúricas

se concentraban y eran más aún más fuerte que en la ciudad, facilitando así los... contactos con otros seres.

-Vamos a ir todas este fin de semana –dijo Amparo mientras se zampaba un trozo de jamón ibérico-. ¡Tienen un menú vegetariano exquisito!

Lo que más le gustaba a Amparo era el embutido, en especial el chorizo, que solía deglutir sin siquiera masticar. En algunos momentos Andrés, que seguía sin creer en ninguna de las creencias de Amparo, sintió que podía llegar a comer las rajas de chorizo por telepatía de lo rápido que desaparecía aquello de la mesa.

Habían sido veinte años y dos hijos juntos. Sí, el tiempo había pasado y ya no eran los mismos, pero sin embargo el amor seguía ahí como aquella primera vez que se vieron hacía dos décadas. Él se movía al ritmo de Pustin Bieber y ella llevaba un libro titulado *Cómo No Volverse Loca Hoy*. Se saludaron y Andrés intentó lo típico de los dos besos, pero supo enseguida que Amparo era una chica con las ideas muy, muy claras.

-No, los besos roban parte de tu alma –respondió sin inmutarse lo más mínimo-. Es algo que das, pero nunca vuelve.

-¿De sexo ni hablamos, no?

Pero Amparo se tomó a bien el comentario (no siempre sería así, no). Cualquier cosa que Andrés dijera era sometida al inconsciente un tanto absurdo de Amparo, que odiaba a Pustin Bieber (sí, verdaderamente la chica no estaba en su sano juicio).

-Y tras veinte años –dijo Amparo-, aún sigo odiándole.

Pero ahí seguía él con sus himnos caribeños y aquella canción *Sorry* que, extrañamente, no parecía querer pasar de moda. Pero no, aquello era distinto y extraño.

-Espera un momento... ¿Quién es ésa? ¿Es Pritney Spears? No, no era la versión antigua de aquel *Fuck Me Baby One More Time* que nos puso palotes a todos, no. Era una mucho más moderna, pero con Pritney totalmente rejuvenecida, como un Drácula pero con minifalda y...

-Será su hija –dijo Amparo mientras perseguía el queso-, me han dicho que es igual de guarrona que la madre.

Un momento, ¿podría ser qué...?

-¡Pan! –exclamó Amparo dejando ver un trozo de salchichón en su boca.

La realidad espacio-temporal y su relación habían sido anunciadas por Einstein en la Segunda Teoría de la Relatividad, lo que le había valido su segundo Premio Nobel.

-¡Y rapidito, Manolo! –e hizo un gesto chasqueando los dedos. Eh, Andrés, ¿te has dado cuenta que han ocupado el cuerpo de tu hijo, eh?

Andrés caminaba despacio hacia la puerta del establecimiento que poco a poco se le había hecho un poco más extraño.

-Sí, no sé si fue al ovni que contactamos el otro día en la sesión que hicimos en el Punto G o... pero tú hijo ya no es tu hijo y ahora su cuerpo ha sido raptado por un ente así que a ver qué haces porque siempre tengo que estar haciéndolo todo yo.

Cuando salió a la calle no podía creerlo: todo aquello era una mezcla entre futurista y restos del pasado sacados de una película. ¿Seguían en la misma ciudad? ¿Cómo podía haber cambiado todo en un solo momento? Había hologramas luminosos del futuro con diligencias mezclado todo ello con pistoleros y robots y fembots y drones por doquier. Miró a Amparo y aquella tipa un poco rellenita de hace un momento se había convertido, de repente, en la misma chica que había conocido veinte años atrás, la del culo bonito.

Andrés no podía ni balbucear siquiera mientras Amparo se sacaba un trozo de chorizo de la boca con un palillo. Mientras Michael Jackson paseaba impertérrito en su carroza rodeado por una pléyade de alienígenas gigantes por la calle. Parecía como si todos los recuerdos absurdos que habían poblado el inconsciente de Amparo se hubiesen agolpado en aquel mismo punto y momento, generando un universo alternativo y absurdo.

-¿Y ahora qué? ¿Eché un polvete con Jesús o no?

III

ANDRÉS: Aquello era extraño, sí. Y no sabía muy bien qué decir ni en qué pensaba Jesús cuando se folló a la Amparo, si es que realmente se la había tirado.

AMPARO: ¡Joder, que yo también me extrañé un poco por todo aquello, sí! Sigo siendo una mujer atractiva, claro, pero creo

que él puso los ojos en mí por mi grado de desarrollo interior. El resto de personas no creen en esto ni aquello, pero eso no quiere decir que no exista. Así como mi marido, que tendríais que ver qué cara puso.

De repente, un montón de pajarillos de todas clases comenzaron a revolotear en torno a Amparo, que extendió los brazos para dejar que se posaran sobre sus delgados y finos brazos de veínteañera. Andrés se desmayó allí mismo y no pudo articular palabra antes de que le despertaran con un vaso de agua.

-Ya puestos y, dadas las circunstancias –dijo Amparo-, ¿mejor un pelotazo, no?

-No, no, un batido triple –y es que, a pesar de los años, Andrés seguía sin probar el alcohol. Amparo le hizo un gesto al camarero que no le hiciese ni puñetero caso y que le pusiese un buen pelotazo. Mientras, la televisión daba noticias que a él le hubiesen parecido absurdas, pero con aquello no podía más.

-Pritney Spears recoge su anhelado Oscar a Mejor Actriz de la mano del Pato Klump. Aquí tenemos el momento en el que nos enseñó un poco de pezón mientras lo recogía.

Afortunadamente, algunas cosas no cambiaban nunca.

ANDRÉS: Sí, estaba flipando con todo aquello y sobre cómo la loca de mi mujer podía haber alterado la estructura del Universo, nada menos.

AMPARO: ¿Que si me sigo considerando una mujer atractiva? Bueno, hay hombres –como Jesucristo por citar sólo mi última conquista- que han cambiado su forma de ver las cosas por mí. Yo no digo más.

-Amparo, ¿qué hiciste?

Amparó se ruborizó y trató de serenarse.

-Pues ya sabes, empiezas con unos besos cálidos así como disimulando que no te gusta, dejas caer tu mano en su muslo como quien no se da cuenta... una cosa lleva a la otra y...

AMPARO: A ver, sí, le puse los cuernos, pero es que ya no quiere venir conmigo a ningún sitio. Además, si Andrés hubiese sido el forzudo al que conocí y hubiese venido conmigo aquel día, el Jesucristo ese ni se me acerca y sale pitando camino a Emaús o donde sea. Se ha dejado un poco, todo sea dicho. Antes siempre

estaba en el gimnasio, todo cachas para gustarle a las chavalas. Los tíos se echan novia y enseguida se dejan. Total, que no habría pasado nada si hubiese estado conmigo, todo culpa suya.

Ya le trajeron el batido con muchas proteínas (triple de ginebra) que Andrés se bebió de un trago. Agradeció la ginebra cuando el comentarista pasó a la noticia siguiente:

-Nuestro líder y profeta, Pablito Catedrales, ha anunciado sus próximas medidas económicas para la legislatura.

-¿Pero a ése no le habían descuartizado y tirado sus huevos a un contenedor?

-Acabar con el sector privado –anunciaba desde la televisión Pablito Catedrales-, con la casta, con los banqueros y los que no quieren que los niños celebren la Navidad. ¿Queréis un mundo sin Navidad?

Todos en el bar negaron con la cabeza.

-¿O queréis un mundo en el que vuestros hijos tengan derecho a un puesto de funcionario, vengan de África o sean refugiados de Estados Unidos?

ANDRÉS: Sí, me había puesto los cuernos, pero aquello era demasiado. ¡Los rojos en el poder! No, con aquello no podía y vi pasar ante mí todas mis horas de gimnasio, en los aparatos, haciendo músculo, bicicleta, máquinas, trekking, running.

-Si es que Pablito Catedrales nos ganó el corazón –dijo un viejo en el bar.

-Tenía un gran slogan todo hay que reconocerlo –respondió otro.

-Cañitas y tapeo, simplemente increíble –sentenció ya un tercero ante la aquiescencia general del personal.

-Mientras, los seguidores de Franco continúan atrincherados en el Valle de los Caídos mientras el ejército femenino de Podemos acordona la zona.

Se podían ver antorchas ardiendo y símbolos nazis y la hoz y el martillo juntos por fin. Había cruces llameantes y banderas ardiendo por doquier.

-¡Machistas! ¡Maltratadoreeeeees!

Todas enloquecían y agitaban sus antorchas. Algunas llevaban pañuelos rosas atados a la cabeza y ya se disponían a atacar cuando

el mismísimo Pablito Catedrales apareció en escena para liderar el asalto. Pidió calma a las chicas primeramente.

-A ver, chicas, ¿qué queremos?

-¡Sus pitos cortados! –decían unas.

-¡Su hígado acompañado de habas y un buen chianti! –vítores y aplausos.

-A ver chicas, calma –prosiguió Pablito Catedrales-. ¿Qué ganamos entrando ahí y tomando el bastión?

Ellas se encogieron de hombros, no sabiendo ninguna qué contestar.

-¿Qué digo siempre?

Un momento de silencio, ése que precede a que algún iluminado hable.

-¿Cañitas y tapeo? –contestó tímidamente una feminista desde el fondo.

-¡Exacto! Cañitas y tapeo y, ¿sabéis que? –una pausa teatral del líder-. ¡Ahí dentro los muy cabroooooones tienen mogollóooooooooon!

Y las mujeres agitaron ya todas sus antorchas y ya nadie pudo contener la marabunta mientras Pablito hacía el símbolo de la victoria con los dos dedos mientras animaba a las chicas.

-¡Jamoncito serrano del bueno, chicas! ¡Id pidiendo un doble de cervcecita bien fresca para mí, que voyyyyyyy!

AMPARO: Yo tenía mis propios problemas porque esto de una nueva dimensión es difícil para todos. Para empezar, soy piscis, y una piscis es un poco indecisa y claro, un hijo con el cuerpo robado y luego había quedado con las amigas y... ya me entendéis. ¿Y si ahora el Punto G era un local de moda con esto del cambio climático? ¿Y me presento ahora yo con este cuerpazo que se me ha quedado con todos esos chicos guapos pidiendo guerra? ¿Y qué iba a decir yo? Porque una no es de piedra y a Andrés ya le veis, que no es lo que era.

-La botella –pidió Andrés-. Dame la ginebra que los rojos no, con los rojos no puedo.

-Oye, Andrés –preguntó muy educada Amparo-. ¿Y tú no has pensado en buscarte a una más... como de tu edad o algo así? Es que ahora que me he quedado así, ya sabes, tan...

-Eh guapa, ven y hazme un favorcito en el baño –le gritaban desde el fondo. Amparo se enredaba el pelo y hacía como que no se enteraba, salvo que les echó una mirada de loba, les guiño el ojo y les sacó la lengua.

AMPARO: Ya dije que era piscis y que me es difícil decidir y a veces me falta como energía. Siento que necesito como más fuerza para elegir y claro, las cosas habían cambiado tanto en tan poco tiempo que estaba un poco hecha un lío.

-Pues eso –prosiguió Amparo-, que la cosa no puede y no puede. Anda, tómate otro, ¿sí? Venga, tonto, que no me importa que bebas.

-¡Pero tienes tu cita con los extraterrestres dentro de tres días en el Punto G!

-¡El punto G te lo voy a mirar a ti yo, GUAPAAAAAAA!

-¿Ves qué cosas me dicen, Andrés? Es que si te hubieras cuidado un poco más. No sé, haberte desayunado tu docena de huevos pero así... yo veo que lo nuestro no va a ningún sitio.

-¿Y el contacto con los extraterrestres?

-A ver... contacto, contacto... los extraterrestres son los que son y ellos se esfuerzan, pero al final... pues no era muy satisfactorio y ninguna en el grupo lo queríamos decir, ya sabemos cómo mentimos las mujeres: que si ha sido fantástico, que qué gustazo, el mejor de mi vida... pero luego hay lo que hay: un grupo de cuarentonas a las que su marido no las toca desde hace siglos. Y bueno, que ya no me toques te lo agradezco de veras, Andrés, eso que me ahorro yo, eso que te ahorras tú porque reconozcamos que mucho batido, pero la cosa ya no apuntaba muy alto últimamente, ¿eh, pillín?

ANDRÉS: No podía creer que tras veinte años de matrimonio y dos hijos las cosas pudieran cambiar tan de repente. Sí, se trataba de Jesucristo nada menos, en quien yo creía, pero yo hubiese estado dispuesto a perdonarla siempre. Era mi mujer y le había sido fiel todos aquellos años en los que ni siquiera miré a una mujer. Fue ella la que me dijo que dejara el gimnasio, que a ella no le gustaban tan musculados.

AMPARO: Bueno sí, sí que se lo dije pero ya sabéis todos como somos las tías. Que si déjate barba, que si la barriguita no te queda

tan mal... que sí, que hacemos lo que sea por conservar a un tío y que sí, ¿tengo que pedir perdón ahora por ser mujer o qué?

-¡¡¡¡¿Pero qué haces?!!!! –gritó Amparo hecha un basilisco mientras se giraba ya a punto de dar una bofetada porque le habían tocado el culo. Su gesto cambió totalmente cuando aquel joven y guapo se presentó ante ella-

-¡Vaya, vaya, mira tú por dónde! Pero si hay aquí un caballero que quiere invitarme a una copa.

-¿Y el crecimiento personal y las fases? ¿No te ayudé cuando estabas con toda esa mierda de la kábala tántrica y me quedé sin sexo dos años para superar tus traumas con tu madre? ¿No te estuve a tu lado cuando invitaste a los monjes tibetanos a meditar, cuando...? –Andrés rompió a llorar mientras Amparo le consolaba dándole palmadas en el hombro.

-Tienes toda la razón y te lo agradezco. Has sido mi marido y hemos tenido dos hijos maravillosos y todo esto nunca podré olvidarlo, pero también tú tienes que aprender a pasar página.

-¿Y el riñón que te doné para salvarte la vida cuando te diste al alcohol?

-¡Eso lo hiciste para que pudiese seguir teniendo sexo contigo! ¿Es o no es verdad?

-Es que nunca lo hacíamos y...

-Ja, ¡claro! No, ¡si ahora la egoísta seré yo!

-Amparo, recuerda cómo nos conocimos en Pinder.

-Sí, mucho Pinder pero ya vi esa carpetita que tenías en el ordenador con chicos musculados, sí, sí... Mira, que no me importa, que la vida son fases. Piensa en esto como algo bonito, algo eterno, algo que los dos guardaremos en el corazón el resto de la vida.

-Amparo –espetó un caballero al fondo de la barra-, vamos que se me enfrían las bujías, y tú ya me entiendes.

-Piensa en que, sin ti, todo esto nunca habría sucedido.

Le besó en la mejilla y Andrés se quedó desconsolado. Amparo se fue con tres caballeros que la tomaron alegremente de las caderas mientras Amparo les besaba (en la boca) por turnos (nada de cochinas).

AMPARO: ¿Fue duro dejarle? Claro que fue duro. Habían sido veinte años y un riñón, sí. ¿Y qué iba a hacer, devolvérselo? Creo que fue la mejor decisión que pude tomar para mí y, a la postre, para ambos. Me siento orgullosa de lo que hice y no me arrepiento.

ANDRÉS: ¡La muy zorra me deja después de veinte años! La muy zorraaaaa, la muy zorraaaaaaaaa.

IV

Todo cambiaba, pero había cosas que seguían igual. Andrés se levantó a las ocho y se puso un chupito de ginebra como cada mañana y se encendió un cigarrillo. Desde entonces había sido costumbre, pero se había dicho que aquel iba a ser el último chupito y el último cigarrillo: una nueva época de vida sana y chavalas le aguardaban a partir de ahora.

-¡Pues está bueno!

Lo saboreó bien y seguidamente se puso otro que se terminó de un trago. Fue al servicio y se afeitó tranquilamente. No, las abdominales ya no eran las mismas ni los bíceps lucían como antes, pero era hora de intentarlo de nuevo y volver a ser el Andrés de siempre. Mientras fumaba, se preparó un cuantioso desayuno y aquello ya no era lo que era: ni la fruta sabía como siempre ni apenas pudo con medio huevo, que le produjo unas arcadas terribles. Un chupito, el último, antes de empezar con la nueva vida.

No, no había llevado bien la ruptura y aquellos chupitos deberían ser los últimos. Vivir con un solo riñón no es compatible con el alcohol y ahora era tiempo de rehacer su vida y volver a lo que era: gimnasio, máquinas, abdominales... Preparó su bolsa del gimnasio con todo lo necesario y cogió su móvil para disfrutar de un momento con el Pinder: ésta sí, ésta no, ésta me gusta me la como yo.

No, ya no había matches sin los bíceps, ya los tiempos en los que sabía cómo contestar los mensajes habían pasado. Pero todo esto había terminado y el gimnasio esperaba ya. Sería cuestión de unos pocos meses y recuperaría su forma física y las chicas volverían.

Caminó (desfallecido, todo sea dicho) hasta el gimnasio y allí lo vio como siempre, imponente y con un mundo de mujeres guapas por descubrir, mujeres inteligentes y mujeres con carácter pero sinceras, humanas, todas distintas, un mundo de mujeres que, pasara lo que pasara, nunca le abandonarían por otro.

A lo lejos, se escuchaban los acordes de aquel Sorry de Pustin Bieber mientras pasaba una diligencia con unos cowboys bailando con androides. Cantaban y bailaban felices mientras los acordes del canadiense les bañaban a todos, chicos y chicas.

Tiró la bolsa del gimnasio y se encendió otro pitillo mientras apenas podía contener el aliento del esfuerzo del camino.

-¡A tomar por culo las mujeres! ¡Me largo al bar!
El riñón tenía bastante más posibilidades allí.

La Vecina de la Quinta

I

Nadia, que ése era su verdadero nombre, se levantó y tomó su zumo de avena y miel y néctar de frutas. Se lavó bien la cara y comprobó que no había ni resto de ojeras. Se echó la crema exfoliante primero y aplicó luego una regeneradora y luego una para no sé qué mierda más. Cepilló su media melena rubia ondulada despacio, con mimo, y se puso finalmente el sujetador...

-Ser rojo hoy, color de amor. Y Nadia querer amor.

La camisa era blanca. Ahora el tema del maquillaje, muy leve para que casi no se notase en pantalla, un toquecito por aquí, uno por allí, sombra aquí, sombra allá... y un poco de pintalabios casi imperceptible... ¡Y Nadia estaba como un maldito quesito por la mañana! Imaginaros a una modelo ucraniana de ésas de verdes ojos rasgados perfectos y medidas perfectas (pero con sus trampillas, ya me entendéis), labios carnosos y sensuales que llaman al amor y al dinero...

-¡Tú ser bomboncito, tú ser estrella, tú haber nacido para esto! Born this Way!

Y se mandó ella misma un beso al espejo, porque estaba así de buena. Cogió su móvil y comprobó el estado de la batería, perfecto tras toda la noche conectado: más de 99 mensajes.

-Bien, como siempre ser. Chicos querer sexo con modelo ñam, ñam cuatro patas.

Se fue directamente al... váter sí y, con su palo de selfie bien ajustado, comenzó por grabar el mensaje del día.

-Yo ser Lady Caca y hacer caca en váter. Buenos días, Américaaaaaaaaaaaaa. Wow!!!!!!

Sí, cada mañana la misma historia: Un Snappat con vídeo mandando besitos y alguna frase para sus fans mientras hacía fuerza para que el soviético zurullo saliese.

-Hoy contestar Rwitter a @morenito19 y decir que no querer su moto. Tener siete ya en garaje y querer cambiar por gallina o novio para hermana putón... Ayyyy -y hacia fuerza Nadia para que el asunto cobrase vida-, ayyyy. Y para @yolandaybea, vosotras ser guarras yo no hacer caca en directo por morbo y esto ser arte

conceptual. Vosotras ser putas en vida y seguro que necesitar grande cipote ruso en boca para callar, dos lesbianas. Con uno para dos valer.

El eco del sonido cayó leve en el agua mientras ya el pedrusco caía y se escuchaba ese ‘plof’ que a todos nos libera a nuestra hora favorita.

-Mmmm. Haber zurullo caído bien, chicos. Hoy tardar poco. Ukranianos besitos ñam ñam de Lady Caca.

Lady Caca se despedía con un besito a cámara y por muy cochino que aquello pareciese... joer, ¡qué buena que estaba la Nadia o Lady Caca o lo que queráis, pero aquello ponía de verdad y no era al único! Lady Caca no se limitaba al streaming en directo en Snappat, no, ahora tomaba fotos del asunto que publicaba en todas las redes sociales, que seguían ya millares de personas. Tenía miles de Likes en Pacebook y la cuenta de Rwitter crecía a pasos agigantados, hasta el punto que los contratos llovían por doquier y Lady Caca era...

-¡Yo ser puta celeb, granjero americano!

Dos asistentes entraron entonces con un discreto traje de lentejuelas rojas y escote que le llega al chumi....

-¡No entrar ahora! –gritó Lady Caca a sus asistentes-. Yo no ser guarra europea más. Aquí en América gente lavar por la mañana y no oler sobaco como España y Francia. Ser guarros allí, sí, yo venir de país de violadores de vacas y no gustar más. ¡Querer agua!

Lady Caca se dio una ducha refrescante y salió casi más guapa que antes.

-Ahorrrrra, sí. ¡Asistentes!

Los asistentes ya entraron y no sólo eran ya los del vestido: peinadores, maquilladores, estilistas de toda clase y condición.

-¡Y tú, depilar bien matojo!

Cinco horas más tarde, Lady Caca mostraba todo su esplendor con una sonrisa Magnum a los asistentes que emitían sonidos de ‘oh’ y ‘oh’ y ‘uh’.

-Yo saber que admiración ser sólo para no perder trabajo, pero Lady Caca respetar trabajo de mierda como vosotros.

Y todos aplaudían.

-Su coche la espera, Lady Caca.

Lady Caca vivía en un suntuoso apartamento de la Quinta Avenida en Manhattan.

-Porque Lady Caca no querer vivir con pobres mierda. Lady Caca duchar, no querer volver Europa más con sobacos sucios. Perdón por yo interrumpir, narrador.

El trayecto que la separaba de su lujoso apartamento del estudio de grabación apenas distaba cinco minutos pero el tráfico estaba horrible aquella mañana. Bajó la ventanilla de la limusina para ver qué pasaba.

-¿Qué pasar? ¿Tú masturbar mientras conducir otra vez mirando chavalas correr?

-No, no, Lady Caca. Hay una huelga de taxistas por una app y están colapsando el tráfico.

-Ah, sí, yo saber. Taxis amarillos como color de sífilis que yo tener dos veces sí. Avisar tú.

Algún tiempo después llegaron al estudio y Lady Caca salió de la limusina y decenas, cientos, miles, millones de fans la aguardaban.

-Tú no decir mentiras, narrador de mierda. Millones no entrar. Ser exactamente cuatrocientos treinta y dos fans deseosos de conocer celeb del momento..

Cuatrocientos treinta y dos fans esperaban enloquecidos.

-Oh, no, si estar enloquecidos yo huir. Np querer muerte ahora mismo. Ah, no, yo saber ser sentido fingido, como cuando mujer dice gustar sexo por dinero y droga.

Lady Caca salió (finalmente) de la limusina y todos los fans esperaban ansiosos, así como la prensa, que se afanaban en lograr declaraciones de la estrella, a punto ahora de grabar su primer disco.

-¿Teme una demanda, Lady Caca?

-Yo ser Lady Caca original, marca registrada en territorio de granjeros que lavan por la mañana y saber que no igual que otra artista a quien yo respetar también. Ahora grabar también música pero querer más: cine porno y páginas de mayores. Sí, tú saber, para hombres masturbar bien.

-Lady Caca, casi un millón de re-rweets en el último mes, superando incluso al presidente.

¿Dónde está el techo para Lady Caca?

-Techo estar en mismo sitio que cuando copular hombre peludo. Ser arriba. Mí no comprender.

-¿Qué buscas, qué metas tienes?

-Ah, sí, ahora yo entender. Lady Caca buscar amor, pero no encontrar por no usar Pinder, aplicación mierda. Si ser famoso, ellos burlar de sentimientos y yo no querer más sexo por dinero. Decir no sexo, pero sí cobrar igual, ¿ser amor?

No, los periodistas no supieron qué responder tampoco, pero yo sí: eso era el matrimonio.

-Lady Caca querer amor, pero celebs no encontrar amor en móvil mierda si tú usar para sexo.

Lady Caca salió de allí como pudo y subió al estudio donde la esperaban con ansiedad. Todo estaba dispuesto para lo que sería uno de los lanzamientos del año o del siglo. Allí habían grabado Los Pitiles, Rafaella Parrá y hasta el mismísimo Rafael (el torero) grabó allí una de sus canciones... pero nada con el glamour de Lady Caca, que a todos sonreía ahora. El murmullo era ensordecedor y sobre las paredes habían dispuesto carteles con sus mejores frases:

Tú poder comer mi coño pero no comer jamás mi alma.

-Es un auténtico honor tenerla aquí...

-Placer mío en coño como soler decir en país.

Todos se agolpaban en torno a la estrella, a la que se le corría ya el maquillaje y empezó a agobiarse ante tanta gente. La celeb no podía más.

-Yo agobiar y querer café con tugurio en gente.

¿¿!!¿¿¿?

-Sí, yo fuera por puerta culo.

Algún superdotado dedujo que aquello significaba que quería darse el piro por la puerta de atrás.

II

Lady Caca corrió lo que las atestadas calles de aquel Manhattan postmoderno y su vestido de lentejuelas le dejaron y llegó a un pequeño pub situado a dos manzanas del estudio. El sitio estaba

desierto, salvo un tipo con algo en la mano que lady Caca no supo bien qué era. Se acercó a la barra.

-Pues qué bien –dijo el tabernero-, la puta noche de los disfraces.

-¿Tener cocaína?

-No, ricura. Whisky y vodka.

-Ser vodka entonces como madre patria que yo añorar por viejos tiempos pobres no pagar depilación chichi.

El tabernero le sirvió un vodka a la señorita, que se sentó a dos mesas del caballero que portaba algo misterioso en la mano. Es ahora menester describir al tipo: pelo largo y rizado hasta medio tórax, sombrero de copa, gafas y traje gris...

-¡Coño, ser Drácula de película!

El caballero se incomodó levemente, pero prosiguió mirando aquel objeto, que Lady Caca apartó sin miramientos.

-¡Tú ser Drácula!

-Yo no conocer, señorrrrrita.

Lady Caca sintió un escalofrío al darse cuenta de que, al fin, encontraba a alguien que hablaba como ella, o un poco más fino.

-Yo ver película sí, allá en Europa con vacas mientras chico meter mano por dinero.

-Creerrrr que tú confundirrrrr –respondió el desconocido mientras trató de volver a mirar aquella cosa.

-¿Y qué ser esto? –volvió a increpar Lady Caca.

-Ser New York Times, mylady, ser mejor periódico en mundo. Si disculpar...

Pero Lady Caca estaba acostumbrada a todo y arrancó el periódico (en papel, eh) de las manos a aquel desconocido, que le miró con pavor.

-Pero esto servir para limpiar culo yo. ¡Ser papell!

El desconocido sonrió al sentirse halagado: alguien había reconocido que estaba leyendo el periódico en papel, y aquello le llenaba de satisfacción y un escalofrío un poco coquetón, para qué negarlo, recorrió su cuerpo.

-¿Y tú no usar móvil para mirar chicas en playa?

-Yo ser caballero de costumbres antiguas, señorita....

Lady Caca se quedó asombrada y parece que los gestos de aquel caballero eran sinceros.

-¿Tú no conocerme? ¿Tú no usar móvil para masturbar en baño? ¿Tú no ver fotos gatos?

-Yo temerrrrr tecnología no manejar.

-Y usar papel culo entonces para tapar cara y no selfie, ¿yah?

El desconocido sonrió y le mostró el Times a la sorprendida estrella, que pudo ver cómo estaba impreso y, si se prestaba la suficiente atención hasta se podía leer. Se acercó el desconocido, se acercó la celeb, ya sabéis...

-¡Ah, sí! Entonces ser doble satisfacción porque luego limpiar culo o chichi con él. Yo entender.

-De donde yo venir no usar dispositivos, usar pies para andar y manos para coger leche. No necesitar móvil para ordeñar vaca o matar niño.

-Sí, ser malo matar niño en foto, yah.

-Tú amarrrrrrrías mi país. Paisajes pedregosos y angostos y verrrrredas y mujeres gordas quedar, resto marchar Europa como prrrrrrostitutas.

-Sí, saber... prostituta ser mujer, pedir dinero pero no dar amor. Ser triste no dar amor y no poder sentir en ano, ¿yah?

Había algo especial en aquellas dos personas que sentían en aquella soledad compartida el momento plácido del abrazo a través del silencio, de lo efímero de aquel instante, mucho más allá de la superficialidad de este mundo cambiante y capitalista.

-¿Tú querer selfie y beso lengua gratis? Sólo pagar vodka. Móvil y dinero no caber en coño.

El extraño personaje se sintió cohibido: ¿qué sería aquello de los selfies?

-Sí, selfie ser como foto, pero en playa y hacer tu mismo.

-No –se adelantó el desconocido-. Yo no querer fotos, salir invisible.

-Yah, sí, a mí pasar antes de fama, pero éste ser móvil Pansung que explota batería con cámara especial vampiro, ¿yah? ¿No querer guarreo en mesa?

-¿No apetecer vodka más?

-¡Yah, yah! Dos vodka ser guarreo en baño si gustar chico, ¿tú saber? ¿Yo gustar, yah?

Mientras el chico iba a por la bebida, la chica ojeaba aquel tesoro recién descubierto: el periódico en papel.

-¿Y tú leer o sólo usar para tapar cara de policía y limpiar culo?

-Sí, yo leer. Haber aprendido Transilvania, de donde yo procedo así.

Ella se hacía la interesada.

-Sí, a nena gustar hombres cultos y poderosos y exóticos sí. ¿Y tú qué leer? ¿Sección contactos por mujeres?

-No ser contactos, ser New York Times, no ser Europa. Si matar niño Transilvania, ellos contar, si matar niño Afganistán, ellos contar. Así tú abrir y ver. Además, yo no necesitar contactos, ¿yah?

Ella se acercó un poquito, así como coqueta se perfiló un hombro y dejó ver sus labios carnosos mientras apuraba el vodka..

-¿Por qué? ¿Tú no querer meter pene en vagina mujer? ¿Gustar guerreros?

Se sintió avergonzado de su historia:

-Ser historia triste y desoladora. En un tiempo había una princesa, Elisabetha. Los hombres me la arrebataron.

-¿Por violar?

-Sí, violar, sí. Mujer no gustar y marchar con violador rico. Yo llorar y comprender: necesitar escapar de Transilvania y conseguir dinero, ¿yah?

-Tú ser pobre sin gallinas pero yo gustar hombres emprendedorrrres y decididos, yah.

-Entonces convencer mujeres de aldea y traer aquí ellas para sexo con hombres, ¿yah? Yo pagar ellas bien y ellas cobrar primero. Ellas contentas haber llegado América y yo contento leer New York Times.

-Yo también allí pasar mal. Amar a chico y tener sexo loco con chico y luego pedir dinero a chico, sí. Chico no pagar nunca, no quererme.

-Yah –comprendió el ahora empresario-. Tú ser joven inocente con lazos en pelo, ahora mujer.

-En América chicos pagar siempre o denunciar por maltrato. Tú no decir cifra, ellos pagar mucho más que tu poder imaginar.

-Sí, aquí chicas felices y querer traer hermanas y sobrinas, pero ley de inmigración del Pato Klump no permitir ahora.

Era sin duda el momento de hablar del pasado, de dejar atrás todo el glamour del que los dos se habían disfrazado, y dejar que ambos pretéritos floreciesen.

-Yo en Transilvania robar –decía el desconocido casi entre sollozos- y vender órganos humanos para sobrevivir.

-¡Yah, ser típico en Europa!

-Aquí vida mejor, aunque ser imposible conseguir riñón nuevo para familiar enfermo –además, el chico era sensible, Lady Caca le hacía ojitos ya-. Yo pedir PayPal Transilvania. ¿Y tú –prosiguió- qué buscar en amor?

Una a una, las preguntas fueron poniéndose más y más melosas y personales.

Cuatro vodkas y medio después los chicos ya habían ‘guarreado en mesa’ y los dos estaban ya algo más acalorados que de costumbre.

-Yo querer ir baño con mujer guapa, pero tú prometer cosa, ¿yah? No selfies, ¿yah?

-Yo prometer con sinceridad de mujer.

El baño de aquel tugurio contempló la unión de la famosa Lady Caca y Dimitri Yorkaev, famoso tratante de blancas, invisible para el mundo y, hasta esos momentos, buscado en los cinco continentes. Nadia tomó fotos de todo, selfies mientras Dimitri estaba ahí a lo suyo y las publicó inmediatamente, asegurándose de poner la geolocalización con el comentario: a dos manzanas del estudio seguido por cuatro corazoncitos la mar de chupis.

-Ufff, tú ser mujer ardiente, yah. ¿Y por qué siempre móvil en mano?

-Ya sabes, cariño... el bolso estar ahora ocupado, ñam, ñam.

Ya se escuchaba el murmullo en el exterior cuando las cosas llegaron a su fin. El desconocido jadeó un momento mientras se subía los pantalones.

-Parece que sonar aplausos, ¿yah? –dijo el de Transilvania.

-Sí, cariño, es que tú merecer –dijo Nadia mientras terminaba de ajustarse el vestido y volvía a guardar el móvil en el lugar pertinente.

Cuando salieron del baño, una multitud de periodistas esperaban a la joven pareja. Focos, flashes y cámaras habían aguardado a la diva después de su escarceo.

-¿Quiere decir que has encontrado el amor?

-Amor ser pájaro que vuela alto para salpicar corazón vacío. Hoy sentir plof de pájaro ardiente en frente.

-Dimitri, ¿cómo esperas librarte de los cargos por homicidio?

-Niños jugar cuchillo y yo no ver. Yo amar niños. Ser inocente. Yo encontrar órganos así ya y recoger, sólo recoger.

Los flashes atosigaban a la joven pareja, que tomó un taxi a toda velocidad rumbo al apartamento de la Quinta Avenida en Manhattan. Nueva York es, sin duda, la ciudad donde todos los sueños pueden cumplirse. También los más absurdos.

III

Seis meses después.

Dimitri se había instalado en el apartamento de Nadia y todo había sido encantador (al principio), casi como un cuento de hadas con protagonistas eslavos.

-Tú dejar ya tráfico niños –dijo Nadia así como con amor en el rostro-, no buena publicidad para nena. Yo comprar New York Times para ti.

Fueron meses felices en los que la pareja tuvo que adaptarse el uno al otro en una difícil convivencia, sobre todo por el acoso de los federales y las continuas citaciones que Dimitri recibía. Sin embargo, a Nadie no le importó y, poco a poco, el ritmo de vida de ambos comenzó a volverlos un solo espíritu.

A Nadia le gustaba cocinar junto a Dimitri, aunque los sirvientes se quejaban de la falta de orden de la estrella, que dejaba todo patas arriba, lanzando espagueti por las paredes para ver si estaban hechos y demás frivolidades que había aprendido en Europa como lanzarse la salsa de tomate y las albóndigas en plan broma mientras cocinaban en ropa interior para así no mancharse. El resultado era...

-Parece que descuartizar Bosnia familia entera, ¿yah?

A Nadia le encantaba el humor sutil y melancólico de Dimitri y Dimitri estaba encantado con no tener que salir de casa debido al arresto domiciliario.

-¡Yo traer farlopa para mi chico favorito!

Cada día era una nueva historia de amor y se llevaban a las mil maravillas y ya no ocultaban a nadie su romance. Las redes sociales ardían y el nuevo disco de Lady Caca se escuchaba por doquier y, si antes ya era una celeb, ahora se había convertido en toda una superestrella que acudía frecuentemente a los late shows y demás.

-¿Cómo puedes llevar tanta fama? –preguntó el presentador.

-Ser caro en drogas, sí. Pero alimento espíritu de amor por pareja –y la estrella hizo el gesto ese de hacer un corazón juntando las dos manos. El público enloquecía.

Dimitri se afeitó la barba y se cortó el pelo para parecer más moderno e incluso se abrió una cuenta de Snappat que contaba ya con más de 100.000 seguidores. Había abandonado por completo la prostitución, el tráfico de drogas y órganos y todos los otros negocios porque, según la diva:

-Tú chupar chichi famoso bien y bien vivir.

Y Dimitri se afanaba, no abusando de las drogas por la mañana y esperando siempre hasta el mediodía para comenzar con los medicamentos sin prescripción y la marihuana, que tomaba moderadamente para cuidar de la relación.

Hasta que un día...

-¡¡¿Tú olvidar droga?!! ¡¡¡¿Cómo que tú olvidar droga?!!! Tú ser mala mujer sin memoria y, ¿qué hacer yo ahora?

-Claro, yo tener todo en cabeza y móvil en chichi modo vibrador y no mandar mensaje para recordar y tú no hacer nada por arresto. No ser justo. Tú buscar trabajo como hombre decente si querer limpiar culo con Times.

-Pero amorcito, estoy bajo arresto.

-Ser disculpa. ¡No más droga!

-¿Ni marihuana?

-Bueno, marihuana sí que a mí gustar también. Buena para hacer caca. Tú coger ordenador y hacer curriculum para expertos yo leer y así tú poder pagar droga y sentir mejor con tu cuerpo mismo.

-Yo sentir bien con cuerpo así, amor profundo. Pero yo sentir mal sin New York Times, añorar.

-Tú trabajar y sentir mejor, ver.

Dos semanas después, la diva regresó a casa y se encontró con Dimitri vestido de etiqueta y cuatro amigos sentados en mesa (vaya, todo se pega).

-¿Qué hacer tú? ¿Ser partida ilegal para ganar dinero para pagar New York Times y droga? Ser bueno, sí. Diva ser orgullosa de chorbo bueno. ¿Tú ganar?

Dimitri la besó en la mejilla como diciendo: 'tú confiar en chorbo bueno tú cuidar'. La diva se fue a su cuarto a esperar al empresario. Cuando regresó, traía consigo 10.000 dólares, marihuana y varias papelinas de cocaína.

-¿Ver para creer, amor profundo? Yo vender cuadro tuyo mierda pura. Ése de rubio marica muerto.

-¿Pandy Warhol?

-Sí, ser mierda pura y además conseguir que amigo pagar suscripción New York Times por mitad de precio, ¿yah?

-¡Pero pintura mierda valer millones! ¡Tú ser bobo y cacal!

Pero la diva finalmente le perdonó y pronto las cosas volvieron a la normalidad. Dimitri concentró sus esfuerzos en escribir sus memorias 'Matanza en Siberia' y Lady Caca se concentró en su carrera. Las excentricidades de la diva no tenían fin.

-Yo comprar casa para niños pobres en vida por millón dólares. ¿Tú saber? Yo regalar a ellos para sentir mejor con corazones pobres como tú. ¿Qué tal memorias?

Dimitri se quitó un momento la pipa de la boca y las gafas.

-Estoy atascado en el capítulo quinto del tomo primero, ya sabes. En la elipsis narrativa, es algo arquetípico, pero funciona bien con el conjunto, sobre todo porque combina fondo y forma de una manera casi frugal, algo etérea. Como la entropía que precede a toda creación, ¿comprendes?

-Pero tú hablar raro ahora –la diva no tenía el día y Dimitri lo comprendió al momento, necesitaba comprensión-. Ser como

americano en pipa. No ser hombre del que yo me enamoré en bar con guarreo en mesa.

-Has de comprender que el devenir del tiempo viene siempre acompañado por el cambio, amor mío, por la adaptación al propio medio y a las circunstancias que nos subyugar en el constante espacio-tiempo.

-Tú ser yanqui en pipa. Yo no gustar más. ¡Tú fuera casa!

-Pero cariño, el arresto domiciliario específica que tengo que permanecer en este domicilio. Tú misma lo firmaste.

-Yo firmar mierda y ahora abogados hablar tú. No querer aquí más.

-Vamos, cariño, tranquilicémonos, ven. ¿Qué tal el nuevo disco?

La diva no pudo más que echarse a llorar.

-¡Ser malos, Dimitri! ¡Ser malos! Decir que disco mío ser vulgar y feo como cara chino y por eso no vender.

-Alguna solución encontraremos, no te preocupes.

Siguió un breve período de calma, en el que Nadia volvió a comportarse como fiel compañera y Dimitri retomó algunos de sus negocios desde casa, basados en la Internet Guarra y algunos de sus amigos que visitaban el domicilio de la pareja para trapichear con armas y drogas. Pronto retomó su acento y volvió a hablar como una persona normal y Nadia le traía cocaína y...

-¿Qué ser esto, Nadie, amor profundo?

-No tener New York Times en tienda, sólo New York Post.

-¡Pero esto ser sólo para granjeros! Nadie leer esta mierda si querer vivir sano en mente.

-Tú leer Post, también muerte y violación. No quedar tampoco dinero para cocaína ni drogas demás. Hoy ver televisión como granjero en granja.

Sí, Nadia y Dimitri se sentaron en aquel apartamento que, ambos sabían, tendrían que abandonar pronto. Tú saber: caro alquiler y otro lado río ser más barato. Las antigüedades y las joyas comenzaron a desaparecer y Dimitri consiguió un buen precio por todas ellas.

-¿Tú no sentir mejor sin drogas en cuerpo sano?

Dimitri no sabía qué contestar. Comprendió que en toda relación se gana y se pierde, y que todo camino consiste en disfrutar de la compañía, del propio devenir en el camino. Dimitri lo resumía en una frase:

-Dimitri querer volver tráfico de órganos por dinero. Vivir así ser mierda pura en Nueva York.

Finalmente, los abogados consiguieron una argucia para que le sobreesyeran los cargos a Dimitri (qué casualidad, ¿no?) y volvía a ser un hombre libre.

-Y ahora yo poder traficar nuevo y traer prostitutas América para ser felices todos.

Pero también la diva había cambiado y comprendido que aquellos días de fama, efímera y cambiante, debía dar paso a un período de madurez.

-Si tú querer salvar relación, tú buscar trabajo y beber cerveza en sofá. Ser mejor a todos, así no terminar en cárcel y yo sola vendiendo cuerpo viejo.

Dimitri aceptó, un tanto resignado, y la pareja se mudó a Brooklyn, en un pequeño piso mucho más moderno. Nadia, ahora simplemente Nadia, era una chica normal que tomaba cada día el metro hasta Manhattan para limpiar las casas de los ricos. Dimitri trabajaba en un almacén, cogiendo y llevando cajas o algo así (lo que hacen los pobres, no sé). Se levantaba a las cinco de la mañana y hasta las siete no llegaba a casa. Ella ya estaba allí.

-Ser día duro en América.

Cogió una birra del frigorífico y se sentó delante de la televisión.

-¡Oh, programa favorito hoy! ¡Escuela de Amor!

Nadia preparaba la cena en la cocina.

-¡Eh, Nadia, ser Escuela de Amor! ¿Tú querer ver? Programa más visto en Texas y Wisconsin.

Nadia se presentó en el salón sin casi poder moverse, casi arrastrándose.

-Tú estar más gorda, necesitar aerobic.

-Cariño, estoy embarazada de ocho meses.

-¡Ah, yah! Tú traer bebé a mundo en furgoneta, ¿sí? ¿De quién ser?

Nadia le besó y aprendió entonces otra gran verdad de la vida: llega un momento en el que hay que resignarse con lo que uno tiene, por muy idiota que sea, aunque ahora una incipiente barriguilla sobresaliera ligeramente de su camiseta.

-Tú perdonar, pero yo ya no poder recordar nada sin farlopa. Días iguales uno a uno y así nada distinto y yo sólo recordar: levantar, llevar caja, poner caja, ver tele, dormir... y eso ser vida mierda de pobre en América.

Le abrazó y se dieron un beso sincero, despacito, sereno y por primera vez, la que había sido un fenómeno viral, dijo por primera vez en su vida:

-Te quiero.

-Dimitri gustar amor de mujer, yah. ¿Tú gustar vida pobre en país rico, sí? Economía global funcionar bien, ¿yah?

Tomó un trago de cerveza más.

-Yo contento ser hombre maduro y responsable y pobre en vida. ¿Querer ver programa como pareja pobre?

Nadia le abrazó y juntos vieron el programa mientras tomaban cena en sofá, ¿yah? No tomar farlopa ser bueno para mente en interior cerebro. Trabajo honrado bueno y niños con mujer también buenos para matrimonio honrado. Así vivir con dignidad en país rico y poderoso.

Sexo y convivencia

I

Me llamo María y tengo 40 años. Sí, vivo con dos tíos y una tía (no familiares, es que hablo en plan guay para parecer más enrollada). Las dos chicas nos llamamos María (yo primero, siempre) y Malena, que es amiga mía (todo lo amiga que puedes ser de una mujer, ya sabéis). Los chicos son Francisco y Carlos y no voy a molestarlos en describirles individualmente porque con decir que son los dos unos guarros me quedo más contenta.

Sí, los cuatro somos cuarentones y vivimos juntos por eso de compartir gastos y tal. A ninguno nos daba para cañitas y tapeo como dice el rojo de la tele así que decidimos irnos a vivir juntos a un apartamento en el centro de Madrid. En principio parecía todo guay y... tampoco vamos a ser injustos, a ver. Éstos son mis compañeros.

Malena: no sé a qué se dedica ni me importa, la verdad. Dice que hace algo de arte o algo así y siempre está que si té o mierdas de ésas que, sinceramente, no me interesan para nada. Yo me tomo mi café y no, sé, a hacer mi vida, ¿no?

Francisco: un guarro. Camarero, ingeniero o taxidermista, era una de esas tres cosas. Mi psicóloga dice que debería prestar más atención... ¡Que la den!

Carlos: otro guarro que jode la lavadora cada vez que la pone. Éste al menos creo que se ducha, no sé. Es lo mejor que puedo decir de él.

Me fui a vivir con dos chicas y un chico la convivencia es fantástica. Soy Francisco y vengo de Barcelona, ¡cómo echo de menos a los catalanes y su fino sentido del humor! Aquí es todo tan soso tan... poco gay. A ver, ¿qué os puedo contar de mí? Me gusta el diseño, la moda y que me orinen encima. No sé, lo típico. Ya, lo último es un poco así, pero a ver... ¡jo, me da un poco de corte, es que la primera vez fue así... que te tiren eso, todo caliente y encima un chico detrás de otro... ¡y toda la ropa manchada! ¡Jo, qué asco me dio! Pero claro, otro me fui a otro club con piscinas y eso... y la cosa cambió muchísimo. Si querías te metías, que no

querías, contribuías a la causa con un chorrito. Tengo que decir que a mí lo que me gustaba es que me chorreasen, sí, siempre me ha gustado ser como... algo pasivo. ¡Uy, cómo me enrolló cuando hablo de mis cosas! Sí, a ver... jersey de punto y ropa de marca y uff... ¡odio el verde! Chicos, si vais e verde conmigo no tenéis nada que hacer.

¿Cómo la película, no? ¿Malena, nombre de tango? ¿Por qué siempre todo el mundo te hace los mismos chistes sobre el nombrecito? ¿No sabéis decir nada más original? No, no lo he tenido fácil con los chicos y, ¿y qué queréis que os diga? Es todo culpa suya. Sales con un chico y venga, le das lo que quiere que ya sabemos todos qué es, pero el tío que si quieres que le hagas esto o lo otro y yo... pues que te la chupe tu madre, ¿no te parece? Total, le dejas y al siguiente. Oye, Malena, que si bajas un poquito. ¿Que si bajo a dónde? Ah, otro que quiere que se la chupe. Ya sabes, ahí abajo, seguro que te gusta. Mira, ¡que baje ahí quién yo te diga porque yo por la boca sólo té y pastas! Soy ecologista, me gusta la bici, la montaña, el senderismo y todas esas mierdas que se dicen para parecer normal y pones en el perfil del Pinder ese que cada día tiene más harta, ¿te apuntas a una escapada?

Soy Carlos, 42 años y soy administrador de sistemas web. ¿Que por qué me vine a vivir con gente? Todo el día solo, no sé... por un poco de compañía tal vez, por evitar un poco la soledad. Sí, la cosa no está marchando del todo bien, pero no sé, las dos chicas son... algo distintas a lo que me esperaba. María no hace más que quejarse y el chico gay es muy... gay. No es que tenga nada contra ellos, pero cada vez que abre la boca es que te dan ganas de no volver a practicar sexo en tu vida y, la verdad, poco practico, seamos francos. Mi trabajo me deja bastante tiempo libre y pensaba que lo de irme al Centro sería una experiencia distinta y así haría nuevos amigos y conocería chicas y eso.

Pues amigas, lo que se dice amigas... no tengo, vale. Sí, compañeras de trabajo y eso. Cuando hay que pisar a una tercera te puedes asociar, ya sabes, aunque luego corres el riesgo de que te

pisoteen a ti después. Me han llamado muchas veces cabrona. Sí, así: María, eres una pedazo de cabrona que te cagas. Hija de puta también... mala persona... egoísta... ¿Qué queréis que os diga? El mundo no gira en torno vuestro y habrá que adaptarse, ¿no? Lo que he aprendido en todos estos años es que o pisas o te pisan, ¿vale? Y sí, puede que sea un poco cabrona pero la número uno en ventas soy yo y la puñetera reina de la floristería.

Lo de la lluvia dorada no lo hago todos los días, no os vayáis a creer, que os podrá parecer raro. Empecé como todos, probando sitios súper-chulos de diseño y bueno, un amigo de un amigo me invitó a probar lo del Glory Hole. Os explico. El chico mete su... ya sabéis... eso... ¡Jo, no me lo hagas decir! ¡Qué malos sois! Su chorra, su mamporro, el cipote... ¿Me entendéis ya? Si es que os lo tengo que explicar todo. Pues lo mete en un agujerito... bueno, digo agujerito pero en verdad no es tan pequeño porque se ven algunas cosas que... ¡Madre de Dios! ¡Qué monumentos! Total, que tú te pones ahí dale que te pego, te trabajas el aparato, ya sabes... como la imaginación te llame. Unas veces te dejas acariciar, otras veces él decide meter la mano y otras veces, las más, le ofreces ya sabes, la puerta trasera por si quiere probar un poco. Pero eso sólo lo hago delante de mi pareja, bueno, cuando la tengo, y casi siempre... no, porque mira que hubo una vez que....

Yo es que procuro no comer con él delante porque te lo cuenta todo. Mucho diseño, pero al final... Yo soy informático y entro en los foros, ya sabéis, de tecnología y esas cosas para estar bien informado. Política, economía son temas que también me interesan y sí, lo del juego del muelle me llamaba la atención. Total, que los chicos se ponen en corro sin ropa interior y las chicas van pasando de uno a otro bota, bota la pelota y el primero que lo tenga pierde. Total, que a mis cuarenta tacos... ¡A eso gano! Ya luego me enteré que era un juego para adolescentes y que si manda foto... ¡Anda, viejo, vuelve al asilo! Me quedé deprimido y sin hacer ni el muelle ni nada, pero que sepáis que estoy totalmente a cualquier tipo de relación.

Yo es que busco un chico sensible, de ahí todo eso de la ecología y esas mierdas. ¿Yo en bici? Joder, si me pusieran un taxi en la puerta no me pillaban a mí montada en esa mierda ni loca. ¡Con lo que te duele el trasero después! Y se clava. ¿Pero a quién se le ocurre? Si la crisis tiene estas cosas, ahora a todos nos gusta que si montar en bici y que si té... anda que no estaría yo bien en Hawái mientras me servía una piña colada un mulato de éstos mejor que en la puta montaña intentado ahorrar de un sueldo que no me llega ni para bragas.

Si yo lo intento con los tíos. Llegan y quieren flores. Vale, serán para su novia o mujer o puta... Conste que lo último no se lo digo porque soy una chica fina. ¿Y con esa cara para quién son, a ver? Y coqueteo, sí... que si la broma de la muñeca hinchable con los que parecen más tímidos y la coña de que de dónde salen tantos granitos, granujilla pero nada. Al final, les vendo las putas flores pero nada y claro, a una le frustra llevar la iniciativa y que el chico nunca...

Cuando empecé con el té, que a mí me sigue sabiendo a mierda, y las bicicletas me compré una cestita y una falda de esas que te hacen parecer a Heidi y me hice un corte estilo francés, media melena y eso. Y ahí estaba Malena con su bicicleta en plan bucólico a ver si pillaba a algún hípster de éstos que trabajan en alguna mierda de márketing y no saben en qué gastarse el dinero. Pero que nada, que todos ellos son unos cutres y al final te dicen disimuladamente que si el café me ha costado 3 euros. ¿3 euros por café? ¡Anda y vete a tomar por culo! Es que es un sitio de diseño, donde las ropas de las camareras están hechas con tejido orgánico. Joder, ¡a mí como si devastan el Amazonas y me lo cobran a un pavo!

¿Suerte? ¿En el amor dices? Jo, es que es tan, tan difícil en el mundo gay con tanta app. Un par de clicks y claro... todo un mundo de pollas ahí delante de la boca y dices como que... ¡jo, qué explícito! Pero claro, una y otra y otra y así que uno se queda sin tiempo para pensar en el amor. No es que sea todo sexo en la vida,

pero a ver... yo trabajo en finanzas y de lunes a viernes, entiéndeme, no es plan de tiarle los trastos a los compis del trabajo, aunque claro... hay alguno al que le dejaría hacerme algo más que una hipoteca, tú ya me entiendes.

Después del asunto del muelle lo intenté con Pinder. Algunas me contactaban y me preguntaban por la moto. Yo trataba de explicarles que vivía con un chico gay en Madrid y que no necesitaba moto para montar... que mis dos amigas tampoco estaban de acuerdo, porque una de ellas estaba a favor de la economía sostenible... y al poco no recibía respuesta.

A mí Francisco ese me mosquea, la verdad. Yo pienso que es gay o algo parecido o sapiosexual o alguna mierda moderna de ésas. Eso de los sapiosexuales.. que se sienten atraídos por la inteligencia. ¡Menuda mierda! Como dice el Francisco ese, donde esté una buena polla... sigo sospechando que es gay.

¿A quién se le ocurrió? No sé, ya sabes estas cosas cómo surgen entre compañeros de piso, nadie lo propone, nadie lo dice, pero ahí está la idea, como rondando el ambiente sin quererlo.

II

-¿Sabéis lo que es ‘el muelle’? –preguntó Carlos así como si nada-. Es ese juego en el que varias chicas y varios chicos...

-¡Que sí, friki, que sí! –respondió Malena mientras se preparaba un té-. Es lo mismo que ayer y sabemos que no quieren que juegues porque no aceptan frikis, ¿a que sí?

-Ay, el otro día mis amigos y yo estábamos aburridos y nos empezamos a besar unos con otros, una cosa llevó a la otra y al final no sabía con qué polla había venido, y eso que las cinco eran bien distintas –esto lo dijo Francisco, el gay, yo lo digo por si hay dudas o alguien que pregunta mucho.

-¡Pues a mí creo que me van a despedir los muy cabrones! Dicen que afecto a la productividad y al buen rollo del negocio y que no tengo ni zorra de tratar con la gente. ¡Menuda panda de gilipollas!

A ver, Malena, ¿qué le dije al negro ese que vino a arreglar la lavadora?

-Que se volviese a su país, que en tu casa no entraban razas inferiores... que si había robado la ropa que la devolviese al albergue de donde venía, que si se había dejado la lanza y el taparrabos, que si le gustaba hacérselo con monos...

-Ay, pero si el pobre chico no tenía la culpa de nada. ¡Anda, María, no seas tonta! No sabes lo buenos que están los muy cabroncetes y lo bien que te hacen sentir. Eso que necesitas tú, un buen polvo con un mulato que te quite esa mala hostia de encima.

-¿Tú qué dices de follarme yo a un negro? Pero joder, ¿no habéis notado que huelen mal?

-Tía, si es que a ti todo te huele mal.

-A ver, Carlos, por ejemplo.

-No, tía, Carlos huele mal. Eso hay que reconocerlo.

-Sí, Carlos huele fatal, la verdad.

-Bueno, pero que los negros huelen mal y no quería a un negro en casa. Además, y yo sola ahí, ¿qué podría haber pasado, eh? Imaginaros, una mujer blanca y un bantú a solas, armados con esas cosas que llevan entre las piernas... Ufff

-A lo que íbamos, que ahora la lavadora sigue estropeada y la ropa sin lavar.

-A mí no me importa, ¿eh?

-Lo sabemos, Carlos, lo sabemos.

-Pero a ver -dijo Carlos al fin-, digo yo... María tiene mal carácter, todo sea dicho. Francisco no encuentra el amor y no le importa... probar cosas nuevas y Malena... pues con lo del té no te comes un colín, mona.

-Pos la verdad es que no. Mucho té y mucha mierda pero el sillín es mi única compañía.

-Os propongo una cosa. Sería como 'el muelle'.

-¡Y dale con el muelle!

-Bueno, sería una semana de sexo con cada miembro de la casa como si fuéramos pareja.

-Total, para follar, ¿no? -dijo María-. ¡Anda el listo que no se come un colín y le echan hasta el Pinder!

-Pues yo no necesito liarme con vosotros para echar un kiki, no. Hoy he quedado con chico que fabrica sus propios condones ecológicos.

-Ya, será como el anterior, que decía que hacía su propia leche y luego...

-Eso ya fue hace mucho y vale, todos nos encontramos con pervertidos a lo largo de la vida.

-Malena, ponía literalmente 'fabrico mi propia leche, ¿quieres probarla?' en su perfil, ¿a ti no te resultó extraño?

-Jo, a mí si me ponen eso sólo preguntaría que cuántos vasos.

-¿Y a ti hace cuánto que no te pasan la aspiradora, a ver, lista?

-Yo tengo el felpudo muy limpio, niña. ¡No necesito que ningún gitano o sudaca me restriegue por ahí los morros, eh! Anda que los barbitas esos que te gustan a ti... ecológicos sí... esos sólo ligarían con Carlos, que huelen igual.

-¿Y chico-chica sólo? –preguntó Malena ya un poco intrigada.

-Ay, no yo con chicas no que me dan miedo. Una vez estuve con dos en la cama, ¿sabéis? Allí desnuditas ellas, con sus pechos al aire... uffff. ¡Qué agobio!

-¿Y qué pasó, que no pudiste o qué?

-Jo, María, si que pude que soy gay no extraterrestre. Primero las lleve a las dos a cenar, estuvimos los tres súper-bien hablando de nuestras cosas... sin pensar en el sexo para nada, hablando de moda, de la casa, de complementos... risas y más risas y claro, sí, al final ellas fueron las que propusieron ir a escuchar Alejandro Panz a su casa y claro... ¡Yo nunca digo que no a un disco de Alejandro! ¡Nunca, nunca, nunca!

-Ya, que el gay se apunta, ¿no? ¡Qué sorpresa más inesperada! Y al friki ni se preguntamos, que es un tío y que sabemos que por una buena mamada haría cualquier cosa. ¿Y tú, Malena, qué?

-No, yo mamadas no. Además, creo que debería ser con quién nosotros queramos, ¿no? Es que así de repente, no sé... ¿Con un gay?

-Pero si un gay es un tío que intenta disimular que es una tía y se lava y se peina y se echa perfume, pero al final... ¡un guarro como todos los tíos! Anda no seas mojigata, venga. La Malena se apunta también.

Así quedaron perfilados los emparejamientos:

III

FRANCISCO: Pues yo estaba loco por estar con las chicas. ¿Con el friki? La verdad, uff. ¿Pero qué mal, no? Además, todos sabíamos que en el fondo, fondo, era un poco... ya sabéis... shhh... de la otra acera. No hay nada que uno que no quiere salir del armario, ¡los odio!

CARLOS: Estaba aterrado con lo de Francisco, la verdad. Todas esas cosas que contaba, esas tardes entre amigos en los clubes de lluvia dorada. ¿Me haría acompañarle o podría quedarme jugando a los video-juegos? Una cosa es que sí, cuando llegase el chico de trabajar pues algo hay que hacer, si hasta ahí sí lo entiendo pero ya...

FRANCISCO: ¿Te imaginas que me presento yo con ése en el club? Ufff, ¡anda que no se iban a reír de mí! Imagínatelo con una camiseta de Batman en plan todo sucio delante de mis amigos. No volvía a ver una polla humana en esta ciudad.

MARÍA: Lo de Carlos... pss, se le pegan un par de duchas y vale. Además, todo depende del orden, si al maricón le toca primero lo traerá tan agotado que no querrá ni follar. El tema es lo de la Malena, lo de poner en juego una amistad tan verdadera. Joder, somos amigas desde hace mes y medio, jamás me había durado tanto una amistad.

MALENA: Uff, lo de comerme un felpudo me ponía... cachonda. ¿Una francesa lo haría, no? Eso y mucho más, claro. Lo de libertad, igualdad y fraternidad siempre lo tomaron muy a rajatabla. ¿Con un gay? No me veo contándolo a los amigos, claro, pero sí haciéndoselo, la verdad. Ver cómo reacciona y experimentar un poco, creo que serán tres semanas interesantes y muy prometedoras.

Tres semanas más tarde

FRANCISCO: Ufffff, ¡cómo se lo pasó Carlos en el festival de la danza de la lluvia! Me costó convencerle, sí, pero al final... ¡La reinona de la fiesta! Además, vino un jefe Cherokee directamente desde Ibiza y la fiesta estuvo la mar de animada. Y oye, mis amigos

encantados con él. Le regalé un perfume, eso sí, y le dije que se duchase que como si fuera su marido de una semana y que tenía mis derechos y que esa noche me tocaba elegir a mí y que él ya había tenido lo suyo antes, y ya me entendéis.

CARLOS: No digo que estuviese mal porque mal no estuvo. Yo nunca me vi en un club de ambiente pero la verdad es que todos fueron encantadores conmigo y el feje indio... tendríais que haber visto cómo se movía. El tema... pues es así como pegajoso pero caliente también. No es cómo bañarte en la playa pero...

MALENA: Con María no hubo problemas en el sexo en absoluto. Ella decía que hacíamos y yo lo hacía, y no creáis que la chica era poco creativa, no... tenía imaginación y la empleaba a fondo. Además, una cosa es con una chica y otra hacérselo a un chico, ¡qué asco!

MARÍA: Lo peor fue lo del gay. Fíjate que tenía yo morbo de comerle la polla a un maricón para ver si se le quitaba la tontería. Lo primero que hizo el tío fue regalarme una rosa. ¡Joder! ¿Una rosa a una tía que trabaja en una floristería? ¡Vete a tomar por culo! Puso hasta velas el tío por la habitación. ¿Velas? ¿Vamos a rezar al puto Buda o a follar? Porque vamos, parece que no quieres...

CARLOS: Fue difícil la primera vez con Malena. Tengo que decir que siempre me atrajo esa chica pero claro, yo era muy tímido para decírselo.

MALENA: Sabía que habría problemas con el friki desde el principio. El tío estaba colado por mí desde que me vio y sabía que no hacía más que cascársela pensando en mí, que una no es tonta y le dije que si no sería mejor que siguiese así y que yo esperaba en la otra habitación mientras, porque me apetecía follar con él como que me violase un zulú de esos que dan tanto miedo a María, pero en fin... allí estábamos y había que hacerlo.

CARLOS: La besé despacio, pero ella no hacía más que poner excusas tontas.

MALENA: La verdad es que me babeó y aquello me dio un asco terrible. ¡¡Métela ya y termina con esto!!

CARLOS: Fue un poco brusca, sí, pero yo sabía que con el tiempo la cosa podría funcionar. Al fin y al cabo, era una semana de sexo y la cosa se podía enderezar, ¿no?

MALENA: ¿Una semana follando con ese tío? Pufff, creía que me iba a morir.

FRANCISCO: Con Malena fue todo súper-bien desde el principio y nos entendimos a las mil maravillas a pesar de que a mí me gusta el jardín trasero, ya sabes. ¿Que qué me atrae de Malena? Su personalidad, su saber estar, sus formas.

MALENA: Francisco es casi... demasiado marica hasta para una mujer. Está chulo tener un amigo gay pero... ¿tan, tan gay?

MARÍA: Lo de Carlos mira, no estuvo mal después de todo. Yo creía que era un tipo aburrido, pero aquello del World of Warcraft no estaba mal después de todo. Follamos y bien, no sé, me quedé satisfecha. Vamos, que no fue el polvo de mi vida pero que guay. Me enciendo un cigarrillo y va el tío y se levanta al ordenador. Yo pregunto que si le molesto para mandarle a tomar por culo y me dice que para nada, que es que eso de los video-juegos le relajaba así que me levanto y me empieza a enseñar aquello con trolls y elfos y seres mágicos y los colegas que tenía en la red. ¡Todo un muno allí dentro de la pantalla!

CARLOS: Con María fue todo extraño porque lo mismo que Malena me atraía... María no me gustaba para nada. Follamos y me levanté porque no la soportaba más. Traté de disimular un poco pero ella se vino y traté de seguir como si tal cosa y ahí estuvo durante horas, dándome la barrila para que le contara sobre un video-juego que sé que no le interesaba para nada...

MARÍA: ¡Ya había niveles y campañas comunitarias y todo!

FRANCISCO: Si tuviera que repetir... con Malena.

CARLOS: Repetir... con Francisco, sí.

MARÍA: ¡Con Carlos, sin dudar! ¡Y no se me olvida el portátil para jugar los dos online!

MALENA: Con María, claro.

IV

-Cuando terminaron las tres semanas –dijo Malena-, nos reunimos todos juntos para contar las experiencias a la mesa. Ya sabéis: un buen vinito y algunos aperitivos. La verdad es que, por extraño que parezca, las cosas habían ido bien después de todo. ¿Era sólo sexo no?

-Lo dispusimos todo así como en plan informal –dijo Carlos-. Un mantel de papel, unas servilletas y poco más. Cada uno que hiciera un poco lo que le diese la gana. Algo de musiquita y...

-Sí, por extraño que parezca –aquí nos hablaba María-, Carlos tenía razón y sí, joder, es verdad, necesitaba un polvo. Habían sido tres semanas intensas y en el trabajo me había ido... bastante bien. Mi jefe me había felicitado y me había dado que gracias por no hostigar a los clientes... incluso me había tomado un café con las compañeras.

-No va a ser lo mismo sin Carlos, lo sé. Pero yo creo que le puedo convencer para que se venga así en plan amigos algún sábado. Además, me han dicho que el jefe Cherokee está disponible y que Carlos le pareció la mar de mono. ¿A qué sí, Carlos?

Carlos y Francisco se abrazaron y hasta se dieron dos besos en las mejillas y las chicas dispusieron los platos. Ellos continuaron sirviendo la comida (un poco de empanada comprada y algo de tortilla, en plan pobre sí, algo de embutido y algunas aceitunas).

-¿Y no creéis que de alguna manera nos separan? –preguntó Carlos así como dejándolo caer-. Que se ha utilizado también esto de lo social como un instrumento para separarnos: María me odiaba por ser un friki y a mí Francisco me parecía un degenerado hasta que le conocí. Es cierto que Malena me gustaba y ha estado bien aclarar las cosas.

-Total: que nos crean un caos mental para dejarnos solos, ¿no?

-En realidad –dijo Francisco abandonando un poco su plumilla, que la aparcó por unos momentos-, tiene parte e razón y las teorías económicas modernas apoyan estas nuevas formas, dando un pretendido poder al individuo y cercenando la capacidad de asociación, lo que nos lleva a que, finalmente, el individuo se aísla y sólo tiene al Estado como único padre y aliado.

-De tal manera que –concluyó casi Malena-, ellos controlan por medio de impuestos las tendencias sociales y los grupos de influencia, como con los periódicos, ¿algo así?

-Sí, de no existir las subvenciones, no existirían los periódicos y ya sabemos que, si dicen lo que no conviene, los hunden.

-¿Y entonces qué, nos volvemos todos anarquistas y formamos pequeños grupúsculos? Parece que eso hemos hecho aquí y no ha funcionado, ¿no?

-Pues yo me he olvidado de los hípsters idiotas esos y la verdad, Carlos... tengo que decirte que no fue tan malo el sexo contigo. Lo que pasa es que entenderás que no quería que te ilusionaras.

-Ni yo tengo problema con el mundo gay, la verdad.

-Una vez leí un relato bastante malo. Al final no terminé el libro. Empezaba con un tipo muy facha que iba a la iglesia y tomaba cocaína y toda su familia era un desastre. El tío muy del Opus pero... ¿tenía verdaderamente elección? Me hubiese gustado seguir leyendo a ver cómo terminaba.

-¡Seguro que con unos amigos intercambiándose las camas!

-¿Y por qué no? ¿No hubiese servido para conocerse mejor al menos? Además, no hay ningún drama en eso de acostarse, ¿o sí? ¿Tenemos a estas alturas que buscar la aprobación de nuestra madre para que continúe su legado? Vamos, o somos tan bobos que creemos aún que a través del grupo nos sentimos realizamos.

-¿Nos aislamos o nos aíslan? ¿Es innato en el ser humano la asociación y la formación de estos grupos excluyentes o en cambio vienen promovidas?

La conversación se extendió toda la noche y luego pusieron música y nadie se quejó del Amante Bandido que bailaron Carlos y Francisco ni del baile agarrado de Malena y Carlos ni del tipo Pulp Fiction que Carlos y María se marcaron (que al final el Carlos triunfó, sí) y todos pasaron una noche agradable entre copas y recuerdos de lo que fue aquel extraño experimento que, es cierto, no hubiese convencido a nadie.

-¿Repetimos?

América

I

Todo comenzó allá por el año 2070 de nuestro antiguo calendario que, por cierto, inventó un tal Julio César. Estábamos en nuestro mejor momento, en el gran apogeo de nuestra civilización occidental. América era por fin América y Wall Street jamás había vivido una época tan gloriosa, con alzas constantes desde hacía ya más de tres décadas gracias a las políticas que comenzaron con el Pato Klump.

Les diría mi nombre anterior pero ya no consigo recordarlo. Vivía en un elegante apartamento en Manhattan, llevaba los trajes más caros que el dinero pudiera comprar, comía en los mejores restaurantes y las puertas de los mejores clubes estaban abiertas de par en par para mí. Las mujeres más bellas que el chavo (moneda que sustituyó al dólar haría algún tiempo) pudiera satisfacer y los coches más elegantes que sólo el cariño pudiera conservar. Y sólo tenía 32 años.

Hacía apenas dos años que la nueva I.A., con un flamante sistema operativo había sido elegida para llevar las riendas de la economía y los beneficios no sólo no dejaron de subir, sino que se dispararon aún más. Una a una, las decisiones de la I.A. fueron más y más acertadas.

De todas maneras, no podía perder, ambos partidos, los de Poogle y los de Microhof, habían presentado sus mejores I.A.s, ambos con propuestas innovadoras y maravillosas. Me sentía orgulloso de ser americano, de haber nacido en un país en el que no importaba si eras simio, humano o un programa de ordenador. Todos tenían las mismas posibilidades y así lo habían demostrado los votantes convencidos de la libre empresa.

(Nota del Autor): I.A. significa Inteligencia Artificial, por si alguno ha vivido toda su vida en una caverna, que de todo hay).

Estaba sentado tranquilamente mi sillón en un gran edificio de esos en Manhattan, orgulloso de lo que era y en lo que me había convertido, nada menos que en vice-presidente de GoldWoman Suchs. Tenía los mejores videojuegos, las mujeres más bellas a cargo de la empresa (incluso las que no tenían dientes, algo muy

apreciado en aquellos días). Y llegó. Mi ayudante maciza de 20 años rubia me dio la noticia:

-¡Rápido, rápido! —exclamó moviendo angulosamente los labios, rojitos, con ese escote con el que tantas veces soñé en la trena moviéndose ampliamente como en cámara lenta, con su bello rostro perfilado de Varvi en celo, con esa minifalda color rojo pasión y esos zapatos de chúpamelapunta (me refiero de aguja, que hay leyes contra el sexismo en nuestra empresa, claro)-. ¡Están capturándolos todos, y cuando quiero decir todos quiero decir... a TODOS!

Le resté importancia porque, para ser sinceros, no la había contratado por su inteligencia.

-Anda, anda... dale un besito a papá.

-¡No hay tiempo! ¡No hay tiempo!

Gritaba como si llegaran las rebajas en la Quinta, pero la situación comenzó a tornarse tenebrosa cuando me dio las noticias: ¡Han capturado siete alijos de cocaína en los muelles!

Estaba desconcertado y un poco aturdido. Me puse los pantalones de inmediato y creo recordar que incluso una camisa antes de salir de mi despacho cuando contemplé a todos mis compañeros apiñados en sus mesas, apurando sus rayitas de forma compulsiva...

-¿Pero qué hacéis?! ¿Os habéis vuelto locos?

Incluso el encargado de mantenimiento, un viejecillo la mar de simpático con el que hacía bromas, se abalanzó sobre la mesa y, empujando a todo el que se interponía a su paso, se hizo con su raya y esnifó como si fuera la última.

-¡Se acabó! ¡Es el fin!

Varios de mis compañeros se intentaron arrojar por la ventana sin suerte, porque la compañía había puesto súper-cristales para prevenir otro 11-S. No corrieron la misma suerte en otras oficinas. Si se miraba por la ventana, había cientos de personas que se arrojaban en la que bautizaron como la “tormenta financiera” no sin cierta ironía. Se oían las sirenas en las calles. Saqué mi pequeño estuché y me eché un poco de coca entre el índice y el pulgar y esnifé un poco. ¿Cómo alguien querría terminar con una cosa tan rica como la cocaína? Era impensable.

-Atentos, atentos, ¡que habla!

Alguien encendió un monitor (sí, aún existían) y sentimos el terror apresarse de nuestros corazones (qué bonito).

-Estamos dispuestos a terminar con las drogas de una vez por todas, con toda clase.

-¿Pero qué dice? ¡Está colocado seguro!

-Las máquinas no se drogan, imbécil, sólo beben alcohol – interrumpió otro bróker mientras le soltaba un amigable bofetón que le llevó al suelo.

Creí escuchar el primer sonido mientras aún la I.A. estaba conectada en directo y emitía su comunicado.

-Estamos dispuestos a tratar a los ciudadanos como personas y serán conducidos con toda la dignidad que merece un americano. Por favor, si ha consumido droga en la última media hora, permanezca sentado a la espera de la llegada de efectivos. Los equipos de desintoxicación están listos para hacer su trabajo. No se alarmen.

En aquel momento exacto se cortó la comunicación y pasaron al directo. No podía ver muy bien nada porque los compañeros se abalanzaban unos sobre otros intentando conseguir la última raya de cocaína. Yo estaba también a lo mío, entre el pulgar y el índice en plan aristocrático. ¡Qué buena que estaba! Estos colombianos serán feos, pero tienen un café una coca que es una pura maravi...

Creo que en aquel momento el retrato de Luis Escobar, que colgaba orgulloso presidiendo mi despacho, dejó caer una lágrima.

Y la conexión entró en directo mientras invadían nuestras oficinas. La primera fue una periodista pelirroja de bastante de buen ver que cogía con bastante garbo el micro, casi como si tuviera práctica con este tipo de objetos.

-Aquí, informando desde Wall Street, Pamela Sanderson.

Y se hicieron con todo. Los brokers apenas pudieron hacer nada salvo gimotear un poco ante las fuerzas especiales.

-Mira, mira. ¡Si salimos por la tele!

El golpe que le propinó un agente le llevó justo ante un pequeño montoncito de aquella maravilla blanca, aquel eco del progreso que no dudó en meterse antes de que los agentes le redujeran. Fue el

fin de Wall Street y la mayor crisis bursátil en la historia. Supe en esos momentos que mi mundo había caído, y con él, América.

II

Es el año 35 d.F. (después de Fidel) y se nos acaban las fuerzas. El mundo está sumido en el más absoluto caos ya ni siquiera el Presidente puede poner fin a esto. Dicen que se atrinchera en su mansión de Camp Solomon rodeado de pelirrojas, doctores y orujo. Espeluznante. Fue el primer Gobernador Central mexicano de la historia del país, pero después de que oleadas de inmigrantes entraran y consiguieran el derecho al voto, las elecciones no tuvieron demasiado sentido. Al fin y al cabo, ¿quién puede decir que no a un tipo con sombrero mexicano que no habla una palabra de inglés y fuma puros? Todo en la ciudad es un aquelarre de mujeres fáciles, drogas, gente sin zapatos, precios bajos, gente riendo y bailando y, sobre todo, alcohol, mucho alcohol.

Humanos, androides y otras especies y seres se han alcoholizado hasta alcanzar niveles de epidemia.

No puedo revelar mi nombre por motivos que muy pronto conocerán. Soy conocido como Pis, miembro del grupo subversivo Alcohólicos Anónimos. Envío esta carta desde el futuro con la esperanza de que caiga en buenas manos y que los hechos que estoy a punto de relatar no lleguen nunca a producirse.

No soy humano. Cuando la Inteligencia Artificial comenzó a desarrollarse, el Gobierno creó el programa llamado Science Idol, un reality show en el que los mejores científicos pugnaban uno contra otro por inventar la IA más perfecta. Mi inventor quedó eliminado en primera ronda, así que no esperen demasiado de mí.

Mi sobrenombre Pis no significa Procesos Inter-Sostenibles ni nada similar. Es como si dijeran meada, orina, fuente de oro, gran chorro cálido... ustedes me entienden. El asunto surgió cuando en Alcohólicos Anónimos tuvimos que elegir un nombre de una bebida no alcohólica para que hiciera de nick.

-¡A ver, bebidas no alcohólicas que empiecen por la letra pe!

-¡Marronazo! –dijo el más madrugador de todos.

-Eh, ¡y sin usa el internet!

-Bebida no alcohólica... mmmm –y mi gran IA dio con la clave-
. Lo tengo, ¡Pis!

-Pero eso no es una bebida –dijeron los más reticentes.

¿Se podía beber o no? La incredulidad dio paso a la aquiescencia y así desde entonces me conocen como Pis. Otros compañeros tienen otro tipo de nombres como CocoColo o Fanto, que a ellos les parecen más normales pero claro, ellos no son una IA.

Las IAs (Inteligencias Artificiales, que así se rwritea mejor) procesamos miles de datos por segundo y manejamos decenas de miles de millones de algoritmos a la vez. Quizá lo último sea un poco exagerado, pero les aseguro que son mogollón de datos por segundo y cada día aprendemos miles de cosas nuevas para así adaptarnos al medio y sobrevivir entre los humanos sin apenas poder ser distinguidos. Tenemos sentimientos y nos enamoramos y nos emborrachamos como todos cuando bebemos y nos ponemos a cien cuando nos invitan a una raya de coca como todo el mundo.

Pero este mundo es atroz, no hay coca por ningún lado.

III

-¿Cómo se siente?

Había pasado las 24 horas más lastimosas de mi vida. Sin cocaína, sin una mísera copa que llevarme a la boca... ¿a qué mente maléfica se le había ocurrido semejante tortura? Sin embargo, si aquella era una dominatrix profesional, debía ser de ésas del látigo y la fusta que tanto me gustaron en mis tiempos mozos. Llevaba los labios pintados de rojo, el pelo rubio y su blusa blanca sugería un gran y estimulante escote y mil y una aventuras diversas. Sin embargo, no estaba yo para admirar la figura cuando aquella angustia de la cocaína insatisfecha corrompía mi ser.

-¿Le apetece una copa?

¡Eso era otra cosa! Por supuesto, respondía que sí porque hasta los niños saben que lo mejor para la resaca es una buena copichuela. La chica (de unos veinticinco años, con una faldita que...) se levantó e hizo ademán para que me trajesen la copa.

-Pronto se encontrará mucho mejor, se lo garantizo –sentenció con aire sensual, como en esas películas para adultos con ‘final siempre feliz’.

Al poco tiempo entró otra señorita rubia con exactamente el mismo atuendo que la primera, también rubia y con los labios pintados de rojo... otra maravilla de la naturaleza. Debido a la abstinencia, supongo que no pude darme cuenta en ese momento, aunque cuando me terminé la primera copa, me di cuenta enseguida.

-¿Sería tan amable de dejar la botella, por favor? –la educación, lo primero, que decían los antiguos.

No tuvieron reparo alguno en dejarme allí la botella de whisky, del bueno, por cierto, bien acompañado de una cubitera de las grande repleta de hielos. Fue de repente, cuando el alcohol ya empezaba a activar mis neuronas atrofiadas por la falta de estímulos cuando me di cuenta.

-¿Por casualidad no serán ustedes...? –pregunté.

-Lo somos –respondieron casi al unísono.

Estaba ante ellas. Algunos decían que eran sólo un mito, otros que eran IAs para el placer pero... Los Ángeles de Poogle eran un mito a la vez que una realidad. Nadie sabía si eran de carne y hueso o androides creados contra la industria de la ropa interior masculina. Una vez al año, el desfile de ropa interior de Los Ángeles de Poogle era el evento más seguido del planeta y la venta de preservativos se disparaba año tras año. ¡Y ahora estaba ante nada menos que dos de aquellas criaturas! ¡Dios mío!

-¿Un poco más de whisky, señor? –preguntó muy sensualmente.

Se levantó y, rozándome el brazo como si lo hiciera la mismísima Virgen María en ropa interior, me sirvió otro copazo que me supo a gloria. De no saber que Los Ángeles de Poogle no bebían, le hubiera ofrecido compartir mi suerte. Volvió a pasar muy cerca de mí, casi rozándome con su perfume. Empecé a temblar (y otras cosas que un caballero no describe, como que tuve una erección... ¡¡¡del tamaño de una pitón!!!!).

-Le noto algo tembloroso –me dijo-. Abstinencia, supongo.

No me atreví a decir la verdad y traté de juntar las piernas para disimular un poco si cabe.

-No tiene por qué preocuparse. Nosotros nos encargaremos de todo –sentenció con una de las sonrisas más rutilantes que he visto en toda mi vida.

-Está usted detenido, pero no está usted en la cárcel. Si coopera, muy pronto estará fuera. Primero de lo que imagina. ¿Otra copa?

Teniendo en cuenta la belleza de mi anfitriona, no tenía demasiadas ganas de salir de allí, aunque la habitación era pequeña y no invitaba a tareas más románticas (o cochinas, dependiendo de las ganas).

-Los envíos han sido capturados y los mercados están cerrados, pierda cuidado. Su empresa no sufrirá ningún daño y las acciones volverán a las cotizaciones previas a la crisis si todos cooperamos.

A este tipo de mujeres no se les puede decir que no a nada así que babee un poco y ella lo entendió perfectamente.

-Hay un pequeño ‘pero’... no podrá regresar a su empresa.

-¿Cómo? ¡¿Y mi mujer, y mi abuela... y mis hijos?!

-Usted no está casado, señor. Y, por supuesto, ha tenido el suficiente cuidado de no tener hijos. Está usted aquí para formar parte de un experimento que cambiará todo. Está usted aquí para formar parte de un mundo mejor, de un mundo brillante y sin ataduras. ¿Me acompaña?

Pasamos por algunos pasillos en los que había otros ‘pacientes’. Algunas voces le sonaron familiares mientras en se escuchaba aquello de ‘mi reino por una rayita’ o ‘sólo una más, se lo suplico’.

Finalmente, llegamos al exterior, un jardín precioso... vegetación, luz, pajaritos cantando y todas esas cosas. Me gustaría poder describir los pajaritos, pero la verdad es que siempre me han importado más bien un rábano y medio: tenían plumas y pico y creo que volaban. Mientras, seguí pendiente de las dos maravillas de aquella preciosidad rubia. (Nota: sí, me había pillado la botella para darle unos tragos por el camino). Cuando levanté la vista de sus veleidades, pude ver algo aún más maravilloso: había ‘pacientes’ tomando el fresco y... deleitándose la vista con aquellas enfermeras, aquellos ángeles, que eran igualitas a mi ‘celadora’. Todos estaban allí estaban relajados, tomándose sus ‘copitas’ y pidiendo ‘hielitos’ tranquilamente. Un gran cartel de la empresa Poogle estaba gobernándolo todo desde el cielo.

-¿Esto es real?

-Muy real, señor M. ¿Le importa que le llame M mientras esté usted aquí?

La verdad, con ese escote y esa sonrisa me podría haber llamado 'imbécil' que no me habría enterado jamás.

-Si acepta, formará parte de un programa experimental. La empresa se hará cargo de todos los gastos y no tendrá que volver a trabajar en su vida. Puede dar su futuro por resuelto.

-¿Y dónde hay que firmar?

-No podrá volver a probar la cocaína en su vida.

Me lo pensé un par de segundos antes de...

-¿Una rayita, señor M?

Ante mí tenía una bandeja de polvo blanco que parecía cocaína. Yo no soy de éstos que se lo piensa mucho antes de meterse cualquier porquería por donde sea así que... ¿Por qué negarse? Habían dispuesto un elegante tubo metálico de plata –con los alegres colores de Poogole, claro está- para facilitarme la tarea así que procedí a esnifar la sustancia. Me metí con un poco de ansia, con un poco de curiosidad con un poco de... ¡Dios mío qué bueeeeeeeno! Tenía el regusto de la cocaína, pero mejor, despejaba y te ponía contento como la coca pero.... mil veces mejor.

-¿De dónde han sacado esta maravilla?! –pregunté maravillosamente maravillado mientras me tomaba otro copazo a morro.

-Le presento a su nueva amiga: 'copapaína'.

Aquello era, con mucho, lo mejor que había probado en mi vida. Mientras el paraíso ascendía de mi nariz hacia mi cerebro y me recordaba cada comisura de felicidad... aquella raya era como una palada de coca directamente al cerebro, como una inyección de mil rayas... las palabras no son lo mío pero... ¡la re-hostia!

-¿Y esto...? –pregunté sabiamente mientras trataba de esnifar los restos-. No sé... ¿tiene algún efecto secundario? ¿Tendría que consultar con mi médico o farmacéutico? –era por disimular, ya saben-. ¿Impotencia...?

-Eso, señor M.... lo comprobaremos, creo que rápidamente – me dijo mientras mordía despacito y sensualmente el pómulo de

mi oreja y me dejaba que sus senos, suave y cálidamente, se rozasen con mi pecho.

Y luego hablan los comunistas en contra de las grandes compañías. ¡Cuánta ignorancia suelta!

Los dos nos dimos cuenta que la impotencia no iba a ser un problema.

IV

Se decidió suspender al instante las cotizaciones de los cinco mercados principales, así como los secundarios y se cortaron las conexiones con la Internet Guarra para prevenir riesgos. Las pérdidas habían sido de 30 trillones de chavos en unas pocas horas. Nuestra empresa, según informaban las noticias, había perdido un 70% de su capital.

-No pierdan la calma, estamos aquí para ayudarles –repetía por megafonía una voz femenina que en otras circunstancias me hubiese intrigado bastante-. No están ustedes detenidos, simplemente bajo custodia federal.

Lo de los federales, la DEA... cada vez que escuchábamos en una película su nombre suponía el final de la historia, los buenos eran atrapados y los federales se hacían con el cotarro para dar paso al ‘coñazo’ de los domingueros de traje negro con sus puñeteros hijos jugando en el columpio barato mientras sus padres bebían cerveza. Estábamos esposados, en la comisaría antes conocida como Police Plaza, la más cercana a Wall Street. Reinaba un silencio sepulcral y ninguno de nosotros se atrevía a hacer un solo gesto. Algunos lloraban y otros ya empezaban a sentir temblores y sudores fríos, todo normal en caso de estar un par de horas sin consumir nada (pero nada de nada).

Fui el primero en ser llamado. He intentado constantemente recordar con claridad ese momento, pero he sido incapaz, supongo que también lo borraron de mi mente, al igual que mi nombre. Sin embargo, recuerdo que incautaron un total de cincuenta kilos de cocaína en nuestras oficinas, todo para consumo personal –claro-. Con una cifra tan baja, no nos caería más que una multa. Hasta ahí, todo diáfano.

-Como directivo de GoldWoman Sucks, se le hace a usted responsable de la permisividad con la que sus empleados consumían cocaína –dijo la maquinita de los c...

Los antiguos juicios habían sido sustituidos por pequeñas maquinitas de I.A. que interpretaban al momento el caso y juzgaban inmediatamente, sin posibilidad de recurso ni alegación, salvo que se tratase de un fallo en el sistema operativo, cosa que no se daba casi nunca. Se escuchó un pitido en la sala que, muy probablemente, me salvó la vida.

-Retírese, por favor, las máquinas tienen que parlamentar.

Salí de la sala y me volví a sentar. El jaleo de ceros y unos que se trajeron las máquinas nadie lo sabe, pero sí que los policías (ahora usados como camareros para las máquinas) dispensaron cervezas, whiskeys y demás bebidas alcohólicas. Ah, ¿había comentado ya que las máquinas necesitaban alcohol para continuar su proceso? Es una bonita historia que quizá les apetezca conocer.

V

Manhattan, Nueva York.

La habitación se vuelve pequeña a medida que pasan los días. No hay ni rastro de ella. Sólo puedo ver una montaña de copapaína y botellas vacías de alcohol. La primera copa cae según me levanto, y la segunda y la tercera... casi no salgo a la calle. Utilizo la copapaína desde que me levanto también. Trato de alimentarme como puedo a base de naranjas, kiwis, mermelada y aguacates.

Estamos en el futuro, o eso creo. Los bancos han sido sustituidos por oficinas Poogle. Era obvio, habían tomado el control de todo cuando llegó el caos a Wall Street. El Gobernador Central poco pudo hacer cuando la Reserva Federal se declaró incapaz de tapar aquel agujero que se había generado. Era el principio del fin para nosotros, o eso dijeron.

Yo estaba en la clínica, no puedo recordar nada de todo aquello.

Como un milagro, Poogle y Microhof hicieron las paces y decidieron repartirse las pérdidas, también los mercados. Se comprometieron a pagar las deudas de todas las grandes empresas y a compensar económicamente a los empleados por sus empleos.

Sí, los iban a despedir a todos y a sustituir por pequeñas máquinas de IA fabricadas por ellos, ajenas a vicios y de cálculos precisos. La situación, dijeron, no se volvería a repetir. Las nuevas máquinas no cometían errores y calculaban al momento lo que una persona podía tardar meses. Además, aprendían por sí mismas a una velocidad millones de veces superior a la del cerebro humano. Y sólo estábamos hablando de una segunda generación de IA: la tercera estaba casi lista y ya se hablaban maravillas.

En una semana, la calma volvió a los mercados gracia a las IAs y las dos grandes empresas, se habían repartido el control sobre toda la economía del país. Los presidentes de las compañías se hicieron fotos con el Gobernador Central (el del sombrero que no hablaba inglés) y todos tan presidencialmente contentos.

VI

Mientras me miraba al espejo, con el torso desnudo y una sonrisa de oreja a oreja en mi rostro no pude pensar otra cosa que...

-¡Qué buenorro estoy!

Miraba aquella habitación, que en otros momentos me pareció una cárcel, ahora no podía pensar otra cosa que:

-¡Qué tío más guay!

Me daban ganas de besarme en el espejo, la verdad, pero creo que le hubiese parecido bastante raro al bombón que tenía desnudo en la cama. Aquel ángel traído por Poogole yacía suavemente entre las sábanas, desnudo y brillante, joven y apoteósico. Sobre la mesilla y junto a su níveo rostro, una pequeña montaña de copapaína me recordaba lo que ya de pequeño intuía: ¡las drogas son maravillosas!

Ella se despezó y me sonrió. Ojalá no despertara jamás de aquel sueño. La noche había sido formidable. La copapaína no era sólo un sustituto de la cocaína, no. Había copapaína que producían los efectos más dispares: la azul era la del amor (recordando a un medicamento 'cutre' que salió hace años, basura para viejos)... multiplicaba el placer por mil y, combinado con una base de copapaína, la blanca que había probado anteriormente, producía unos efectos que nadie, probablemente, hubiera sentido antes (a

no ser que alguien se acostase, no sé, con Jesucristo, tal vez, pero eso no pasa casi nunca, digo yo).

Se levantó de la cama sin ocultar su desnudez y me besó en la mejilla.

-¿Una copa?

Eran las diez de la mañana pero, ¿para qué mentir? ¡No era un santo! Nos servimos dos whiskazos bien cargados y con una rayita después el mundo se vio a las mil maravillas. Ella encendió el monitor y allí estaba él, el señor Gobernador Central abrazado a sus dos pelirrojas, su sombrero y su puro.

-¡¡¡¡¡Ay, ay, ay!!!! ¡Que la cosa está malita, güey! –exclamó el presidente.

-¿Qué medidas piensan tomar para paliar la crisis?

El Gobernador se quita el enorme sombrero, se limpia el sudor con la manga y se lleva la mano al estómago.

-Como bien decían en España: ¡cañitas y tapeo!

La muchedumbre enloquecía también. Ella apagó el monitor.

-No hay nada de qué preocuparse –dijo como Dios, o Poogle, la trajo al mundo-. Todo está bajo control. La empresa está ahora hablando con su Gobernador. En estos mismos momentos se tomarán las medidas necesarias.

Nos besamos largamente, despacio, suavemente como sólo se hace en las producciones que no se veían en Wall Street.

-El mundo será distinto gracias a usted, señor M.

Mis recuerdos se agolparon en mi mente mientras sentía que estaba llamado a hacer algo grande por la humanidad: el primer bocadillo de robé, la primera chica a la que besé, el primer paquete de acciones... todo aquello estaba sucediendo por algo y no pude menos que sentirme como un enviado, como un alma pura traída al mundo para traer a los hombres un nuevo mensaje de paz y esperanza

-¿Otra rayita?

¿Y quién diría que no?

Continuará.

Próximamente en América Parte II:

-¿Consumen ya alegremente copapaína en familia? ¡Ahora también su bebé puede disfrutarla! ¡En versión para bebés, claro! Los laboratorios Poogle han desarrollado una variante de la copapaína que hará a su bebé que duerma mejor y que, además, sea el primero de la clase porque potencia sus cualidades intelectuales y físicas, convirtiéndole así en el Einstein o, si así lo desean, en el matón de la guardería. Usted elige: versión Max Brain o Muscle Total... o las dos.

-¿De dónde vienes y a qué dedicas el tiempo libre? –preguntó Pis a una joven y atractiva androide con síndrome de abstinencia. La chica sonrió y pronto se dio cuenta que estaba enamorado.

-¿Dónde puedo encontrar la resistencia? Tengo datos que pueden cambiar el curso de la historia. Las dos empresas están mintiendo y engañando a la población, tienen que creerme. ¡Las drogas son malas!

Un hombre misterioso con pelo largo rizado y bigote y guantes y traje y pañuelito chulo y bombín se giró de repente.

-¡Coño, Drácula!

El hombre extendió su mano, sopló sobre ella y habló con aire extranjero:

-Humo.

